OBRAS COMPLETAS DE VARGAS VILA

# LIRIO ROJO



RAMÓN SOPENA
PROVENZA 95
BARCELONA

Obras completas de J. M. Vargas Vila



# LIRIO ROJO

## (ELEONORA)

EDICIÓN DEFINITIVA

DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA

POR EL AUTOR

*Published in Spain*

# OBRAS COMPLETAS DE VARGAS VILA

## NOVELAS

Aura o las Violetas.
Flor del Fango.
Ibis.
Rosas de la Tarde.
Alba Roja.
La Simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio rojo).
Germania (Lirio negro).
El Camino del Triunfo.
La Conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La Demencia de Job.
El Minotauro.
Los discípulos de Emaüs.
Los Parias.
Sobre las Viñas Muertas.
Los Estetas de Teópolis.
El Final de un Sueño.
La Ubre de la Loba.
Salomé.
Cachorro de León.

## NOVELAS CORTAS

Copos de Espuma.
El Sendero de las Almas.
Gestos de Vida.

## LITERATURA

Prosas-Laudes.
Ars-Verba.
De sus Lises y de sus Rosas.
Libre Estética.
Sombras de Aguilas.
Horario Reflexivo.
Archipiélago Sonoro.
Rubén Darío.
Prosas Selectas.
El Canto de las Sirenas en los Mares de la Historia.
En el Pórtico de Oro de la Gloria.

## FILOSOFÍA

El Ritmo de la Vida.
Huerto Agnóstico.
La Voz de las Horas.
Del Rosal Pensante.
De los Viñedos de la Eternidad.
Saudades Tácitas.
Antes del Último Sueño.

## HISTORIA

La República Romana.
Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos (Providenciales).
La Muerte del Cóndor.
Pretéritas.
Históricas y Políticas.
El Imperio Romano.

## POLÍTICA

Laureles Rojos.
Clepsidra Roja.
Belona Dea Orbi.
Ante los Bárbaros.
Verbo de Admonición y de Combate.
En las Zarzas de Horeb.

## TRAGEDIA

En el Huerto del Silencio.

## CONFERENCIAS

Polen Lírico.

Obras completas de J. M. VARGAS VILA

# LIRIO ROJO

## (ELEONORA)

NOVELA DE VIDA ARTÍSTICA

EDICIÓN DEFINITIVA




RAMÓN SOPENA, Editor
PROVENZA, 95
BARCELONA
1932

Imp. Ramón Sopena, Provenza, 97.—Barcelona.

# *PREFACIO*

## *PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA*

---

*Eran días bien bellos para mi ambición aquellos en que escribí este libro;*

*me agitaba el frenesí del Triunfo;*

*en los agrios senderos del combate, los laureles jóvenes me ocasionaban gratas fruiciones acariciando mi frente;*

*no me había sido dada aún esta triste gloria de vencer, que ha hecho después tan desolada mi vida;*

*y, ésta, tenía muy bellos horizontes llenos de un esplendor solar;*

*yo, tenía aún enemigos para combatir, ya que no tuve nunca rivales para vencer;*

*el Destino me privó de la grata sensación de tener émulos en mi época;*

*era Diplomático en Roma* (1) ;

*ajeno al anfitrionismo elegante, que es el alma de la Diplomacia actual, no exasperaba mis gastralgias con ese talleyrandismo de repostería, y empleaba mis* loisirs, *en cosas de Arte, y en tareas de un Intelectualismo refinado y grave;*

*retirado violenta y definitivamente del escenario de la Política activa, y, refugiado como en un apacible exilio, en el Huerto Horaciano de las Bellas Letras, mi cosecha de novelador había sido muy proficua, en esos años en que alboreaba el nuevo siglo: (1900 a 1903);*

*mis grandes novelas de entonces:* Ibis, Rosas de la Tarde, Alba Roja, Los Parias, *aunque publicadas en París, habían sido escritas todas bajo los adorables y, luminosos cielos de Italia;*

*y, estos tres Lirios, también lo fueron;*

*¿cuánto tiempo peregrinaron conmigo siguiendo el sendero de mi vida errante?*

*publicados fueron, por primera vez, en París, en el año de 1904, en un solo volumen bajo el título de* El Alma de los lirios ;

*desglosados en 1916 y en 1917 en Barcelona para ser publicados, los dos primeros por el Editor*

---

(1) *Debo advertir que aunque nacido en Colombia y, calificado, por muchos antólogos y biógrafos, como «colombiano», no fué aquella «República del Corazón de Jesús» la que yo representé en diversas misiones diplomáticas, cuando de esas cosas me ocupé.*

*Maucci, este «Lirio Rojo», vió la luz pública bajo el nombre de «Eleonora», supriméndose por olvido el subtítulo de «Lirio Rojo», que le correspondía;*

*hoy, entra a formar parte de mis* Obras Completas, *en la* Edición Definitiva *que de ellas hace la Casa Editorial Sopena;*

*y, de revisarla he;*

*y, corregirla;*

*y, ornarla de un Prefacio;*

*tal como a ello me obligué con mis lectores; en reciente circular.*

⁂

*El Arte está en nosotros;*

*forma parte de nosotros mismos;*

*radica en lo más hondo de nuestro ser;*

*como el Amor;*

*¿no es él mismo un Amor?...*

*el más violento y, a veces el más desventurado amor que puede devorar una vida?*

*es una embriaguez;*

*la única noble de las embriagueces;*

*los que se han hecho dipsómanos de ese divino licor, han terminado por enloquecer;*

*y, eso porque ya llevaban en sí, el germen de esa sublime locura de los dioses, que se llama: el Genio;*

*y, es el Genio el único que hace habitable la Tierra, al embellecerla con sus creaciones;*

*el Genio es una dinastía de* Electos;

*¿por qué extraño Milagro de la Psiquis, puede el polen de un Dios, caer en el vientre huraño de la selva y producir en ella el nacimiento de un Genio?*

*la boca ruda del Misterio, no nos revela nunca ese secreto de la Divinidad;*

*es al contacto con la Vida, que se revela el Genio;*

*y, crea;*

*¿qué?*

*la Obra de Arte;*

*el Arte mismo;*

*para aquellos que hemos nacido más allá de los mares occidentales, en el corazón tenebroso de las selvas, o sobre el suelo fecundo de las pampas, el Arte, es una Revelación;*

*quién la tuvo en París, quién en Atenas, quién en Roma...*

*esta última ciudad fué para mi, la Madre Intelectual, la madre generosa, que me abrió su seno cargado de tesoros;*

*y, sus divinos labios de piedra me dijeron la palabra del Enigma;*

*fué obsesionado por esas visiones luminosas, que escribí este libro, como escribí otros varios;*

*el embriagante perfume de Arte, que se escapa del corazón de la Ciudad Eterna, llena estas páginas, como otras tantas;*

*yo, no he podido librarme de esta saturación,*

*que llena mi Obra casi toda, y tiene en este libro la persistencia apasionada de un amor;*

*el protagonista de esta novela, llegado casi bárbaro al corazón de la Ciudad-Sibila, sufrió la Transfiguración redentora, que los bárbaros de la Antigüedad también sufrieron, y se hizo lo que muchos de ellos también se hicieron: un hombre de Arte y de Amor;*

*¿que ya lo era?*

*el germen de ambas pasiones vivía en él, pero era necesario el beso de la Sirena, para que el divino rosal de las Ensoñaciones, floreciese en su cerebro y, tomase forma tangible, en la Obra de Arte;*

*¿que la Tragedia ensombreció su Vida?*

*era Inevitable...*

*la Vida de todo Artista verdadero, es una Tragedia...*

*yo, no invento los tipos de mis novelas;*

*los he visto vivir;*

*¿dónde?*

*¿cuándo?*

*es mirando en el fondo de los ojos malos de la Vida, que se ve este confuso hormigueamiento de larvas;*

*es desarrollando esa larva, que se hace un* tipo;

*es increíble el despotismo mental, que ejercen nuestras creaciones;*

*antes de nacer ya nos torturan;*

*yo, no me he detenido nunca a explicar el mecanismo de esas creaciones mías, ni a narrar el*

*período de su gestación, y de su inevitable condensación en la Obra de Arte...*

*tendría el aire de parlamentar con mis críticos;*

*y, ése es un honor que no les he hecho nunca;*

*yo, no he tenido críticos a la altura de mis libros;*

*el día que apareciera uno de bastante talla mental para esto, tal vez le haría yo extrañas confidencias;*

*por ahora, permanezco en mi altiva actitud de no defender mis libros;*

*es la única que conviene a la dignidad de un escritor que se respete;*

*la Vida es la fuente creadora del Arte, porque ella encierra en sí, todos los modelos;*

*reproducirlos, modelarlos, darles su sello* personal, *es el deber del artista;*

*no es posible crear nada* fuera *de la Vida;*

*todo está dentro de su perímetro inexorable;*

*y, el Arte, no hace sino eso;*

*reproducir la Vida;*

*embellecer la Vida...*

*crear* nuevas *formas dentro de la Forma Unica de la Vida;*

*en Arte, la Ficción, suele tener las mismas facciones que la Realidad;*

*no evocaré aquí las viejas querellas entre el Realismo y, el Romanticismo, ni he de aceptar o rebatir la brutalidad dogmática con la cual se ha pretendido encerrar en una de esas escuelas mi arte*

*de novelador, ya que es de la historia y no del espíritu de mis libros que ha de tratarse en estos prefacios;*

*maravillaránse los pósteros de la facilidad pretenciosa, con que el aquelarre de la Crítica, quiso en nuestros días, limitar y encasillar en el perímetro de las escuelas la vastitud prodigiosa de ciertos espíritus que todo lo abarcaron con maestría;*

*limitación arbiraria que equivaldría a marcar un rumbo al vuelo de las águilas, o encauzar el Orinoco, impidiéndole invadir y dominar su muralla de selvas...*

*sobre el arte de novelar, he escrito mucho y, esos mis conceptos, expuestos en libros míos, años ha que hacen el viaje de los espíritus, marcando en ciertas zonas mentales, rumbos y definitivas orientaciones, en el arduo peripleo de la novelización;*

*de repetir no he ahora, esos mis viejos decires;*

*bástame con recordarlos;*

*de la psicología tan combatida, y — ¿por qué no decirlo? — tan incomprendida, de los personajes de mis libros, no he de ocuparme ahora;*

*ante mis veintidós grandes novelas, y, dos tomos de* nouvelles... *me detengo;*

*sólo Balzac y Zola, me preceden en ese camino;*

*y, no para hacerme sombra, sino para hacerme compañía con su acervo formidable...*

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

*¿de este libro?*

*de este libro nada más he de decir...*
*escrito en Roma;*
*en 1901;*
*es la azucena de sangre nacida en aquel Jardín de Inmortalidad;*
*el alma de Roma vibra en ella;*
*trágica, augusta y violenta;*
*y, así la doy a las almas que me leen;*
*fraternamente...*
*en Espiritu;*
*y,*
*en Verdad.*

VARGAS VILA.

*Al promediar el año de 1920.*

# LIRIO ROJO

## (ELEONORA)

---

¡ Roma !

¿quién no ha soñado con ella como un gesto divino, hacia una cosa de gloria?

¿quién no ha quedado pensativo a la orilla de este río de Belleza y de Eternidad, en cuyas ondas lentas se ha mirado cuanto de grande, de noble y de bello, ha aparecido en los horizontes fugitivos de la Historia, en los celajes cambiantes, voluptuosos y heroicos, de los remotos cielos del pasado?

¡oh el cisne divino de las melodiosas melancolías, Fénix de perfección, espejo del milagro, donde el genio inconmensurable de las edades, ve reflejada su propia imagen, como un sol de Inmortalidad, sobre la tierra!

nada hay igual a la melancolía profunda que se escapa de la ciudad abismal, imperecedera, al deslumbramiento de divinidad, que se siente fren-

te a aquella ruina, rosa de Eterna Vida, tendida pertinazmente hacia el rayo del Misterio;

las alas del pensamiento, se pliegan asombradas ante esta visión de inmovilidad, y las palabras y las cosas toman significación grave y profunda, como de grandes voces celestes, y flores de Infinito;

la gran Silenciosa encadena las almas, con el despliegue rítmico de sus visiones, con el manto de sus revelaciones extraordinarias, con el poder misterioso y significativo de su cielo de maravillas, desplegado como un peplo de prodigio, sobre la frente taciturna de los siglos;

tal así me sucedió a mí, cuando escapado al lúgubre drama que ensombreció mi vida, fuí enviado con Vittorio Vintanelli, a continuar mis estudios de pintura en la Ciudad Eterna;

*nun bin ich endlich geboren!*

¡al fin he nacido!

así exclamó Goethe, el grande Impasible, cuando su genio, escapado a las selvas de Germania, llegó a los muros sagrados de la Ciudad Vencida;

así pude exclamar yo, cuando mis ojos ardidos de llantos estériles, se posaron sobre la ciudad del dolor y de la calma, a cuya grandeza pacificadora, venía a pedir alivio para mi corazón atormentado;

¿qué podía ser el triste drama de mi vida obscura, junto a los grandes dramas pasados y vividos en el vientre monumental de aquella madre fecunda de la Tragedia y de la Gloria?

allí, las madres habían sufrido más que la madre adorada que lloraba por mí, en el oratorio de la casa campesina, ante la Dolorosa, meditativa en un nimbo de cirios y de rosas;

allí, las vírgenes habían sufrido más que aquélla, que asesinada por mis traiciones, dormía para siempre, allá en el Cementerio de mi aldea, a la

sombra de una cruz, bajo un manto de lirios en botón;

¿qué era el dolor de mi corazón en aquel hogar inmenso de la Desolación, donde parecía sollozar el alma inconsolable de los siglos?

la gran calma, la calma augusta, que se desprende como un perfume, de aquel mundo de piedras gloriosas, ganó lentamente mi corazón, desde el día en que mis ojos se posaron por la primera vez, en la augusta miseria de tanta gloria profanada;

y, Roma me poseyó;

la gran Sibila Dominadora de las almas, abrazó mi corazón contra sus senos de piedra, y sus labios de mármol me besaron, con un gran beso maternal, que engrandeció mi espíritu al igual de los grandes predestinados, que allí sintieron el estremecimiento de las revelaciones, agitarlos como una fiebre, en esa selva de milagros, bajo los ojos taciturnos de la gran loba de piedra;

y, su alma de Silencio y de Soledad, penetró en mí;

¡oh, el alma prodigiosa de las ruinas!

las ruinas tienen un alma;

las ruinas hablan;

las ruinas cantan;

¿quién no ha oído en Roma, el canto de aquel coro de sirenas petrificadas, cuyos senos de mármol se alzan aún henchidos de voluptuosidades y por cuyos labios de piedra se escapa aún el himno inolvidable de la Belleza Inmortal?

las armonías vivas, sutiles, delicadas de esas sirenas del mar del olvido y de la muerte, llegan al alma con un poder sobrehumano, de Arte, de Ensueño y de Visión;

nunca olvidaré mi primera visión del *Forum*, la visión silenciosa y terrible, que se alzó ante mí,

surgiendo del valle muerto, en la lúgubre quietud del cielo y de la tierra ;

bajo un firmamento de palideces azulosas, que se diría hecho de turquesas enfermas, donde los astros muy lejanos, semejaban ópalos de presagios, lises heráldicos de muerte, la gran selva de mármoles apareció a mis ojos, surgiendo de la penumbra como la inmensa osificación de un sueño de espanto, la cristalización prodigiosa de una profecía de desastres, la petrificación súbita de las estrofas dispersas de un poema dantesco, sobre el cual hubiera plegado sus alas de bronce el genio apocalíptico de la grandeza y de la muerte ;

la luna en creciente, brillaba allá muy lejos, como un escudo roto por la lanza de un curiacio, y como enclavada en la cumbre de las *Sabinas*, todo bañado de luces violetas, como el catafalco de un obispo, sumía el paisaje en una sombra profunda, sobre la cual, grandes claridades astrales, se extendían como estandartes luminosos en el silencio, como banderas blancas ; banderas de paz, sobre una tumba de héroes ;

del *Arco de Titus* al *Tabularium*, era uno como estancamiento de tinieblas, del cual, acá y allá, surgían blancuras imprevistas, como fragmentos de *estalactitas*, o cuerpos de águilas blancas, sobre altos mástiles inmóviles : eran la *Columna Juniana*, el *Templo de Vesta*, las tres columnas erectas del *Templo de Marte;* se diría la arboladura de una flota fantasmal encallada en un mar de sombras ;

y, como costas silenciosas de este océano en quietud a un lado, en las faldas del monte *Celio*, como el esqueleto de una ciudad dormida en la muerte en la noche después de un combate naval, alzaba su mole negra, inmensa y rugosa : el *Coliseo;* y, al otro, sobre el monte visitado por el rayo y el prodigio, el monte de las águilas augustas, perfilaba

su silueta armoniosa y blanca, el *Capitolio;* y, a su sombra, bajo los trofeos de *Mario*, los mármoles pentélicos de *Cástor* y *Pólux*, parecía acariciar la inquietud celosa de la loba latina, que a sus pies, traza círculos concéntricos en su jaula, y cuyas ubres salvajes, no hallan ya bocas de conquistadores que las expriman, extrayendo de ellas el líquido bravío que da el frenesí heroico de la gloria y de la muerte ;

más allá, sobre el monte *Caprino*, los cipreses del palacio *Caffarelli* parecían ocultar en la negrura de sus ramajes, el abismo de la *Roca Tarpeya*, en cuyo vórtice se inclina la sombra heroica de *Manlio ;*

la luna ascendía lentamente, y la sombra se desvanecía, diluyéndose en una lactescencia de ópalos ; la luz blanca, lívida, con una rara coloración azulosa iba penetrando, poco a poco en las ruinas, despertándolas, acariciándolas, besándolas, envolviéndolas suavemente hasta destacarlas a medias, y entonces el *Forum* apareció a mis ojos, como una ciudad lacustre, a mitad sepultada en las aguas ;

cuando la luna dominó por completo el horizonte, el cuadro se hizo blanco, de un blanco tenue, como un lago de argento, lleno de islotes lapislázuli ;

y, el inmenso bosque de mármoles, iluminado de súbito, parecía animarse como un jardín prodigioso en que cantara la Aurora ;

el pórtico de *Los Doce Dioses*, las tres columnas del *Templo de Vespasiano*, quedaron allá lejos, solos, hundidos en la penumbra, como grandes buitres pensativos a la orilla de aquel mar de luz tranquila y serena, que no alcanzaba a besar con sus olas resplandecientes, los restos del *Templo de la Concordia*, que mostraban sus basamen-

tos de mármoles mutilados por la mano de los siglos;

vagamente, lentamente, con imprecisiones y fluctuaciones de miraje, como buques de una flota misteriosa, ardidos por un incendio, iban apareciendo los templos inmensos, la *Basílica Constantina*, la *Basílica Julia*, la *Casa de las Vestales*, haciendo huecos en la sombra a lo largo de la *Vía Sacra*, hasta la *Vía Triunfal* y el *Palacio de César*, más allá del cual, y en un nuevo esplendor de fulguraciones, se ofrecían a los ojos atónitos, los arcos de *Septimio Severo*, y el de *Constantino*, y más allá aislada en su soledad, como una muda evocación a la fuerza y a la gloria, la ruina del *Anfiteatro Flavius*, como la gran galera de los siglos volcada sobre las playas de la Historia;

así, como los restos de un combate de cíclopes, se alzaban las ruinas, en aquel mar de heliotropo, que la caricia de la luna, sembraba de rosas de oro.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Desde el día en que aquella gran visión, magnífica y tentatriz surgió ante mí, de aquel estuario de sombras, donde duerme el oleaje de los siglos, tuve la revelación y la fiebre del pasado, y el alma de las ruinas me poseyó;

el alma de las ruinas, heroica, enamorada y tenaz, os seduce, os conquista, os vence bajo su encanto irresistible y nostálgico, en la gracia noble de sus gestos petrificados, con el encanto augusto de su melancolía, que se escapa de las piedras, como un vaho de inspiración, de fuerza, y de eternidad;

las ruinas os ven, os sonríen, os llaman, ten-

diendo sus brazos de mármol, en un gesto desesperado de náyades cautivas;

las ruinas os hablan, con la elocuencia enorme de sus labios lacerados, donde sonaron antes todos los gritos del Tumulto.

—Nosotras fuimos la Gloria, dicen todas.

—En mí se posó el Trofeo de César, dice el Templo de la Victoria.

—Y en mí el águila de Mario.

—Yo, escuché a Cicerón, dice el mármol profanado de los Rostros.

—Yo, vi al divino Tito, dice un arco triunfal.

—Pompeyo, se apoyó en mí, dice una columna rota.

—Julia, me ungió con los lirios de sus pies, dice la losa de un triclinio.

—Yo, di sombra a Popea, murmura un arquitrabe desplomado.

—Caracalla, violó una esclava a mi sombra, dice el atrium de un templo.

—Heliogábalo, se reclinó aquí, en los brazos de Sofirino, clama una terma.

—Aquí Nerón se entregó a Eporo, dice otra.

—Cómmodo combatió aquí con un toro, dice la piedra de un altar de sacrificio.

—Aquí, fué Mesalina, fatigada por los guardias de Claudio, dicen las ruinas de un prostíbulo.

—Sobre mí, murió Virginia, dice una losa.

—Sobre mí, cayó Tarquino, dice otra.

—Aquí el puñal de Bruto, creyendo engendrar la Libertad, engendró a Octavio, dice el pedestal de la estatua de Pompeyo.

—En mí se apoyó Tiberio Graco, para vencer, dice un muro.

—Y, en mí para morir, dice otro.

—La Libertad, nació en nosotras.

—Y, la esclavitud.

—Por eso fuimos grandes.
—Y, por eso desaparecimos.
—Fuimos la Gloria, y la Vida.
—Dadnos Vida, y te daremos Gloria.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Yo me di con pasión a evocar la Vida, en aquel mar inmenso de la Muerte;

y, quise revivir las truncas idealidades de las piedras;

a los pocos días de llegado a Roma, ya peregrinaba con mi caballete y mis pinceles, del gran *Forum* al *Forum de Trajano*, del *Arco de Tito* a la *Pirámide de Sexto*, del *Teatro Mercelus* a las *Termas de Caracalla*, copiando la belleza de las líneas y, evocando el alma de los mármoles, porque los mármoles tienen un alma, como la luz en los colores; alma de evocación, y de inspiración, alma inmortal;

el artista que no adivina, no evoca y no resucita esa alma, no será nunca un artista;

en la Roma solitaria del estío, yo sentí toda la fiebre de la poesía arqueológica, apoderarse ávidamente, de mi pensamiento y de mi corazón, y me di a copiar con una pasión iluminada e intensa, los grandes y los pequeños aspectos de ese mundo muerto, que salía de su tumba de siglos, para el encanto y el amor de mis ojos de Poeta.

Vittorio Vintanelli, me dejaba hacer;

él, sabía bien de esa fiebre de las ruinas, que asalta a los artistas jóvenes, cuando llegan a esa gruta encantada del *Lacio*, donde la gran Sibila, la Sortílega divina, los aduerme con el filtro que se escapa de sus ojos de piedra, de su vientre de piedra, de sus senos de piedra, senos inagotables

y próvidos, fuentes inmortales de la Belleza Eterna ;

en aquel medio, de inquietud adivinatoria, de poesía secular, que enerva divinamente, y agita el alma con largos estremecimientos de inspiración, como bajo el influjo de un amplio y poderoso soplo venido de las costas del Misterio, la fiebre de las ruinas, precede siempre a la fiebre del paisaje ;

eso lo sabía Vittorio Vintanelli, y sabía que por los senderos de ese paisaje taciturno, sembrado de eternidad, por entre la blancura de los grandes mármoles resplandecientes de divina belleza, por ese sendero de Gloria y de Inmortalidad, iría yo, como ya fueron todos, por una *Vía Appia* de inspiración y de milagro, hacia los horizontes silenciosos y especulares, hacia los caminos blancos, interminables, formados de tumbas ilustres, hacia la imperturbable y sagrada belleza de esos paisajes, llenos de la más intensa y acre poesía que haya jamás tocado el pensamiento y el corazón de los hombres : la poesía de la campiña romana ;

y, me dejaba embriagarme de antigüedad, respetuoso a mis grandes dolores, seguro de que éstos habrían de desaparecer, en esa hora divina que vivía mi vida, en el flujo creciente de sensaciones, de emociones, de coloraciones y de visiones, que forman el mundo interior, intenso, indescifrable y misterioso del artista ;

y, mientras me dejaba entregado a mi sueño de Olvido y de Silencio, él, iba hacia un gran sueño de rencor y de tumulto ;

mientras yo me absorbía en la evocación del pasado, él marchaba abiertamente hacia la redención del porvenir ;

y, cuando yo me inmovilizaba, con los ojos vueltos hacia los lejanos esplendores de la Muerte, él

iba hacia el incendio rojo y bravío de las grandes batallas de la Vida ;

y, éramos como dos sombras, inclinadas sobre la grandeza desmesurada de dos sueños terriblemente estériles ;

y, ambos éramos tristemente semejantes, inclinados así entre la Verdad y la Nada ;

el abismo de la ilusión está en nosotros ;

la Vida es un Miraje.

*

El Genio no se destierra;
él, lleva su patria en sí;
la patria no es una idea, es un hecho, un hecho indiscutible y fatal, bajo el cual se sucumbe si se es débil, y sin el cual se vive si se es fuerte.

Vittorio Vintanelli, no amaba la patria, la entelequia sangrienta, el minotauro insaciable, con ese amor animal, esa resignación de bestia, que se encierra y se atrinchera, en esa divisa de *abattoir*, esa palabra hermética y sin genio, que se llama: el Patriotismo;

él, no arbolaba sobre su gorro frigio, ese penacho de egoísmo y de idiotía, que los grandes miserables ponen sobre sus frentes obscuras, en las cuales ha llovido el guano de todas las iniquidades, para seducir con él, la interminable estulticia, la inconsciente veneración de las multitudes, adoradoras de la fuerza, la irremediable imbecilidad de los hombres que los lleva siempre a degollarse entre sí, por vocablos que no comprenden,

al pie de ídolos impasibles, sudorosos de ignominia ;

no, Vittorio Vintanelli, no amaba la patria como cosa suya, sino como una porción de humanidad, a la cual la exaltación de su fe, el milagro de su voluntad, la fuerza de su sacrificio, su actitud sorprendente de discóbolo libertario, portador del rayo destructor, habían de purificar y libertar ;

su palabra fracasante, llena de una energía libre y obscura, exacerbaría la exutoria de esos pueblos, que aspiraba a curar por el dolor ;

sus admoniciones iterativas, caerían como una lluvia de rayos, sobre las ciudades del oprobio, y el oprobio de los hombres ;

con una angustia desesperada, interminable ; con una conmiseración colérica y triste a la vez ; con una piedad acre y un rencor celoso, el vidente alucinado se dió a la destrucción, con la tenacidad sombría de un prisionero, por romper el muro tras del cual espera ver la luz del día ;

y, se arrojó a cuerpo perdido en la lucha, en el tumulto, en la sombría batalla de sus ideales ;

hizo de su talento portentoso, de su arte inimitable, un solo útil, un instrumento acerado y terrible para la Revolución ; de su pincel hizo una pica ;

el artista exquisito, en quien el alma del paisaje parecía sonar como un cántico, la coloración magnífica de cuyos cuadros pedía la magnitud, el espacio, la gran luz triunfal de los frescos de Gozzoli, tanto así era de amplia, de viva, de matizada y de cantante ;

este mágico de la gran armonía de los colores, cuyo pincel era como una lira cromática, en cuyos toques, el azul perlado, cuasi blanco, subía como una imploración, tiñéndose de tintes glaucos y rojos, hasta formar horizontes de sangre, cielos pavorosos de tempestad y de exterminio ;

el creador potente y fecundo, que de la fragua de sus luchas interiores, de los limbos de su visión fuerte y tenaz, sacaba las cabezas agresivas y poderosas de sus apóstoles, lívidas y sombrías; ferozmente enigmáticas de silencio, el rostro macerado de sus Cristos sensitivos y anémicos, brillantes de luz interna en paisajes grandílocuos de calma primaticia, el gesto de noble histeria en que sus teorías de vírgenes visionarias marchaban a la muerte; los grupos blancos y graves de sus ancianos leonescos, llenos de una majestad primitiva y salvaje, sentados o de pie, en un silencio expectante, tras el cual parecía oírse el ruido de las fieras del circo, y, se creía ver las fauces negras de los jaguares de Nubia, y las garras enormes de los leones de Etiopía;

este evocador mágico de los colores exquisitos y de las formas gráciles, cuyas coloraciones de una suavidad diáfana, predisponían el alma a los ensueños, y cuyas visiones bélicas como movidas por el soplo tempestuoso de su idealidad heroica, brotaban del lienzo, combatientes y destructoras, símbolos vivos de la lucha y redención;

ese Neptuno formidable del mar de la visión antigua, cambió sus pinceles por el lápiz, y corrosivo evocador de la vida moderna, se hizo el caricaturista implacable del «*Sveglio*», diario anarquista de Roma;

ese gran genio pictural, enamorado de las decoraciones paganas, en las cuales, en fondos de azul y de violeta, dignos de Lucas Signorelli, alzaba figuras impresionantes y estilizadas como de Whistler, llenas de vida intensa y profunda, como las de Charles Monet;

ese grande armonista; grande porque tenía la originalidad inalienable de la concepción y el dominio inimitable de la ejecución, salió de su mar

de colores y de luz, y con tinta negra, como los horizontes de su cólera, dió forma a las terrificantes creaciones de su odio, a las deformaciones de un cómico espeluznante, con que su rabia gráfica, inmortalizaba en el ridículo, los hombres y las cosas que él detestaba ;

desde el día en que se hizo el artista de la revancha, una alma nueva, de una hilaridad lúgubre, habló en él ;

su gran faz, taciturna y trágica, tuvo un nuevo rictus ;

sobre sus labios todos de Verdad y de Justicia, hechos para las supremas adjuraciones y los apóstrofes empenachados de horror, corrió un nuevo estremecimiento, se fijó un nuevo gesto de burla feroz, más terrible que todos los huracanes de elocuencia que hasta entonces habían salido de su boca profética, o iluminado sus terribles ojos de visionario, hechos para ver el dolor y ordenar el sacrificio ;

esa sonrisa de Aristófanes, en la máscara de Esquilo, magnificaba el horror, añadiéndole un nuevo dardo ;

el terrible pintor de almas perversas, tuvo el espíritu más mordaz que los corrosivos que modificaban los contornos en sus placas de acero ;

nada escapó a aquel historiógrafo enconado de los vicios de su época, cuya fetidez envenenaba la atmósfera :

su genio, al simplificarse, se intensificó y se multiplicó ;

su mirada de alucinado, haciéndose cruel, tuvo una acuidad prodigiosa, un desdoble de visión, que iba derecho a lo deforme, a sorprender el gesto que mata, para fijarlo en la mueca convulsa, en la máscara grotesca, con los cuales clavaba vivos

en el papel, aquellos que caían bajo el escalpelo implacable de su pluma o de su lápiz ;

su prosa violenta y burlona, lejos ya de la elocuencia florecida y profética de sus primeras luchas, adquirió un nervio, una ductilidad, que no tenía ; movible como el mercurio, corrosiva como el vitriolo, se hizo terrible, y cruelmente mordaz, en su mezcla confusa de canallería y de belleza, y tuvo una agresividad de daga mortal ;

su genio de dibujador psíquico, estalló en una serie de figuras y de cuadros, donde el cómico, de una *vis* sin antecedentes y sin ejemplo, emulaba con la profundidad de la intención, de una perversidad intensa y cruel, de una rabia fría y mordaz, fuerte y triturante como las mandíbulas de un tiburón ;

desollaba los hombres con su lápiz y los regaba de vitriolo con su pluma ;

no conoció la piedad ;

toda Roma, y toda Italia, miraron hacia aquel escalpelo, dirigido contra su corazón ; y, Vittorio Vintanelli, crecía como un espectro amenazante, bajo ese cielo del *Lacio*, en el corazón de la Roma Eterna, cuenca de las manos de la Historia, donde han venido a soplar y a refugiarse todos los huracanes del mundo ;

tribuno encolerizado, audaz y demoledor, era en la plaza pública como en el diarismo, el genio lírico en frenesí, la voz del sufrimiento y de la desesperanza, estilizando en sus tropos poderosos, en sus hipérboles cáusticas, como en sus dibujos tan tenazmente perversos, toda la inquietud, toda la tristeza, la sombría vela del pueblo, en espera de extrañas y no lejanas realizaciones de Ideal ;

pero, permanecía desdeñoso, aislado, lejos de la *gloriole* que aborrecía, trabajador consciente en su obra de demolición, seguro de morir bajo los escombros del edificio poderoso que minaba ;

representante extraño de la neurosis más expresiva del siglo, sosteniendo con el soplo de su pasión su obra, que acaso él solo no alcanzaba a ver terriblemente estéril, se alzaba ante el agotamiento y, las conmociones espasmódicas de su época, como el representante verbal y gráfico de la rebelión feroz e irascible, protectora y castigadora en esta hora iracunda de desequilibrios y de nufragios mentales, de angustias supremas, en la humanidad irresoluta y terrificada ;

y, había hecho de ese sueño el centro de orientación de sus pensamientos ;

y, adoraba el miraje que vivía en él : el miraje de los harapos hechos púrpura, y la púrpura hecha polvo...

y, en su extraña aberración terrible y fija, él se abrazaba divinamente a la idolatría de la Justicia ;

y, la aureola de Infinito, y de Eternidad, que nimba la frente de los mártires, nimbaba ya la suya circuída de pensamientos en éxtasis ;

la pasión de libertad engendra el vértigo de morir ;

aspirar a la Justicia, es una forma de abrazar la nada ;

adorar algo en la vida, es adorar el polvo ;

todo en la vida, todo hasta Dios, engaña los ojos del creyente ;

la Esperanza es un engaño al corazón de las criaturas ;

la Verdad, no existe sino creada por la locura de los hombres ; no hay Verdad, como no hay divinidad : sinónimos de la Sombra ;

no hay cierto sino el dolor ; fuera de él no existe sino el espacio, poblado de sollozos ;

toda fe, es una gran desolación.

*

Yo me sentía enfermo del mal de los deseos imprecisos;

la lenta concentración de las fuerzas del alma, su orientación hacia un fin de belleza, son dolorosas y laboriosas, como la concepción y el alumbramiento de los seres;

a los seis meses de permanencia en Roma, yo no tenía aún un amigo;

mi odio a las colectividades, a las *coteries*, a las agrupaciones, aun apiñadas al pie de una bandera de Arte, subsistía en mí;

y, continué en ser en Roma, como en mi tierra natal: un aislado;

el pueblo de pintores, amables, libres y gozosos que pulula de la *Piazza di Spagna*, a la *Porta del Popolo*, y tiene su cuartel general en la *Vía Margutta*, me sedujo al principio, por su aspecto *bariolé*, multicolor, de un pintoresco raro, de una alegría encantadora, con sus *studios* más o menos abigarrados, sus modelos llenos de belleza y colo-

rido, sus artistas, descuidados, francos, sinceros en el arte, y en la vida;

es en aquel rincón de la Ciudad Eterna, que se mueve, todo cuanto ha de ser mañana gloria del mundo; y, es allí, que pulula y flota lo que de genio hay en la pintura romana;

aquel bohemismo colorido y alegre, ruidoso y genial, aquel núcleo de artistas espirituales, decidores y mordaces,. haciendo cosas admirables, entre el humo de dos cigarros y una botella de Vino *Chianti*, pintando o modelando cuerpos púberes con una impasibilidad gozosa, hija del hartazgo y de su gran noción de la belleza plástica, repartiendo al igual céntimos y besos a las modelos robustas de la *Cioceria*, o las frágiles y delicadas hijas de Roma, que ofrecen al pincel, la pureza de sus formas botticellianas, que el hambre ha pulido así, en aquella perfección de líneas que fué el encanto de los maestros florentinos, y el sueño de los místicos primitivos, todo aquel mundo ruidoso y gozoso, me cansó bien pronto, como contrario a mis hábitos de soledad y de silencio;

los artistas ricos y festejados, que el éxito y el mérito han enriquecido, y que tienen sus estudios, en Villas suntuosas, fuera de los muros, en las largas vías silenciosas, que se extienden más allá de las puertas de la Ciudad Eterna, me sedujeron por su gracia exquisita, su cortesía calurosa y familiar, el encanto de su amabilidad perfecta;

eran grandes señores de la más alta nobleza intelectual, Príncipes del Arte, que sabían estar en esa atmósfera de gloria y de celebridad, sin *pose*, sin orgullo impertinente, como en un medio, que les era natural y debido; rodeados y festejados por los patricios romanos, todos protectores generosos y conocedores exquisitos del Arte, habituados a codearse con príncipes y aun soberanos en

jira por la Ciudad Eterna, conservaban en su gesto calurosamente cordial, en su simplicidad noble y graciosa, un aire de camaradería, unas fraternales maneras de *atelier*, que bastaban para cautivar y conquistar al más reacio;

yo, no conozco nada más bajo que los odiadores del triunfo ajeno;

el rencor ciego contra los que vencen, contra los que llegan, según el vocablo usado en la lengua de los *ratés*, es la piedra de toque en que se revelan los impotentes de todos los matices, los mediocres, los nulos, los desheredados del talento, los pálidos gimoteadores de la crápula, los desnudos del mérito, vencidos en su obscuridad invencible, los desesperados de la derrota, los que no han triunfado y no triunfarán, los innobles y disgustantes hijos de la Envidia, que no valen todos ellos, en la inquietud de sus contorsiones desesperadas, una palabra, un gesto, de los grandes sembradores de libertad, de belleza, de infinito, que pasan serenos por esa atmósfera cargada de blasfemias, sin que perturben su marcha triunfal, la baba sucia de los caracoles del rencor, ni el gesto obsceno con que les arrojan estiércol los grandes monos de la crítica letrada;

siempre que he oído denigrar de un gran nombre, de esos ya consagrados y triunfales, me he vuelto para ver al protestatario, seguro de encontrarme, con un vencido prematuro, un abortado, un retardatario, un impotente, incapaz del esfuerzo y de la victoria;

no se triunfa sin mérito, y no se permanece inédito con él;

el *éxito*, la *fortuna*... palabras que han inventado los mediocres, para negar el triunfo de los grandes;

felizmente, en Roma, el triunfo de los mayores, que pintan cuadros para millonarios, en la

decoración suntuosa de sus *Villas*, que son palacios, no despiertan la emulación ni el celo de los pintores geniales y gozosos, que derrochan su talento pintando acuarelas y *Venezias* al por mayor, en los *vicolos* luminosos de la colina *pinciana;*

la sociedad de esos artistas mundanos, victoriosos y exquisitos, en pleno deslumbramiento de su celebridad, si me sedujo, no me retuvo ;

su mundanidad elegante y fastuosa, su cortesanía obligada y brillante no se amoldaban a mi carácter, y mi sed de aislamiento no se hermanaba con el ruido y la fatiga de su vida de corte, de fiestas, de boato interminable, en que sus genios languidecían, prisioneros de su gloria ;

el hermetismo formulario de las academias, no me seducía tampoco ; sin desdén por la tradición, la impasibilidad y el amaneramiento clásicos, mi carácter me apartaba del servilismo escolástico, y de las fórmulas estrechas, los dogmatismos perniciosos, la vanidad tradicional y vacua de los sistemas petrificados, y el didactismo enfadoso y estéril del Arte oficial ;

de ahí, que aun contando buenos y espirituales amigos en la Academia de Francia y en la de España, permaneciera lejos también de la *Villa Médici* y de *San Pietro in Montorio*, donde atrofian su ingenio los artistas de concurso, en el onanismo triste de las imitaciones clásicas ;

acogido y agasajado por la franca cordialidad de los artistas jóvenes y operosos, representantes iluminados del artitismo nuevo ; distinguido benévola y noblemente por los maestros triunfadores ; y amistosamente relacionado con los representantes jóvenes y ancianos de la pintura académica, me aislé, sin embargo de todos ellos, y fiel a mi temperamento solitario, me aparté, para trabajar a

mi manera, si no para crearme un arte personal, al menos para ser personal en el Arte;

y así, en vez de buscar un estudio en la tumultuosa y panorámica *Vía Margutta*, o hacerlo en las pintorescas y opulentas *villas* de fuera *Portas* me refugié en un amplio y luminoso apartamento de la *Vía Sicilia*, muy cerca a la *Porta Salaria*, desde el cual, mis ojos abarcaban un paisaje de austeridad y de grandeza, impresionante por el encanto clásico del conjunto, por la suntuosa y apasionante perspectiva de cielos y de cimas que abarcaba;

a mis pies, los jardines obscuros y simétricos de la *Villa Médici;* el verde-negro de las arboledas del *Pincio*, salpicadas de flores violentas y blancuras entrevistas; más allá la línea violeta de los pinos girasoles de *Monte Mario*, y en el descenso, sobre la esmeralda brillante de los jardines pontificales, la cúpula de *San Pedro*, como un zafiro inmenso, engarzado en un brazalete de esmaltes;

y, allí me absorbí en el estudio;

el silencio es el padre de la inspiración;

es en los jardines de la soledad, que se coge esa flor de gloria que se llama la originalidad;

el tumulto degrada y mata el genio;

sólo el aislamiento, es fecundo;

fué aquel espectáculo de grandeza, de belleza y de tristeza, visto desde mis balcones, bajo el radioso sol y en las noches taciturnas, el que guió mi inspiración hacia el esplendor inagotable de los paisajes vecinos;

la Naturaleza habló a mi corazón, y mi antigua alma campesina volvió a escuchar el cántico de Pan, y ansió de nuevo la sinceridad amorosa de los campos, las ya extintas impresiones de las llanuras sonrientes, bajo los cielos felices;

y, el adorador del paisaje, resurgió en mí;

poco a poco, fuí desprendiéndome del encanto tumular y frío de las ruinas, y sacudiendo el letargo luminoso de sus besos solemnes, dejé sus brazos de piedra, y fuí de nuevo hacia mi antigua pasión por la Naturaleza ;

y, abandonando el amor, y el culto de la muerte, me volví de nuevo hacia la simplicidad, la suntuosidad y la Verdad, de las cosas de la Vida ;

la inmensidad formidable, muda y soberbia de la campiña romana, la monotonía heroica y gloriosa de esos llanos desolados, donde como una proyección de alas inmensas, parecen agruparse y esfumarse los grandes hechos legendarios, y corren como ríos taciturnos los sonoros prodigios de la Historia ;

la Vida, la Muerte, la Gloria, no han tenido nunca escenario más vasto y más grandioso, cuadro más apropiado a su magnificencia, que el de estas llanuras tristes, de cuyas lagunas pestilenciales se escapa la fiebre como un fantasma perseguidor de las altas idealidades bélicas, que cabalgaron por esos llanos en las grandes auroras de la Vida, ya casi olvidada en esta hora vesperal de abatimiento y de oprobio en que morimos los humanos ;

en el silencio lúgubre y mortal de esos llanos catalépticos, como atónitos de espanto ; ante la quietud augusta de ese escenario vacío que llenaron con su fracaso los más grandes dramas de la Raza, y de la Gloria ; en ese desierto del marasmo y de la muerte, cuna de la latinidad vencida, yo me sentía revivir a nuevas y más austeras inspiraciones ;

un nuevo y poderoso soplo de heroicidad, pasaba en mi alma, como un estremecimiento de evocación alta y bélica, soñando creaciones dignas de aquel cuadro magnificente ; y como un fio-

recimiento de rosas rojas, sobre una pradera triste, esmaltada de flores inverosímiles de voluptuosidad, de heroísmo y de muerte, mi fantasía forjaba grandes visiones, gestos extrahumanos, para fijar allí, sobre ese suelo convulsionado, las formas más augustas de la Belleza y de la Vida;

huí de los pétreos y clásicos silencios del *Forum*, y fuí hacia los letales y ardientes silencios del desierto;

ya no fueron los esplendores lunares en los mármoles sagrados, los que atrajeron mi pensamiento, fueron los crepúsculos perláceos, intermitentes de pompas tristes, cubriendo las llanuras desmesuradas, en vagas ondulaciones de sudario; las auroras indescriptibles en su derroche de luces y colores, brillando como un incendio sobre las cumbres del *Tibur;* y el *Tíber*, el viejo río hermano de los siglos y padre de la Historia, arrastrando majestuoso el esplendor de sus pompas de topacio hacia la mar inmortal;

hay en el paisaje romano, una saturación de melancolía, de quietud y de grandeza, que pone en nuestra sangre un virus mortal, que sube de sus lagunas glaucas, de sus praderas de girasoles hieráticos, alzados ante el sol, como grandes cálices de oro, llenos de un vino de inquietud, de desesperación, de deseo inagotable y fatal;

la fiebre de las lagunas, deliciosa y sutil se alza como un sortilegio y como una inspiración, de aquella inmensidad de tristezas y de grandezas, acumuladas en la desesperante aridez de aquellos llanos, pletóricos de la nostalgia y del silencio que vienen del fondo de los siglos;

si la Vida, es un sueño que vale la pena de soñarse; si la obra de Arte ha de ser la expresión, más alta y más fiel de ese sueño; si el paisaje, es después del poema escrito, la más intensa y su-

gestiva expresión de arte puro, en ninguna parte del mundo se vive ese sueño, más real, más amplia, más grave, más noblemente, que frente a los parajes desolados, a la soledad arcana y ascética, a la desmesurada taciturnidad de la campiña romana ;

la llanura maravillosa, es como una playa desierta, de la cual se ha alejado el trágico flujo y reflujo del terrible mar humano, fatigada de albergar la Historia, el Deseo, el Crimen, la Grandeza y la Catástrofe de los hombres ; llanura del prodigio, que parece guardar en su mudez, el testamento eterno del silencio ;

todo allí calla ;

el grito murió, en aquella boca del espanto ;

no hay cerros, no hay bosques, no hay árboles...

gramíneas de un verde gris, asfódelos tumulares, glicinas pálidas, que parecen guardar en sus hojas exangües, los miasmas deletéreos, que siembran la muerte, en la esterilidad crepuscular de esos llanos áridos donde se agotó el laurel que coronó la frente del mundo antiguo ;

como seculares espejos de acero, incrustados en negras molduras de bronce, las lagunas pontinas, las lagunas fatales, donde los gérmenes de la muerte, surgen de cada ola, se muestran allá lejos en el horror de sus riberas desoladas, donde el perfume muere y cesa el vuelo de los pájaros perdidos ;

rebaños melancólicos se mueven en el verde sucio del llano, bajo el cayado de niños anémicos, de grandes ojos negros, devorados por la fiebre ;

y, allá, muy lejos, como si huyesen del contagio, el perfil de los montes negros, ornados de pinos lúgubres, cuyas siluetas móviles se destacan en el horizonte, con el aspecto de grandes monjes

desesperados con los brazos extendidos al espacio, imploradores de extrañas misericordias ;

¡ y, el paisaje lúgubre y grandioso, entró en mi alma como una exultación !

entre los clamores de combate, que parecían subir a mí del llano inmenso lleno de estremecimientos trágicos, en los que se creería ver huir aullando al aire su derrota, y agitando sus estandartes vencidos, el tumulto antes heroico de las razas humanas, subían los rumores melodiosos de la Belleza imperecedera que dormía allí, sepultada bajo la muerte, como el cadáver de una Vestal, bajo el escudo de los bárbaros, como una divina rosa mustia, pisoteada por un tropel de dioses en derrota ;

el silencio engrandecía el poder de la Visión, ante la inmensa aridez vertiginosa, donde se sentía dormir el ala fatigada de los siglos, acumulados en las fronteras del reino inolvidable del reposo ;

y, mi alma toda se elevaba en la luz, al contacto del paisaje, ese paisaje de estupor sagrado, lleno del orgullo misterioso de su belleza muerta ;

y, de la aurora a la noche, se me veía vagar por la llanura augusta, como por un jardín prodigioso, copiando la visión sublime, evocando los muertos esplendores, llenos los ojos de una embriaguez extática, los labios prontos al cántico devoto, hasta que todo desaparecía en la sombra, bajo el beso religioso de la tarde, y la Noche letárgica caía sobre el abismo del llano, hecho negro y sombrío, como un inmenso estanque metálico, en cuyo fondo lúgubre los astros del gran cielo lejano dejaban caer lágrimas de oro, como una lluvia de consolaciones, y un testimonio de Eternidad ;

¡ desolación misteriosa, que guarda en sus labios de Infinito, el testamento profético del Mundo !

*

Y, obstinado en mi sueño, como en la contemplación poderosa de un ideal invisible, perdido en la eflorescencia tembladora de mis grandes visiones interiores, aislado e indiferente a los dolores y las ambiciones de la humanidad, mi teoría del *arte por el arte*, se afinaba, se afianzaba más, y me encerraba y me muraba en la *Torre de Marfil*, la fortaleza insultada, burlada por el arrivismo tumultuoso y estéril, casi ahogada por el oleaje fangoso de la inundación populachera, azotada por la cola de los grandes peces democráticos, hipocampos de batalla, encantados de su maravillosa fecundidad de espumas ;

el rencor paradojal, de los enemigos del Ensueño y de la Belleza, no turbaba mi concepción del arte puro, mi entusiasmo ascético por las obras de aislamiento, de silencio, y de misterio ;

en vano la voz austera y revolucionaria de Vittorio Vintanelli, pasaba huracanada sobre el rosal de mis sueños, hablándome de un arte nuevo, arte de combate, arte rojo de revolución y de extermi-

nio, y, diseñaba ante mis ojos, los grandes gestos violentos y descompasados, la visión agresiva y brutal de los macabeos de la revancha, cruzando en la inquietud sorda del momento, por sobre las multitudes en delirio, como una bandada de buitres rojos, en vuelo a los festines de la muerte ;

ciertos cuadernos de Vittorio Vintanelli, fibrosos y convulsivos, llenos del gran soplo de idealidad, que animaba todo lo suyo, y como alumbrados por la terrible llama de esperanza y de destrucción que brillaba siempre en sus ojos meditativos y violentos, tenían un sabor acre y extraño, que incitaba a gustarlos, a despecho de sus utopías de un lirismo sanguinario y de sus explosiones sonoras, como de grandes minas voladas en el fondo de la tierra ;

la lucidez temible de sus profecías, su obstinación terrible hacia la muerte, los hacían interesantes, aun para aquellas almas que no lo hubiesen amado como yo ;

recuerdo algunas de sus paradojas luminosas y terrificantes unas, pueriles otras, con la puerilidad sincera, cándida y violenta de toda palabra de sectario :

—El Arte, es acción, decía él ;

arte no es contemplación ;

la meditación, es la pereza del espíritu ;

el ensueño, es la almohada de los débiles, el inmenso campo en que sembró Onán : caos de esterilidades.

*Greiffl nur hinein ins volle menschen Leben*, dijo Goethe ;

*agárra en plena vida*, tal debe ser la consigna del Arte ;

el canto de la Energía, la exteriorización de la Vida Heroica, tal debe ser la obsesión del Arte actual ;

el gesto heroico, es la más bella línea del Arte;

el Arte que no guarda el calor de una Fe, no es el Arte;

la Fe en la humanidad, es la única que puede producir un Arte verdaderamente humano;

el Arte cristiano se inspiró todo en la Divinidad; el Arte humano, debe inspirarse todo en la humanidad;

la forma, fué el alma del Arte pagano;

el símbolo, fué el alma del Arte cristiano; la Vida debe ser la forma del Arte humano.

Dios, debe desaparecer ya del Arte como de todo;

la Belleza, fué la inspiración del Arte helénico;

la tristeza, fué el culto del Arte católico;

la Libertad, debe ser la inspiración del Arte actual;

ya no se trata de la libertad en el Arte, sino del Arte de la Libertad;

el color del Arte, se ha fijado: el Arte es rojo;

¡ rojo como una bandera de guerra a muerte; rojo como la sangre, y como la cólera!

no más artistas soñadores; es la hora de los artistas vengadores; de los artistas demoledores; los grandes iconoclastas de las cosas fatigadas y envejecidas, creadores de las grandes cosas nuevas, sembradores inspirados en los escombros y las ruinas...

es necesario que toda filosofía, toda moral, que no sea la del hecho destructor, inmediato y definitivo, desaparezcan del Arte;

el Arte de hoy debe ser un gesto heroico y trágico hacia la Destrucción y hacia la Muerte;

cierto grado de locura, es necesario al sacrificio, como es necesario al genio;

un hombre equilibrado, léase, *mediocre*, no será nunca un Héroe, ni un Apóstol;

es preciso cierto grado de divina alucinación, para ver en el fondo del Abismo ; no se dialoga con las osamentas, como Ezequiel ; no se vive en comunicación con las tormentas del *Averno*, como el visionario de Efeso ; no se nutre de la limosna de los pájaros del cielo, como el taumaturgo del *Carmelo*, ni se ve humear en pleno día la zarza del *Horeb*, como el loco del *Pentateuco*, sin ese grano de divina demencia ;

el Cristo era un loco triste, cuya histeria de pasividad melancólica, no lo elevó nunca a la verdadera y desesperada actitud de la grandeza ;

ha obtenido la tristeza de ser mirado como un dios, falto de grandeza bastante para ser admirado como un hombre ;

era la azucena taciturna de ese jardín de parábolas, del cual, Pablo el Apóstata, fué la adelfa enrojecida ;

el estremecimiento de la fiebre que agita el mundo, debe agitar también el Arte actual ;

el Arte debe ser antorcha y ser volcán, debe alumbrar en las tinieblas, y arrojar al viento de la noche su ceniza de muerte ;

el Arte, debe ser una gran bomba, a cuya explosión, nitrácea y verdosa, desaparezca la Iniquidad y tiemble el mundo ;

cada cincel debe ser un puñal ;

cada pincel debe ser una tea ;

el lirismo orgulloso del Arte viejo, debe desaparecer ante la gran noche profunda que cae de cielos desconocidos sobre las cosas y los hombres ;

el mundo, ebrio de gemidos, está lleno de murmullos profundos...

sobre las ondas avanza una forma blanca y grave, como el Cristo del *Tiberiades*, y viene sobre la playa donde velan los esclavos, así como un rayo

de luna en la hora melancólica en que duermen los rebaños;

el mundo se ilumina como de una alba de fiebre;

una angustia profunda posee las almas y los corazones, que gritan en un tumulto inmenso;

es la hora de la revolución del Arte;

hagamos Arte revolucionario;

todo va a morir... todo va a nacer;

seamos los artistas de ese Renacimiento;

seamos las alondras de esa aurora;

¡es una aurora de sangre en un cielo de cenizas!

seamos las águilas fuertes que miran el incendio de ese sol;

afilemos los picos y las garras;

la ventura universal tiene necesidad de precursores;

el mundo tiene necesidad de vengadores;

seámoslo...........

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Estas ideas de Vittorio Vintanelli, me hacían extrañamente soñador;

sus utopías sangrientas, sus paradojas inflamadas, me deslumbraban sin convencerme;

pero, el sol de sinceridad que brillaba en ellas, me atraía en una inclinación muda de respeto.

Vittorio Vintanelli, era un Profeta y un Vidente;

él veía lo que anunciaba; la sacudida portentosa del mundo, cuando el Titán harapiento arranque de sus goznes la puerta de la Ventura, siempre cerrada ante él, y la Humanidad entre por ella, entonando el cántico feliz del *Tantum ergo...*;

los profetas son gentes que *se acuerdan del porvenir;* han *visto;* han *visto eso;* ¿dónde? no podrían decirlo, pero, *eso*, lo han oído sus oídos habituados al huracán; *eso*, lo han visto sus ojos,

hechos al desprecio de los sueños y a las contemplaciones del Prodigio;

ellos tienen el alma abierta a todos los vientos de la pasión, como la caverna de un monte, terriblemente habitado por leones y por serpientes, y en cuyo fondo negro, canta a veces un pájaro perdido;

el espanto divino los posee, aunque no crean en la divinidad.

Dios habla por su boca, aunque blasfemen contra Dios;

la Verdad, es la antorcha prisionera de sus labios, siniestramente agitada por los terribles vientos del Misterio;

y, sufren de pie la tempestad;

y, desafían el huracán; un huracán de desarraigar encinas y de tumbar leones;

y, marchan hacia el Ideal, con la visión de un terrible Apocalipsis en las pupilas, llenas de la bruma confusa de lo Eterno.

¡Éfeso está muy lejos!...

partidos del Sinaí, tardan en llegar a Pathmos... el monte terrible, el monte de las visiones y de las Justicias está lejano; no llegarán a él, sino después de haber pasado por las calderas ardientes de Domiciano;

llevan el rayo en la mano, después de haber sido fulminados por él; con ese rayo se alumbran el camino; y, con él, matarán cuando lo suelten de la cima;

el espejo de la Justicia, les ardió los ojos, y desde entonces no ven sino *rojo*; el *sol rojo, la hora roja*, que viven más allá del azul transparente, donde vuela el águila rapaz, el águila que partida de la cima, ha de venir a devorar el mundo; el águila que está a la diestra de Jehová, y trae el sol rojo, bajo las alas;

la vida se extiende en derredor de ellos, como un huracán; son los soberanos de la Desolación; reinan en su imperio inabarcable;

en su verbo tumultuosamente profético, vociferan todos los hombres, por la boca del hombre;

son la esclusa por donde el río de la Verdad, entra en lo Eterno;

en ellos acaba el mundo que salvan;

se dan a la Muerte, por el Amor;

el día de su victoria es aquel de su condenación.

Canaán, es el objeto de su vida y la hora de su Muerte;

ellos saben *eso;* ven *eso,* y van a *eso;*

¿quién los impulsa?

¿quién lleva el sol al Occidente, el huracán al Septentrión y las águilas, con las alas tendidas al Levante?

los Profetas, son hombres de Fe; ellos no creen lo que ven, sino ven lo que creen; creer y crear, son sinónimos en la Fe; los Profetas son toda la Fe de una época; la nuestra, menguada y anémica de fe tiene muy pocos...

los profetas redimen sin redimirse;

son los cautivos, encadenados invisiblemente;

ellos lo saben y marchan; ¿hacia dónde? hacia el pináculo sangriento... *¡Stultitiam Crucis!...*

*

Yo había casi olvidado ;
había arrojado mi dolor en las profundidades del Olvido, como los antiguos marinos arrojaban al mar, una estatua de Neptuno, para calmar la tempestad ;
y, mi alma se serenaba así, bajo la gran caricia del Olvido, en una onda de pacificación y de quietud que ahogaba mis recuerdos dolorosos ;
y, mi corazón se diluía en la atmósfera vibradora del Arte, en una irradiación luminosa de grandes cosas silenciosas y augustas, cosas sin palabras, cosas cuya alma de silencio y de misterio, hasta entonces inmensamente desterradas de la mía, se revelaban a mi espíritu con el doloroso sortilegio de su belleza abandonada, con su dulzura sin sonrisa, iluminando la tiniebla como la aurora de un día lánguidamente blanco ;
el Olvido está en nosotros ; es a causa de su grandeza que lo negamos ; su gran Misericordia consoladora nos espanta ; rebeldes no vamos a él ; pero él viene a nosotros ; el hombre no quiere en-

trar en el Olvido, pero el Olvido entra en él; en el seno del Olvido todo se borra, como un gran gesto humano hecho en las tinieblas;

la mendicidad desesperada de nuestro corazón, no se calma sino con la limosna del Olvido; el vacío, la sed, la desesperanza de la vida, no se aplacan sino con el beso tranquilo de aquella inmensidad;

el Olvido es el destino de las cosas y su último refugio; el dolor está en la prolongación divina de su ausencia;

y, aquel que consuela, embelleciendo la vida, vino a mí; y, mi corazón destrozado de amarguras, profundamente desgarrado por los dolores, como una colina maldita, calcinada por torrentes de lava, sintió la gran caricia, de aquel que tiene la fuerza de los apaciguamientos definitivos; y sobre los bordes rojos de mis heridas sangrientas, sentí los labios enormes de aquel hermano de la Muerte y de la Nada; y, mis heridas se cerraron, con ese beso de consolación terrible, que encierra en sí cuanto hay de deleznable y miserable en el destino de los seres;

¡oh, cómo es dulce y terrible ir hacia el Olvido! nada hay igual al dolor de esa alegría; sería imposible la tortura de vivir, sin la gloria suprema de olvidar; el Olvido es el beso de la Verdad sobre la Vida;

el recuerdo es una perspectiva, una lejanía temblorosa y fugaz, que el soplo profundo del Olvido, basta a anonadar;

la gran marea de mi pasión se retiró llevándose los últimos restos de aquel naufragio, dejando mi corazón al desnudo, desnudo y consolado como un niño que se duerme;

y, sobre esa playa triste, sólo quedaron como dos grandes irradiaciones, dos fosforescencias enormes,

el rostro de mi madre, y la forma blanca de Delia, infinitamente pálidas, como dos grandes flores de esperanza y de imposible, que la distancia y la muerte, ahogaban entre el dolor y la sombra, como en el vértigo de dos soledades ;

y, mi corazón, las amó entonces, dulcemente, tranquilamente, serenamente, sin mezcla de amargura, de remordimiento, de terror, como dos grandes corazones hermanos, vistos en el miraje, en el deslumbramiento de un gran gesto de paz y de fraternidad ;

y, todo lo demás ; todo el drama, todo el dolor, todo el estremecimiento de pureza, de angustia, de voluptuosidad, toda la pena desmesurada que había agitado mi alma como una borrasca, todo pasó, todo desapareció de mi corazón, hundiéndose en un gran temblor de sombra, como las alas de un pájaro en los duelos de la tarde, sobre los cielos lejanos ;

la vida es un gran esfuerzo de separación y de mutilación ;

no se puede encadenar la Nada ;

había olvidado, y mi corazón callaba ;

fuera de los encuentros naturales con la mujer, esa cópula de dos bestias, ese gran abrazo brutal de primates en orgasmo, la fiebre del amor no me había tocado ;

amaba fisiológica, calculada, higiénicamente.

Roma, como toda ciudad sacerdotal, es engañosa, simulada y profunda en las prácticas del vicio ;

el vicio desenfadado, alegre, tumultuoso de París ; ese que corre como un torrente, a pleno sol, o bajo los rayos de la luna, sin estancarse nunca, sin ocultarse jamás ; ése no existe en Roma ;

allí el vicio es sabio, monacal, oculto y misterioso ; lo que en París es torrente, en Roma es cloaca ; allí el incendio de los sentidos no se ve ; el

fuego se incuba bajo la montaña sagrada; una vez bajado hasta él, se siente el asombro de haberlo ignorado; el vicio vive hoy en Roma, como antes vivía la fe: oculto; tiene sus catacumbas, sus lupercales, sus ritos y sus liturgias; sus movimientos son reposados, hieráticos, sabios, como de grandes besos pontificales; se diría que el vicio en Roma, tiene un color violeta, de capa de prelado, y de anillo episcopal; todos los ritos de Amor, diseñan el gesto de una gran bendición pastoral en el silencio;

en Roma el amor es un cáliz; donde pongáis los labios para beber, hallaréis aún el calor de los labios de un levita; la cúpula de *San Pedro*, proyecta una sombra dulce sobre ese nido de amor;

ese silencio, ese misterio, esa penumbra, llena de olores discretos, da al amor en Roma, un sabor acre y enloquecedor, un estremecimiento de lujuria antigua, que trae a los labios y a los ojos, el encanto de las más extrañas evocaciones...

en ninguna otra ciudad del mundo, la exasperación de la voluptuosidad tiene un encanto más profundo, más intenso, más desesperante, que en aquella ciudad *Urbi et Orbi*, flor paradisíaca del vicio antiguo, donde el Asia y el Africa, mandaron todos los iris blancos y negros de su crápula, donde reinó Heliogábalo y vibró Popea, y sobre cuyo jardín de ruinas, parecen alzarse como dos esfinges insatisfechas, mendigas de caricias y de besos, Mesalina con la grupa y los senos tendidos a la caricia ruda de los legionarios ebrios, y Nerón, la lira en la mano, desceñido el cinto, coronado de rosas, cerrando sus ojos de esmeralda bajo el beso de un esclavo...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

⁂

En Roma al éxtasis de la voluptuosidad, se une otro fenómeno único: el éxtasis de la luz.

Roma en el estío, es una rosa en fuego; tiene horas deslumbradoras, en que su visión alucinante y sagrada, se diría un gran lirio de oro en un campo de ondas de luz, armónicas y maravillosas, extendidas hasta lo infinito, como un mar en fuga;

hay horas feéricas, en que la Ciudad Santa, brilla como un *Horeb* de maravillas, donde el rayo se hace sol; es el milagro ígneo de la ciudad incombustible y flotante, como prisionera en una red eléctrica, florecida de lises rojos; es el miraje de una selva en fuego, sobre la cual traza curvas el ala de una águila blanca.

Dios hizo la Belleza, con el limo del *Tiber*, y la animó a la vida, con el sol de Roma; ése debió ser el sol del *Génesis;*

fuera de Roma, fuera de Italia, la atonía de los ojos es completa;

ya no hay luz;

y, el luminoso incendio de la Ciudad Divina, expulsa los hombres de su seno ;

la perpetua maravilla de ese deslumbramiento no puede contemplarse ;

todos huyen al esplendor de Roma canicular ;

y, la gran rosa ígnea queda en soledad ;

y, yo, había huído de ella ;

peregrinaba por la campiña romana ;

era una tarde de belleza antigua, de encanto imperecedero y fatal, cuyo recuerdo ha dejado en mi alma, la misma impresión, que si hubiese soñado violando a las riberas del *Tíber*, la loba que lactó a Rómulo ;

me había adormecido al lado de mis esbozos y mis pinceles, muy lejos de Roma, cerca a *Monte Porzio*, a la sombra de unos arbustos somnolientos, viendo el río rodar quieto y pausado como una humilde vida hacia la muerte ;

de súbito el ladrido de un perro me despertó ;

abrí los ojos y vi que alguien estaba cerca a mí ;

era una niña, una guardadora de rebaños, que me miraba entre alelada y confusa ;

con los párpados entrecerrados, mis ojos la vieron alzarse ante mí, como el tallo de una orquídea rara, en la agonía purpúrea de la tarde ;

era como una heroica flor de ese campo de batallas, en la cual corriera la sangre de los héroes muertos, hecha cuasi negra bajo su piel cobriza de leona joven ;

era un bello animal, salvaje y huraño, con gracias frágiles de adolescente ;

agotado de fatiga, abrumado de calor, vencido de laxitud, la contemplé sin embargo con codicia, como un fruto tierno, ofrecido al apetito de mis jóvenes carnes insatisfechas ;

ella me contemplaba inocente, y descuidada, de ninguna manera inquieta, fijos en mí, sus gran-

des y bellos ojos sorprendidos, unos ojos negros y luminosos de cielo ecuatorial; los labios rojos vibrantes, las mejillas como dos llamas que subían el rostro hasta los témpanos, como para quemar la cabellera atormentada y negra, virgen de peine, con el enmarañamiento de una zarza, sobre la cual una toca roja brillaba como una llama;

el color de sus vestidos era indefinible de suciedad, y sus piernas ágiles y fuertes, se envolvían de la rodilla abajo, en esa especie de borceguíes, que es el antiguo calzado de los pastores del *Lacio;*

apoyada en su cayado, continuaba en mirarme, y yo sentía en mí, la extraña obsesión de sus ojos metálicos;

cuando me incorporé, trató de huir, como una cierva espantada que ve alzarse un cazador de las orillas de un foso;

pero, le hablé con cariño y se detuvo;

trabamos discurso, y poco a poco me acerqué a ella, que ya confiada no trataba de escaparse;

hablamos del país y de sus rebaños, y de otros pintores que ella había visto recorriendo el llano, y de los cuales huía siempre porque le habían dicho que los extranjeros eran malos;

le mostré mis telas comenzadas, mis paisajes en esbozo, que la niña observó con amor, como que reproducían aquellos lugares que eran todo el horizonte de su vida;

le hablé de hacerle su retrato, le dije que era bella, y le acaricié el mentón para hacerle levantar el rostro bronceado, de gitana, que lució al sol, como una granada abierta;

la tarde caía lentamente, con una languidez oriental, recogiéndose como el manto escarlata de una bayadera, rendida al sueño, a la sombra de una palmera de Ceylán;

sobre las cimas rojas, el sol expiraba violenta-

mente en una negrura indefinible y, en esas medias tintas lilas y violáceas, ella, de pie ante mí, parecía un inmenso iris negro, alzado en la soledad, ofrecido a mi deseo ;

al verla así, terriblemente apetitosa, con sus grandes ojos de marmajas fosforescentes, la garganta y los senos ya opulentos, medio desnuda bajo los andrajos que cubrían mal su belleza cuasi andrógina, el ser instintivo y brutal que hay en mí, dijo cosas malas a mi corazón ;

y, rodeando con mi brazo el cuello recio de la niña devoré su rostro a besos y mordí con delicia las cerezas jugosas de sus labios ;

sorprendida y amedrentada rehuyó las caricias, y cuando mis manos profanadoras tocaron ávidas el tesoro de sus senos, se defendió con valor, presa de una verdadera cólera ;

entonces fué una desesperada lucha en que venció mi fuerza...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

tumbada al suelo, ultrajada y dominada, sufrió mis violaciones, llorando y defendiéndose, como una gata salvaje, con los dientes y con las uñas ;

y, en el silencio del llano murió el grito de su virginidad asesinada...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

nunca olvidaré la mirada terrible de sus ojos, el gesto desesperado de sus brazos, su grito de maldición cuando ya profanada, se escapó llorosa y triste, por la llanura negra en el crepúsculo rojo, que hacía espejismos blondos sobre el moaré de las aguas lejanas.

*

Los enojos de esta aventura, que tuvo por resultado el nacimiento de un niño, estuvieron a punto de ocasionarme grandes contratiempos, que fueron transitoriamente arreglados con unos centenares de liras, dados a los padres de la niña ;

pero bien pronto, empecé a sentir la fatalidad de este hecho, que había de pesar tan dolorosamente sobre mi vida ;

nueve meses después, día por día, vi entrar a mi estudio los padres de la pastora que traían un envoltorio en los brazos.

—La Giovannina, ha parido esto—me dijeron—, y ella no quiere alimentar el *bambino ;* aquí está— ; y, pusieron el niño sobre el diván, que acababa de abandonar una bella modelo ;

en vano los halagué con el dinero y la palabra ;

en vano les supliqué que lo conservaran con ellos mediante una pensión ;

testarudos y agresivos nada quisieron oír, y se marcharon, dejándome allí aquel niño, hecho por

mí, sin voluntad, sin amor, y que nada, sino un rencor profundo inspiraba a mi corazón ;

y, aquí los leyendistas de *la voz de la sangre*, del prestigio y la fuerza de ese licor impuro con gérmenes de abatimiento y destrucción que da la vida ;

yo había hecho ese niño, era mío, era sangre de mi sangre, y carne de mis carnes, y sin embargo, yo, su padre, no sentía por él, ni amor, ni atracción, ni siquiera simpatía, sino un temor, una aversión, un odio cobarde, por ese ser que entraba así en mi vida, como una hostilidad ;

un rencor sordo y confuso, me agitaba contra ese ser inerme, inconsciente, que dormía un sueño animal, en las toscas blancuras de sus ropas de neonato ;

y, un deseo inmenso de hacerlo desaparecer asaltó mi fantasía ;

estrangularlo dulcemente, antes que nadie entrara ;

pero, ¿y después? ¿cómo explicar la presencia del niño allí? ¿cómo legalizar su muerte? ¿cómo ocultarlo? la estrangulación dejaría huellas y eso me sería fatal ; y luego los enojos del juzgado, de una causa, acaso de una condenación... no, no ; había que sufrirlo, que soportarlo, que dejarlo vivir ; su vida sería el castigo de la mía ; ¡ su vida !

¿es que había de engrandecer así, a la sombra de mi corazón, siguiéndome adondequiera, apoyado en mi melancolía como en un báculo de tristezas y dolores?

¿y, mi camino sería el suyo, y yo llevaría su vida entre mis manos, como la pálida hostia del deber?

no, no, mi corazón no tenía el gran poder de amar aquel desconocido ; ¿cómo tendría la gran-

deza de hacerlo vivir? y, él, ¿qué me debía a mí? la miseria espantosa de la Vida;

desde ese momento, hasta aquel en que cerrara sus ojos para siempre, ¿quién era el solo responsable de todos los dolores de su vida? yo, su padre, es decir: su verdugo; yo, la voz de cuya concupiscencia lo llamó a la Vida de los profundos senos de la Nada; yo, brutal y egoísta, que lo había hecho descender de mis riñones hasta el vientre de su madre, para darme el placer de una sensación epiléptica, fugitiva y bestial;

y, ¿ese ser me *debía* amor a mí? ¿a mí, a su creador, es decir, a la fuente original de todos sus infortunios? ¿a mí, que le había impuesto ese horror y ese error inconsolable y lamentable que se llama: la Vida? ¿a mí, quien con mis deseos inabarcables, lo había lanzado en la infinita noche, en la ruta irrevocable por donde se va al dolor?

¿amor a mí? no, odio, hijo de la Justicia: eso me debía;

la Vida es un mal; imponerla es un crimen;

la paternidad no es una virtud, es un placer: por eso procrean los hombres; la paternidad impone deberes, no da derechos;

perpetuar la humanidad es una complicidad con el Destino, para perpetuar ese error inconmensurable, que es la Vida;

engendrar es un delito; ser padre es ser verdugo; sembrar la Vida, es sembrar las lágrimas sobre la tierra; ¡semilla de hombre, semilla de horror y de desolación!...

dar la Vida, es engendrar la Muerte;

perpetuar la Vida, es perpetuar el Dolor;

¿por qué? ¿para qué?

así pensaba yo, casi con un estremecimiento de conmiseración hacia aquel ser inerme, que estaba allí a mi vista, pidiendo ser perdonado o asesina-

do ; enigma blanco, engrandeciendo en el silencio, como una gran desgracia y un gran dolor ;

y, lo miré de nuevo como enemigo, y llamé sobre él todas las catástrofes ;

yo, hubiera dado algo de mi vida, por su muerte ;

¡ oh, cómo clamé al cielo porque hundiese el piso, o desplomase el techo sobre ese ser dormido, sobre ese germen de mal y de angustia que iba a penetrar en mi vida !

y, el cielo no me oyó ;

miré hacia el patio que era como un hueco de sombra ;

¿si lo arrojara allí, desde la ventana?

pero, ¿y el ruido del cuerpo al caer?

abrí la ventana y miré hacia abajo ; inmensa profundidad ;

miré hacia la campiña romana ;

guardarlo unas horas más, e ir en la noche a arrojarlo al *Tíber ;*

¿no sería mejor? ¿quién podría verme?

entretanto, ¿por qué no ponerle un cojín encima? tal vez así perecería asfixiado ;

había allí al alcance de mi mano, un gran cojín turco ; lo tomé cuidadosamente con una alegría feroz, y lentamente, suavemente, muy dulcemente, fuí poniéndolo encima del pequeño cuerpo, que desapareció todo bajo él ; entonces el niño lloró ; su llanto se oía apenas, como muy lejos, bajo las sedas y las lanas... y, poco a poco se hacía más débil, más ahogado...

en aquel momento abrieron la puerta del taller, y Vittorio Vintanelli, entró, presuroso como siempre ;

en este instante el niño lloró más fuerte, como si hubiese hecho un último esfuerzo antes de callarse para siempre.

—¿Un niño, eh?—dijo Vittorio—, ¿dónde diablos llora?

—Ahí—dije mostrándole el diván— ; lo he tapado por temor al frío.

—Pero; hombre de Dios, si se va a ahogar — y botando lejos el cojín, tomó al niño en los brazos, lo desenvolvió de todas sus ligaduras, y poniéndolo desnudo sobre una gran tela roja, lo abanicó con un abanico japonés, que estaba sobre el muro.

—Abre el balcón ;

lo abrí ;

el niño lloraba fuertemente y pataleaba a sus anchas.

—¡ Cómo es bello !—decía Vittorio inclinando sobre el niño su gran cabeza mosaica, con una ternura leonina y contemplativa :

—Y, ¿de dónde diablos sale este *bimbo?* ¿quién ha parido aquí?

—Es el de Giovannina.

—¿Aquel de *Monte Porzio?*

—Sí, los viejos lo han traído, y me lo han dejado ahí.

—Y, ¿qué vas a hacer de él?

—No pudiendo matarlo, optaré por criarlo ;

la gran frente miguelangelesca de Vittorio, se volvió hacia mí en una interrogación enorme y confusa.

—¿Matarlo? los labios del hombre, no pronuncian nunca esa palabra, que pertenece a los labios del Destino ;

la Vida es una flor de Divinidad, que es preciso cultivar en los jardines humanos, como una obra inmensa de Esperanza, como una higuera inmortal, llena de un gran designio.

¿no ves que es un hombre?—añadió indicando el sexo descubierto del niño—, ¡ un hombre ! ¿sabes tú lo que significa esa cosa enorme y esa pa-

labra inconmensurable? ¿sabes tú el enjambre de cosas desconocidas que giran y zumban, en torno a ese árbol de dolores triunfales que es un niño que nace? la Vida es un grito hacia lo desconocido; ¿quién osará ahogar ese grito, que acaso va a despertar el mundo? la Vida es una gloria que marcha sobre la Noche... es un gran gesto en flor; ¿sabemos lo que será ese gesto?

y, tomando una de las manos del niño, que había callado, dijo, con un gran calor de convicción, y en los ojos una llama de Visión:

—¿Sabes tú lo que esta mano guarda en sí; lo que esta mano nos dará mañana? la Vida es un Enigma;

¡oh, mano adorada, mano misteriosa, mano naciente! ¡que entre tus dedos florezcan cosas rojas, que la Venganza y la Justicia en ti florezcan; que de ti parta el resplandor que mata, que el puñal surja en ti como un gran lis, que llevarás al corazón de la Injusticia vencedora!

dijo, y sus labios cargados de profecías, se posaron sobre los del niño, que prorrumpió a llorar.

—*Il fanciullo*, tiene hambre, démosle de comer— dijo, y con su operocidad habitual tocó el timbre para llamar a la portera; mandó comprar leche y un biberón, y pocos minutos después, estaba radiante de felicidad, con esa placidez enorme de los fuertes, sentado en el diván, dando él mismo el biberón al niño que lo devoraba;

¡y, éste era el hombre implacable, el terrible agitador, que hacía temblar la prensa, el sagitario cuyas flechas querían matar el sol, el terrible desollador de hombres, y azotador de reyes; el gran clamoroso inacabable, llamador del Exterminio y de la Muerte!

sí, era el mismo que hospedado como un mendigo por allá en los callejones de la *Lungara*, des-

cendía todas las mañanas por las calles de *Trastévere*, con los bolsillos llenos de raciones de pan, que repartía entre las mujeres y los niños que lo esperaban a las puertas, mientras daba un *soldo* a los ancianos, una medicina a los enfermos, o un libro a un operario, y siempre un consejo, una esperanza, algo benéfico y noble a aquel pueblo de menesterosos, que no tienen más luz que el sol, porque no se la han podido aún quitar los venturosos de la tierra ;

el mismo que con su traje de artista bohemio, traje de pana obscura, amplio y flotante, y su sombrero enorme, cubriendo la melena hirsuta, esparcida en largos bucles, sobre el cuello y los hombros, y el rostro con palideces de iluminado, perdido en la luenga barba apostólica ya cuasi blanca, se veía circular presuroso, por los *vicoli* obscuros, y las escaleras tortuosas de las locandas, donde se refugian todos los perseguidos y amonestados por la ley, llevándoles, ya un recurso solicitado en las cajas cooperativas, ya una limosna enviada por los compañeros, ya el último óbolo que la previsión había dejado en los bolsillos exhaustos de su traje averiado que lo hacía aparecer un mendigo genial y luminoso ;

el mismo que se veía constantemente por los corredores del Palacio de Justicia y las salas de los juzgados, hostigando a los abogados y activando las causas de los anarquistas presos, cuya libertad encarecía con ahinco fraternal, a la ciencia y la bondad de letrados amigos, o admiradores suyos ;

el mismo que en los días de visita, recorría las salas de los hospitales, llevando un recurso o un consuelo al lecho de los anarquistas heridos en los tumultos, o enfermos de miseria ;

el mismo que después de ser la figura familiar del dolor y la pobreza, iba a las oficinas del «*Sve-*

*glio*» feroz e implacable, orgulloso y vindicativo, a clamar grandes gritos de Venganza y de Revancha, gritos inabarcables y formidables, que iban a conmover el corazón mismo del Silencio ;

y, era ese mismo león rojo, cuyo rugido sonaba en la belleza solemne, como un himno en el dolor, el que estaba allí radioso, el rostro patriarcal, florecidos los labios de sonrisas infantiles, tiernos los ojos de divino visionario, inclinada la frente enorme sobre el niño desnudo, que había agotado el biberón, y pataleaba feliz, bajo la barba cándida que lo cubría como una ola...

se diría la estatua de un gran río, algo así como la imagen del *Nilo*, con el pequeño Moisés sobre las ondas ;

y, el terrible agitador reía, reía, reía, palmeando al niño que hundía sus manecitas rojas, en el torrente de la barba cándida...

—Y bien—me dijo un momento después—, ¿qué hacemos de este *compañero?*

—Pienso ponerlo en nodriza.

—Muy bien pensado ; yo me ocuparé de eso ; conozco una sana y fuerte, una bella romana que alimentará este lobatón ; por ahora se lo damos a la portera ;

y, cariñosamente, con una ternura toda maternal, puso el niño sobre el diván, y tocó el timbre ;

la portera ya al corriente de la aventura, se encargó del niño, hasta que Vittorio viniera a buscarlo.

—Antes es necesario, pensar en darle un nombre ; será un bautizo civil ; lo llevaremos al Capitolio para inscribirle en el Registro, ¿qué nombre le pondremos?

es necesario un nombre heroico.

—No, yo tengo horror a los héroes y a los nombres heroicos.

—No digas eso ; el heroísmo es lo único que hay en el hombre, que le distinga de los cerdos ; déjame escoger el nombre ; yo seré su padrino y tengo derecho a la elección ; lo llamaré Manlio ; ¿te parece?

si yo hubiera amado a mi hijo hubiera discutido el nombre, ¿pero qué me importaba que ese ser extraño llevara un nombre de héroe o de santo, formas iguales de imbecilidad? con la misma indiferencia con que lo dejaba vivir, podía dejarlo bautizar, ¿qué me importaba?

—Sea—dije.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Tres días después, el niño era registrado en los libros de la Ciudad Eterna ; y bautizado por nosotros, con vino de los castillos romanos, en una hostería fuera de *Porta Trionfale*, partió para *Frascati* con su nodriza ;

y, presa del acceso de odio que me asaltaba a su vista, lo vi partir como un gran peso que me quitaran del corazón, como algo repugnante que me quitaran de la vista ;

lo vi alejarse como una liberación ; y, llamé la muerte sobre él, con todas las fuerzas de mi alma ;

¿por qué Dios no me escuchó?

una vez libre de este florecimiento de mi carne, yo continué en vivir el acre flujo y reflujo de mi vida, triste como una playa desierta, en la cual sobre la sombra inmóvil del agua gris, las estrellas fingen grandes lotos de acero caídos en el largo silencio de su soledad...

la Vida, es un gesto desesperado de la Impotencia hacia la Nada.

*

Y, un año, y otro año, se pasaron así, en el olvido vacío de las grandes desgracias, en el estancamiento monótono, en la soledad melancólica, donde mi vida semejaba una barca amarrada en los canales sombríos, al abrigo de los vientos, sobre las aguas melancólicas que duermen bajo el azul del cielo;

tristeza dolorosa, llena de nostalgias, que cae sobre las almas cerradas y purificadas en la calma del silencio, donde se diría que existen petrificados todos los esplendores de un poniente, y duerme el porvenir de un sol;

el himno largo y amplio de las cosas muertas, sube en ellas como un viento de quietud, sobre los corazones devastados, que van dulcemente hacia la muerte;

y, mi corazón agonizaba de esa tristeza, en la intensa y calmada desesperación de los corazones hechos para el amor y a quienes el Destino condena a la dolorosa espera de ese divino descono-

cido, de ese albo despertador de almas, que avanza como un peregrino grave por los campos pacíficos, bañado de luz furtiva, y viene hacia nosotros con sus manos cargadas de venturas, donde pone todo el esplendor de su alma pensativa ;

y, arrastrando así, la lenta agonía de mi esperanza, por los jardines desiertos y los caminos interminables, sobre los cuales caía el sol como una nieve blonda y rosa, sobre un cáliz de flor, mi alma se refugiaba en las vibraciones, en las sensaciones, y en las glorias del Arte ;

el *Arte* sentido, es una enfermedad, y yo era enfermo de ella ; sentía su fiebre intensa y creadora, su gran soplo de recogimiento y de evocación, la inabordable, la dolorosa tortura de lo irrevelado, aleteando en el cerebro, como una inmensa águila de fuego ;

el Arte está en uno ; es uno mismo ; se ve confuso, tembloroso y profundo dentro del alma, como una selva de corales en el fondo de una mar tranquila ;

el Arte es un estado de Visión, en él se siente la belleza inagotable de las cosas presentes, hermanada por no sé qué insondable misterio, a la belleza inmarcesible de las cosas desaparecidas, y a la necesidad indomable de evocar de la Nada la belleza increada de las cosas por venir ;

y, yo concretaba todo mi Arte en el paisaje ;

el paisaje es el poema de las cosas ; mi Arte era todo de evocación ; era la rememoración de los cielos violentos, de los montes plutonianos, de las selvas primitivas de mis tierras natales, idealizadas, estilizadas, romantizadas, en el contacto sabio con el paisaje antiguo ;

el instinto misterioso del sufrimiento intensificaba mi inspiración, en el silencio de la sombra amiga, bajo los viejos árboles pródigos del oro espar-

cido de sus hojas, en los amplios senderos bordados de rosas, donde las tardes morían misteriosamente, como asesinadas en una apoteosis de sangre;

y, en el silencio embriagante, donde la paz se desfloraba como una gran magnolia, todo absorto en la verdadera y gran quimera del pasado, que sonaba a mi alma como un sollozo de arpa, mi recuerdo como un ciervo sediento iba hacia él, hacia la claridad de sus linfas, y los bosques, los llanos, los horizontes patrios, evocados con un recogimiento religioso, venían a mi cerebro, y brotaban de mis pinceles, en una feria mágica de luz y de colores; *los pintores tienen el privilegio de hacer oir por los ojos;* y, yo hacía estallar la fanfarria sonora de las luces tropicales, en el blanco de mis lienzos transfigurados, sobre los cuales, la intensidad de mi tristeza, extendía como un manto azul de sollozos, sobre el mortal silencio de las cosas magnificadas;

esos paisajes, comenzaron a hacerme pronto, una celebridad local entre los pintores romanos;

los mismos artistas españoles, con ser los más poderosos en la luz y en el color, se sintieron como sorprendidos y soñadores ante la seguridad, la fuerza, la cegadora y sabia coloración de aquellos cuadros, en que la potencialidad del pintor hacía el miraje;

y, esos pequeños paisajes expuestos en las vidrieras de los grandes almacenes del *Corso Umberto, Vía Nazionale* y *Vía Condotti;* tuvieron siempre un círculo de admiradores ante ellos;

firmados con mi nombre: Flavio Durán; muy vendidos en el mercado, eran designados con el nombre de: *Paisajes de Flavio;* que según la moda italiana debía ser mi nombre;

y, los *Flavios*, circularon entre los amadores de toda Italia, llegaron hasta las galerías de los prín-

cipes, emigraron para los salones de los ricos extranjeros, y entraron en la *Academia Nacional de Pintura;*

los príncipes los tuvieron;

un Doria, tuvo mi: *Abrevadero*, un Colonna, mi: *Canto de Cigarras;* un Ruspoli, la: *Hora del Sol;* un Massimo: *Canicular*, y mi cuadro: *La siesta del llano*, fué colocado en el Palacio de Bellas Artes;

era la celebridad inesperada y fructuosa.

Vittorio Vintanelli irradiaba de contento, mientras los estagiarios de la celebridad gritaban contra mí;

desde entonces aprendí, por qué toda mediocridad llama modestia su impotencia, injusticia su derrota, fortuna el triunfo del mérito y locura la irrupción del genio;

aquella luz de gloria, no me conmovió; mi corazón sangraba, fuera de aquel rayo, que no tenía el poder de consolarlo;

y, mi gran soledad se abría en el alma como una herida;

y, mi silencio se parecía a la muerte;

y, tuve miedo de la Vida, a la orilla de la Nada;

no se puede vivir sin un grande Amor;

se muere de no amar;

amar es perdurar.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

La fama debía romper mi soledad, ella traería seres extraños cerca de mí;

y, yo sentía ya mi vida llena de una presencia, cuando un día vi entrar en mi estudio, dos hombres desconocidos; el uno alto, seco, ya frisando en los sesenta años, vestido de negro como un alto funcionario, de aspecto marcial, cabello corto, bi-

gote y pera blancos, apto como para modelo de un Corot, iba seguido de un joven, cuasi un niño, alto, elegante, serio, de un aspecto altivo y frío, altivez y frialdad, que debían venir de un inmenso orgullo o de una extraña timidez :

—Maestro—me dijo el anciano— ; soy uno de vuestros admiradores ; vuestros cuadros me seducen ; yo no entiendo de eso, pero os aseguro que me encantan ; mi hijo—y extendió la mano mostrando al joven—, os adora ; es un fanático de vuestra escuela y de vuestros procederes técnicos ; dice que vuestro colorido lo embriaga ; sus amigos le atribuyen grandes facultades artísticas, y sus maestros también ; él, desea perfeccionarse y estudiar bajo vuestra dirección ; os ha visto en alguna parte, en un círculo de artistas, según creo, y desde entonces no me deja vivir, terriblemente obsesionado por la idea de ser vuestro discípulo, y pidiéndome todos los días que lo ponga en vuestro estudio ; yo sé que no tenéis discípulos y que no admitís, pero os pido hacer una excepción por nosotros, que os admiramos tanto ;

el anciano calló, y el niño que había permanecido mudo, me miraba con tal actitud de admiración y de súplica en sus ojos, que no tuve el valor de rechazar así, inmediata, bruscamente, el ruego de su padre, que él secundaba tan rendida, tan ardientemente con la mirada.

—¿Habéis estudiado bastante la pintura?—le pregunté.

—Sí, señor ;

y, me habló entonces de sus estudios, de sus maestros, de su pasión vehemente por el Arte ;

su voz, mal segura, traicionaba la emoción ; su frase revelaba una alta cultura pictórica, una sentimentalidad prematura, un pensamiento grave y triste, una gran pureza de horizontes y de alma ;

su palidez intensa, el brillo de sus ojos soñadores, la frente opulenta, los labios herméticos, todo su aire de meditación, de distinción exquisita, predisponían en su favor y acusaban todos los lineamientos del artista *nato*, de una de esas almas de *élite* que hermanan admirablemente a la noble distinción de las dotes físicas, la exquisitez de una alma de excepción ;

el padre, volvió a hablar para suplicarme que no dejara caer en desilusión el alma de su hijo, cuyo sueño, era, llegar un día a pintar esos paisajes de oro y púrpura, esos cielos tropicales, esos crepúsculos opulentos, que hacían soñar en el incendio de un campo de heliotropos reflejándose en mares de rubí ;

vacilé un momento ante esta responsabilidad, pero la mirada del niño fué tan intensa, tan suplicatoria, que fuí vencido por ella, y accedí al fin, a que viniera a mi estudio dos veces por semana ;

el padre no me ocultó su gratitud ; el hijo no pudo ocultarme su contento.

—Gracias, profesor.

—Gracias, maestro.

—Eleonora será feliz — dijo el padre, y comprendiendo que yo no sabía de quién se trataba, añadió :

—Eleonora, es mi hija ; no tengo sino ella y Ettore, y señaló al joven ; Eleonora está actualmente en Verona ; espero que al venir podré tener el honor de presentárosla en mi casa, y me extendió su tarjeta, que decía : *Cav. Colonnello Eleodoro Dalzio, dei Baroni de Asprovento : Capo Ufficio nel Ministerio delle Colonie, &., &.;*

y, con un cordial apretón de manos se despidió de mí, repitiéndome su agradecimiento.

Ettore Dalzio, tuvo un momento mi mano entre las suyas y me dió las gracias, con una voz

conmovida y musical, mientras un rayo de triunfo avivaba el fulgor velado de sus ojos profundos, y ponía un tenue rojo de emoción en el mármol límpido de su rostro, y sobre sus labios, donde una leve sombra aterciopelada, acusaba ya su naciente y severa virilidad ;

y, los vi partir, arrepentido de mi debilidad, aterrado ante la aproximación de esas almas nuevas, acosado por un extraño presentimiento de temor, ante esos seres que entraban así, brusca, intempestivamente en mi vida ;

y, tuve el deseo vehemente y súbito de huir, huir muy lejos, partir, escaparme de aquellos seres que se aproximaban con amor a mi alma inconsolable y taciturna ;

¡ huir !

¿por qué?

el Misterio está sobre nosotros y nos rodea por todas partes ;

la Vida, es una interrogación en el silencio...

la respuesta está en el fondo del sepulcro ;

¿estará?

Ettore Dalzio, entró en mi vida ,

los ojos mendigadores de aquel adolescente extraño, escrutaron mi corazón ;

aquel discípulo insatisfecho del saber, sediento del Misterio, buscaba en el alma radiosa del Arte, el alma vertiginosa del artista ; no era sólo la ciencia de la forma y del color lo que él buscaba ; era la fuente de vida y de inspiración de donde vertía ese colorido que a él lo cegaba ;

era una inapaciguable sed psicológica, la que lo llevaba a irse por la pintura arriba, como ascendiendo por un rayo de luna, hasta el momento intelectual, el instante psíquico, en que esa combinación de colores había nacido en el cerebro mismo del artista ;

toda obra de Arte, marca un estado cerebral del ánimo ;

los paisajes son estados de alma ;

eran esos gestos denunciadores del espíritu, los que espiaban los ojos inquisidores del discípulo ;

toda obra inmortal, es obra vivida ; poema, melodía, estatua, o cuadro ;

es la exteriorización de las cosas sentidas y vividas, lo que forma la esencia indestructible de las obras de Arte ;

y, Ettore Dalzio, aspiraba a conocer más mi manera de *sentir* que mi manera de *ejecutar* el Arte ; quería compenetrar con mi pensamiento, ver el fenómeno cerebral de mi inspiración, los gestos silenciosos de mi espíritu en trabajo, verme vivir mi vida cerebral, fijar mi alma en gestación de Arte ;

y, apartaba la vista de las figuras exteriores de su pensamiento, para mirar vivir mis creaciones interiores ; se aproximaba a mí como para recoger los rayos esparcidos de mi alma, cual si sintiese descubrir más verdad, a medida que miraba más hondo ;

su mirada grave y aguda, gozaba en comprender la gran Verdad desnuda, el estremecimiento del ser expandido en plena vida, en esa hora de límpida, de gran sinceridad, donde algo de divino se incorpora en lo real : la hora de la Inspiración ; y, sabía que hay en el alma del Artista, un gran esplendor, invisible de ordinario, como las estrellas en el día ; y ese estremecimiento de lo Eterno, pasando en la obra de Arte, es lo que la hace inmortal ;

el genio, es el esfuerzo recto de la Vida, hacia la Gloria.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

La visión, es el *alma mater* del Artista ;

todo artista verdaderamente grande, tiene una *visión personal* de la Vida, y la traduce en sus obras ;

ser original es ser personal ;

no hay *una* Belleza ;

hay formas infinitas de Belleza ; y esas formas recogidas en un foco de visión netamente personal, adaptadas a una concepción personalísima de la Belleza, y reproducidas así, es lo que forma ese algo tan vasto y tan complejo, y sin embargo, tan eminentemente *personal*, que se llama : la originalidad ;

la originalidad denuncia al Genio, como la garra al león ;

poco tiempo me bastó para comprender, que Ettore Dalzio, era un artista prodigioso, pero que aun haciéndose mi discípulo, adaptándose a mi pintura, no llegaría nunca a ser *otro yo ;*

su visión era distinta de la mía ;

él, podía amar el colorido de mis cuadros ; no podría *sentirlos* nunca ;

su visión de los colores no era una visión occidental ;

hijo de una escandinava, nacido en el Norte opaco, tenía la concepción fría, el sentido de los colores tenues, de los matices vagos, y los tonos grises de las grandes telas finlandesas, y de los inmensos horizontes árticos ;

un hombre del Norte, podrá admirar, pero no podrá sentir nunca esa embriaguez de los colores que grita en los cuadros de los pintores del Mediodía.

Ettore Dalzio, era un artista todo subjetivo, del cual, la realidad existía exclusiva y soberanamente en él ; era una alma ascética, tenazmente dada a la contemplación interior de la Belleza ; podría decirse de él, que la sentía, más que la veía, y viéndola con esa lucidez sublime de Amor, la embellecía en el Éxtasis ; y reproduciéndola, tal como su cerebro la abarcaba, hacía de ella una dilatada magnificencia de idealidad, de ahí, que a

sus cuadros, faltara exactitud, pero holgaban en intensidad de pensamiento, en tan poderosa intensidad vital, que vivían una vida : tenían una alma ;

esos artistas son los estagiarios inarrancables de la perfección ; sublimemente enamorados de ella, viven en espera de la grande hora de su revelación, sin comprender que ya el Verbo, revelador de la Belleza, habló a sus almas, y por eso la producen así, profunda y obscura, límpida y fría, como el miraje inabordable de mares septentrionales ;

y, la Epifanía, de los colores no viene a ellos ;

sus cuadros carecen de humanidad, pero exuberan de potencialidad ; su mirada toda interior, está hecha para ver hacia el enorme abismo espejeante, donde se mueve confusamente, esa inabarcable y quejumbrosa masa de dolor : la Vida ; ellos abrevarán sólo en el Dolor, esa fuente negra y profunda, manantial profético, donde tiene su origen la Inspiración ;

y el deseo inexhausto, vertiente de inquietudes los tortura hasta el delirio ;

y, viven en la inmensa contemplación de lo vivo invisible ;

pintan la Vida, vista hacia adentro, y revelada en el alto estilo de la concepción intelectual ;

no se preocupan de la apariencia de las cosas, sino de la esencia de las cosas mismas ; pintan lo que la Vida dice, más que lo que la vida muestra ;

son la voz de la Naturaleza, más que su reflejo ; la pintan sin mancilla, no deformada por la Vida ;

la Vida afea la sombra divina de las cosas ; la Vida empequeñece y mutila ; la Vida mata ;

el océano tenebroso de la Belleza sentida, no permite su exteriorización completa ;

ningún artista logra jamás, exteriorizar en la

expresión, toda la Belleza sentida; es imposible la reproducción completa de la visión interior;

toda obra es una mutilación de nuestro pensamiento, un fragmento de la creación interna; es apenas una parte, la más pálida, la menos intensa y menos profunda de la *Visión*, la que se reproduce en la obra del artista, ya sea libro, estatua, o cuadro; son copias de sombras, las que se traducen en formas;

la grande obra está en nosotros y queda dentro de nosotros, superior, intraducible, irrevelada; sólo su sombra se proyecta en la Obra de Arte;

cualquiera que sea el Arte, es una palabra de divinidad; de ahí su gloria instintiva de cosa inmortal; una partícula de divinidad hace lo Eterno;

los cuadros de Ettore Dalzio, tenían una como luz de eternidad, que era una predilección atormentada por lo infinito; la nostalgia de lo bello, sentida hasta el vértigo, la bruma del sueño inarticulado, el espectáculo de la belleza desaparecida, de la cual, es imposible consolarse, se lamentaban allí;

lo inmenso invisible, reinaba en ellos;

lo subjetivo intraducible, que es lo objetivo sensible, era la esencia de esos cuadros;

los seres adquirían bajo su pincel, toda la altura del ser humano, inasible, inapaciguable, de contornos fugitivos, en la atmósfera de tristeza y de dolor que es la vida;

era un pintor de almas, más que un pintor de cosas;

era un artista psíquico;

escuchaba los rostros, más que los pintaba;

de ahí, que el retrato era su característica, su cima y su fuerza; allí adquiría toda su extensión, la impecable acuidad de su sentido artístico;

lo infinito del alma humana: he ahí lo que el

pintor de retratos debe reproducir, lo único que debe fijar, en ese desencadenamiento de impresiones y expresiones fugitivas, que es el rostro del hombre ;

el retrato es la psicología de la pintura ;

y, Ettore Dalzio, poseía en sí, el sentido de esa ciencia encantadora y profunda ;

él miraba el alma humana, como una águila ve el mar ; de un solo golpe, y sin vértigo ;

este adolescente milagrosamente precoz, vivía en íntima y perpetua comunión con los problemas abstrusos del misterio y de la vida ;

¿cómo podía en un cerebro de diez y ocho años, residir tal cantidad de pensamiento serio y trascendental?

la meditación silenciosa era el alimento de aquella alma ; sus gestos calmados parecían despreciar la palabra, que dormía en sus labios, como un germen de fuerza y de deseo, pronta a brotar cuando la pasión noble la hiciera vibrar en la calma de las cosas muertas, en el esplendor de sus vastos sueños, en la revelación de sus entusiasmos, cuando pusiera su mano sobre el corazón sangriento de la Vida ;

huérfano, porque la muerte lo desterró del paraíso maternal, tenía el corazón solitario y aislado ;

su madre, una noruega, con quien su padre había casado en uno de sus largos destierros, había muerto al nacer él, allá en Cristianía, dejándole, con la reproducción de su rostro de serena belleza, todo el germen morboso de sus sueños, su alma de melancolía, lago tranquilo donde dormía el enojo de la vida ;

traído muy niño a Verona, patria de su padre, vivió en la soledad de la casa familiar, al cuidado de su hermana, de diez años mayor que él, y cuyo

cariño verdaderamente maternal, había sido la única ternura de su vida ;

su padre, rudo garibaldino, entregado a la conspiración y a la batalla, se retiró después de la victoria a la calma de su hogar, y allí emprendió la educación del niño, con el extraño fervor de todas sus creencias, abriendo antes sus ojos asombrados, los horizontes gloriosos del heroísmo antiguo, donde se diseñaban los gestos magnificentes de los hombres, la Ilíada de las multitudes ávidas de libertad, los cielos ilimitados del sacrificio, el desfile interminable de los predestinados del martirio ; y a la evocación de la epopeya, su voz era como un gran grito guerrero, terrible, en los paisajes entusiastas, amenazadora como si poblase cielos desconocidos, con el clamor formidable de todos los anatemas de la Historia ;

el niño lo oía absorto, como aquellos que escuchan en el sueño, voces reveladoras ;

lo miraba con admiración, y veía la aparición de los fantasmas heroicos alzarse en la bruma de su cerebro, como visiones gloriosas, dominadoras de los corazones y de la vida, vencedoras del espanto y de la muerte, aureoladas de gloria, nimbadas de Infinito ;

y, las amaba perdidamente, locamente, tristemente, como un enamorado que tiene necesidad del sacrificio, para ser consolado ;

los grandes gestos heroicos, dibujados en el vasto panorama de la epopeya, fueron su culto, su obsesión, su idolatría ;

el amor de lo heroico, residía en él, como una potencia real, que iluminase su cerebro, con la certidumbre de una palabra que sonara en su corazón ;

su sensibilidad se aguzaba hasta el dolor, y su naturaleza artística, delataba ya en él, la fuerza

creadora que superpone horizontes a horizontes, y desarrolla el poder de la visión ;

y, así cuando soñador infantil, iba del brazo de su padre silencioso y serio, precozmente atormentado por el anhelo de la Verdad y el dolor de las cosas de la Vida, en su paseo habitual de todas las tardes, por los malecones del *Adige*, donde vertía el sol, todo el oro y el rojo de su agonía, como vistiéndolos de púrpura, bañando en una dilución áurea los campanarios rojos, las cúpulas esbeltas, los cipreses tornasoles, él dejaba reinar su corazón, volar su pensamiento por esos horizontes ignotos bajo los cuales, con una grande acuidad de visión inusitada, él sentía, él veía, vivir la insoportable, la dolorosa vida humana, a ese ser de dolores, que es el hombre ;

y sufría con él, y lo compadecía con un dolor que tenía la divinidad de todos los dolores, y verdades irreveladas gritaban en su corazón ;

y, al contacto de ese dolor del alma universal, aun no sufrido, su corazón se hacía un limbo de tinieblas, cercano del abismo ;

y, vió sobre el mundo una especie de aureola enemiga que asombró su simplicidad pensativa, y su alma se replegó con violencia sobre su corazón, abierto como una flor, y por una larga emoción de fraternidad entraba en el dominio de las cosas sagradas ; y, dejaba lo infinito del dolor, penetrar como un río en lo infinito de su ser ; y adoraba lo que hay adorable sobre la tierra : la Belleza y el Dolor ;

en la melancolía esplendorosa, de los largos crepúsculos veroneses, que fingen ábsides desmesurados sobre los *duomos* suntuosos de *San Zeno*, *Santa Anastasia y Santa María in Organo*, coronando las torres de *San Lorenzo*, de caprichosas mitras escarlatas, él, gozaba en perderse por los laberin-

tos de los *Giardini Giusti*, en el recogimiento mortuorio de la apacible soledad, meditabundo en el paisaje iluminado, soñador en las ondas opalescentes de luz trémulas de agonía, entre los rosales inmaculados llenos de una tristeza virginal, perdido en la música de la tarde que tenía encantos misteriosos de caricias, dejando cantar su corazón, en el candor crepuscular, a la sombra rígida de los cipreses azules, ante la desnudez pagana de los mármoles, viendo morir el día sobre la verdura pálida de los montes lejanos, y caer el gran sol vencido, sobre el oro poético del valle, las violetas del silencio, y el negro denso de los ramajes umbríos, como una gran rosa de pesadumbre, desflorada en una urna mortuoria;

en el despliegue maravilloso de su corazón hacia el dolor, gozaba otras tardes en perderse por los barrios pobres, los centros populosos y miserables de la ciudad, y abandonando la sombra de los viejos palacios blasonados, salía por la *Piazza Santa Anastasia*, hasta la *Vía Sottoriva*, donde en las construcciones infectas y ruinosas, pulula la miseria, y reina la angustia de los desheredados de la vida; y sus ojos, cautivos de la piedad, quedaban fijos en aquella grande aglomeración de sombras, donde el poder de su ternura adivinatoria, presentía la inmensa ola de dolores que pasaba allí, sobre aquel hormigueamiento de seres, que se mostraban, se borraban, y desaparecían en la noche, como un gran corazón tenebroso que se oculta para llorar; y en su contemplación, toda misteriosa de silencio, las lágrimas venían a sus ojos, abundantes y puras como su corazón;

y, suave y blanco, como una aparición bajo el pórtico del crepúsculo, sentía elevarse en él la gloria sin palabras, la majestuosa presencia del genio que había de transfigurarlo, y quedaba allí ab-

sorto, hasta que la noche caía preciosamente sobre los cielos y sobre su alma como una pacificación...

en su casa, el niño callaba, como enmudecido ante el tumulto de tantas cosas invisibles que gritaban en él, y se hundía en los silencios de un grande enervamiento, donde su alma solitaria se elevaba y radiaba como un pálido ostensorio ante el oro del sol;

y, creció así en la ciudad armoriada y ruinosa, bajo el patrocinio de tantos siglos en relieve, esculpidos sobre los portales macizos, tendidos sobre los arcos triunfales, como enredados a los pórticos majestuosos, en las columnas de las grandes basílicas, sobre los frescos iluminados de las naves y de los claustros, en ese como relicario de gemas amarillas y purpúreas, cercado de bermellones y de ágatas que es Verona:

y, su alma se engrandecía así, tendida desesperada y dolorosamente hacia la vida, lanzando las voces de su deseo a los cuatro puntos del horizonte, como flores arrebatadas por un gran viento, sintiendo crecer en el fondo de su cerebro, la visión obsesionante y radiosa del Arte y del Dolor, como un sol portentoso de inmensidad y de Muerte.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Engrandecido en la soledad, sin más compañero interior que su corazón reflexivo en busca hacia la Verdad, queriendo ver y penetrar las cosas ocultas de la Vida, detenido y vacilante ante el templo del Amor, cuyas puertas miraba a la vez arrogante y tímido, tendiendo hacia ellas los brazos suplicantes, como dos grandes alas ensayando el vuelo, el adolescente vino a Roma, donde su padre fué nombrado Director de un Ministerio;

la Sibila inmortal habló a su corazón;

y, su alma hizo el gesto definitivo de renuncias, que inicia la peregrinación hacia la Belleza, y consagró su vida al Arte ;

fué entonces que vino a mí ; y quiso poner su corazón bajo las grandes alas de mi soledad, cansadas y pesadas de la pena de vivir ; y soñó con hallar en mí un Maestro a lo Vinci, tierno y clarividente, que arrojara el polen de las ideas, en su cerebro, con la palabra profunda y simple de los grandes sembradores : que tomara en sus manos su pobre corazón, entristecido como una tarde reinante de agonía ; que orientara su alma solitaria en el vacío, tendida como una garra para aprisionar la Nada ; que se inclinara sobre su vida, desierta como una landa donde el otoño bate el ala de los inviernos futuros ; que cubrían con la pompa auroral de sus visiones, con la radiación apoteótica de su genio, la perla crepuscular de su tristeza, su gran rostro pálido que parecía absorto ante la gloria ;

y, no soñaba con encontrar la devastación, la aridez, la soledad de mi corazón, esterilizado y azotado por los vientos furiosos de las pasiones insociables ;

¡ este corazón altanero y feroz, despiadado y triste, que me hace estar cada día de más en más solo, en un aborrecimiento lento de la vida y de los hombres, aislado, solitario, huraño, en una atmósfera moral sin vibraciones, que no tiene más espacio abierto sobre la vida, que aquel que ocupa mi soberbia de Artista, y por el cual escapan mis sueños con un ruido de águila en tropel !

encadenado a mi soledad, indiferente a todo, esas grandes sombras del amor universal, esas vagas palabras que encadenan los seres en la infinita miseria de su debilidad : el Patriotismo, la

Amistad, la Caridad, todas esas formas de altruismo estéril y melancólico no tocan mi corazón;

mi alma se cierra voluntaria y violenta, ante la mirada de los otros, como una flor esquiva que no quiere en su cáliz desolado, sino el solo misterio de sus pistilos.

¿Ettore Dalzio, se apercibió acaso de lo que había en mi alma, de desdén inclemente, de orgullo inabordable, de insensibilidad fría, para las sensaciones y emociones de las alma extrañas? tal vez sí, porque comenzó a recogerse sobre sí mismo, como desconcertado, arrepentido de la noble impetuosidad, con que en los primeros días quiso abrir su corazón, y dejar ver su alma de sinceridad y de deslumbramiento, ante mi mirada indiferente, lejana, fría, como el reflejo de un astro polar;

y retrocedió bruscamente asombrado, como un hombre que creyendo entrar a un jardín cargado de sombra y de perfumes, recibe en el rostro y en los ojos, el soplo cegador y mortal de las arenas del desierto;

pero, demasiado joven, para analizar, rebelde a toda filosofía, su sinceridad candorosa, hecha para creer y amar ciegamente, no persistió mucho en su recogimiento de violencia, y con una candorosidad conmovedora, fué abriendo lentamente ante mis ojos, el misterio de su alma rara, luminosa como una estrella;

y vi su corazón;

y, me complací en verlo vivir ajeno a esos fenómenos de sensibilidad incomprensibles y fatales, y penetrando así por su revelación a lo infinito de su ser moral;

alma de genio, de simplicidad y de luz, triste, perfumada y radiosa, como un lirio que fuese un astro;

sus labios que habían tomado ya el gusto amar-

go del desdén, se gozaban en decir un no, imperioso e imperial, a las realidades tristes de la vida, negándose a entrar en ellas;

y crispando las manos sobre su éxtasis, era como una águila inmóvil, en el infinito siempre virgen donde cada constelación es un misterio;

su corazón era como su pensamiento;

y, abrió su corazón;

el silencio es un pudor que no tienen todas las almas; y él me dijo en un himno de simplicidad todas las cosas de su corazón;

y, sus sueños me fueron dichos y se alzaron ante mí, en un sol de revelación, como un gran enjambre luminoso, puesto a volar a la hora del crepúsculo;

la nostalgia del amor, ponía un raro calor en sus palabras, como si la ausencia de aquel sol del alma, fundiera todos sus rayos en el verbo, que lo nombraba como una imploración;

una palabra que no tiembla no sale sino de los labios; la palabra profunda, aquella que viene del corazón, vibra agitada, estremecida, con un temblor de abismo, como una ola de fuego, de un volcán muy hondo.

Ettore Dalzio, tenía una cabeza ideal de César adolescente; bajo las prominencias de la frente enérgica, sobre la cual caía en bucles castaños, la cabellera ensortijada y tumultuosa, sus ojos profundos y dolorosos de niño trágico, se abrían en una muda imploración de amor, irradiando de un fuego extraño las esmeraldas claras de sus pupilas misteriosas, de un verde lácteo de crisoprasios; su palidez de lirio imperial, hacía resaltar más la línea pálida de los labios, orgullosos y despectivos, sobre los cuales imperaba el Silencio como una garra; toda la belleza altiva de este rostro de camafeo imperial residía en el misterio de los ojos

glaucos, de gema, y la expresión de esa boca amarga y desafiadora, que se extendía sinuosa como la ondulación de un rayo;

una sombra trágica vagaba como un velo impalpable sobre la bella cabeza obstinada, de ojos enigmáticos llenos de infinito, y labios iniciadores del mutismo hostil; su cuerpo alto, delgado, flexible, de una suprema y natural elegancia, sabía llevar con una exquisita y perfecta distinción, los vestidos de impecable corte inglés que lo hacían semejarse al más selecto vástago de un lord;

ser guiada, ser convencida, ser amada, he ahí lo que pedía esa alma de llama y de penumbra; y aquel gran corazón abierto como una herida en medio del miraje de las cosas, suspiraba por eso;

una melancolía superior a su edad lo poseía, como si la emoción de todas las cosas sagradas vibrase en él, y la gloria de las antiguas épocas, remontase hasta su corazón;

serio, meditativo, reservado, se entregaba al estudio con una tenacidad silenciosa, como si sintiese subir en él, la inspiración, flor del silencio, que sellaba sus labios herméticos, y florecía de sus dedos prodigiosos;

inmóvil ante la tela, el pincel en sus largas manos delicadas, el ojo inquietante, con una fijeza extraña de pájaro de presa, permanecía largas horas sin hablar, como aprisionando en sus retinas, para dejar indeleblemente impresos en el lienzo, los vagos lineamientos de un sueño, el misterio irrevelado del color y de la forma, el alma inasible, fugaz y atormentada de las cosas...

y, de sus párpados entrecerrados brotaba la visión, y de sus dedos, esos grandes paisajes pensativos, llenos de vida intensa y dolorosa, esos cielos opacos, de horizontes interminables, que parecían llorar, esos ponientes de un blanco glauco, co-

mo de violetas ajadas, reflejo de horas opalescentes, donde sobre campos de rosas de una lividez anémica, bajo un cielo nacarado, como una gran perla enferma, se extendía el vago silencio de las noches estrelladas ;

y, cuando la sombra, cayendo de los cielos, como el consuelo sobre un corazón atormentado, la impedía fijar por completo la idea flotante y lúcida de su pensamiento, permanecía aún largos minutos absorto, como lejos de la vida, en las azulidades vagas y temblorosas de la penumbra, como fulminado por la orfandad de las cosas y de las claridades, rodeado de inmensidad, como envuelto en un largo pesar de los soles desaparecidos ;

y, después, como si recobrase la palabra, con una voz de nostalgia y de evocación, que parecía temblar aún bajo el último beso de la emoción artística que había tocado su alma, venía a hablarme, con una sonrisa tan triste, como si sobre su boca, se hubiese congelado una pálida luna de lágrimas ;

y, me abrazaba, los labios mudos, amargamente plegados como si aprisionase en ellos palabras extrañas, de cosas milagrosamente nacidas en su corazón, cual si sintiese agigantarse algo, salido de su alma, hacia la sombra engrandeciente, y doblaba su cabeza obscura como la noche, sobre la sombra aún más espesa de mi pecho impenetrable ;

parecía como si algo subiese de sus entrañas, cual una llama al cielo divino, y se inmovilizase en sus labios taciturnos ;

y, en sus ojos de sombra, su alma parecía batir las alas, tendidas hacia mí como una invocación.

*

Como del silencio de un lago dormido bajo la nieve, se alza el estupor de la bruma, decorando el paisaje arborescente, así del fondo del recuerdo se alza aquel día de fascinación extraña hora de deslumbramiento en que conocí a Eleonora Dalzio :

era un cuadro todo de simplicidad familiar, el que la rodeaba, cuando llevado a su casa por Ettore Dalzio, e invitado por su padre, le fuí presentado ;

¡ oh ! ¡ mi alma triste vestida de otoño, mi alma triste vestida de ceniza, cómo saludó cayendo de rodillas la aparición imperial de aquella virgen escapada de los jardines del silencio, de aquel lirio rojo de belleza, avanzando hacia mí, como un enigma vivo y tentador, como un jeroglífico deslumbrante, que tuviese en sus manos de ícono, prisionera la mariposa de mi destino, aleteando en sus dedos de nácar, aptos a todas las misericordias !

las vestales que se perfilan bajo el cielo claro, en sus zócalos desnudos, augustas en su túnica de piedra, bordadas por el estremecimiento oro y rosa de las hojas autumnales caídas sobre ellas en la

calma del crepúsculo, no tienen la majestad de aquel cuerpo, desafiador de los mármoles clásicos y de los bronces inmortales, que han inmovilizado la tragedia, proyectándose sobre las aguas túrgidas, o alzando sus palideces en el verde obscuro y el imperio de soledad de los parques augustales;

bajo la noche de su cabellera negra, que semejaba el casco bruñido de la *Minerva de Corinto* y el mármol terso de su frente voluntariosa y triste, se abrían los cielos de sus ojos negros, tenebrosos y profundos, como dos estigias inmortales donde ardiera el esplendor triste de soles carbonizados; la nariz recta y corta; la boca roja, carnuda y sensual; el busto de un puro y atrevido relieve, y el cuerpo todo, como el mármol heroico de esas victorias vestidas de viento, que agrupó en el *Triunfo*, el cincel magnífico del *Cortot*.

hay mujeres cuya aparición da el deseo como un vértigo.

Eleonora Dalzio era una de ellas;

sus ojos, como una tiniebla impenetrable, atraían por el misterio extraño que los llenaba, por la bruma de sueños mórbidos, que como de un océano de voluptuosidad se alzaba de ellos, llenándolos de evocaciones turbadoras; se diría que sus miradas felinas, cambiantes y complejas, flechaban la carne con sus efluvios misteriosos de voluptuosidades audaces y violentas, y que el silencio imperioso de sus labios, guardaba como una esfinge, la entrada al mundo irrevelado de un inabarcable jardín de rosas de Eros;

de toda su belleza, viva y cantante como un himno marcial, misteriosa como un rito, impresionante como una evocación, se escapaba como un perfume el flúido inquietante de la sensualidad exquisita y fatal, que hace irresistible el encanto cautivador de ciertos seres;

mi alma de artista, mi cuerpo joven, lujurioso y voraz, temblaron electrizados y deslumbrados a la aparición turbadora de aquella belleza, que era como la quimera realizada de mis sueños de poeta, la encarnación real de todas mis idealidades de creador, la promesa florecida de mis más ardientes sueños de voluptuosidades audaces e inasibles ;

y, fuí el vencido de aquella belleza conquistadora, de cuya frente hecha para la diadema de Cleopatra, de cuyos ojos abismales y tristes como mi corazón, emanaba el imán irresistible, el efluvio dominador, ese algo inexplicable que sólo existe en los ojos de los beluarios y de las mujeres nacidas para el dominio irremediable de los hombres.

Eleonora Dalzio, se sintió admirada, cuasi amada, en ese primer encuentro de nuestras almas, y aspiró con orgullo el homenaje de mi admiración total a su belleza, y la promesa de mi esclavitud a su invisible poder de voluptuosidad y de pasión ;

nos miramos los dos como bajo la sensación de un baño de luz, y en la luminosa rarificación del ambiente moral, nuestros dos corazones se adivinaron gemelos, y nuestras dos almas se abrazaron en el jardín de sus sueños, como en un florecimiento de estrellas ;

antes de haber hablado una palabra, nuestros dos espíritus se habían dicho algo definitivo, a través de esa atmósfera de cosas irreveladas, que cantaban en torno nuestro la sinfonía vibradora de la Vida y del Amor ;

en ese cuadro de Arte y de elegancia que la rodeaba, en la penumbra hecha roja por el reflejo de la pantalla purpúrea de la lámpara, la belleza de Eleonora Dalzio brillaba como un incendio, altanera y enigmática, como uno de esos pasteles de patricias veronesas, que cual un vestigio de la raza,

adornaban el salón familiar, lleno de sombra y de quietud ; su cabellera, como nimbada de mirtos ideales, fulguraba entre los cortinajes rojos y la luz difusa, haciendo aún más herméticos sus labios de camafeo, los grandes iris negros de sus ojos, que fingían sobre su rostro pálido, tonos de aguas muertas, donde se ahogaran rosas enfermas ;

por las ventanas abiertas penetraban soplos cálidos, y de las terrazas vecinas venían perfumes enervantes de narcisos ;

en el silencio vertiginoso, bajo el cielo claro de la ciudad dormida, vibraban las sinfonías exultantes de la Noche, ante los astros centelleantes sobre el topacio turbio del *Tíber*... y allá lejos, los pinos girasoles se diseñaban en su simplicidad lúgubre, aislados, destacados en el claro de la luna, que se elevaba lentamente, dando al paisaje el tono verde y negro de un bajo relieve en bronce ;

en ese ambiente de quietud y adoración, sólo los ojos tristes de Ettore Dalzio, tenían algo de obscuramente hostil, en el acero de sus pupilas serias e inviolables ;

el Coronel, hablaba de las épicas faenas y de las grandes tragedias del *Risorgimento ;* y, sus gestos y su voz, amplios y sonoros, evocaban los hombres y los hechos ya caídos bajo el hacha mutiladora del tiempo y vivos sin embargo en las páginas de la Historia, y en el corazón inconsolable de la Italia ;

con el poder febril de sus visiones, el viejo patriota diseñaba los grandes cuadros de la epopeya, cuasi mítica, donde bajo selvas interminables de laureles, héroes dignos de los compañeros de Ayax, erraron, lucharon y triunfaron, como empujados por un huracán hacia las más altas cimas ; y se callaba a veces, como ahogado por la emoción de

su propio vértigo lírico, por el soplo desbordante de su emoción, y el prestigio comunicativo de sus evocaciones.

Eleonora lo oía como envuelta en un manto de sol, cual si esas palabras la incendiaran de un incendio de gloria.

Ettore Dalzio, escuchaba en silencio, dejando errar su mirada brumosa por sobre los altos árboles de la terraza hacia los cielos claros, que brillaban sobre la tierra ardida y fatal, ahora muda, como absorta en el engendramiento de nuevas tragedias, atenta al rumor informe de futuras apoteosis ; y, su mirada, que yo había creído hostil, dulcificada por la contemplación, se hacía tierna y suave, como la caricia de una ala de gaviota ;

cuando nos retiramos los dos, en el encanto de aquella noche que hacía de Roma uno como místico golfo de silencio, hacia cuyas islas sagradas subía la sinfonía reverente de los siglos, la figura ardiente de Ettore Dalzio, era calmada y grave, como su palabra llena de estremecimientos y de una ternura armónica y profunda, que llegaba al alma, como el perfume de un campo de rosas exóticas abiertas en la sombra ;

y, cuando desde la altura de la *Trinitá dei Monti*, recostados en la balaustrada, vimos a Roma, estancada y negra a nuestros pies, como una gran flor de sombra con pistilos de mármol, la mano de Ettore Dalzio alzándose como un cáliz diáfano hacia un invisible ostensorio, señaló con un ritmo suave la ciudad, y dijo :

—Maestro, la música de los colores existe ; ¿no oís cómo sube hacia nosotros en hondas serenas de un amatista obscuro, todo un himno, a la vez profundo y triste de los mil colores que sollozan ahogados por la sombra? ¿no sentís cómo se quejan los tonos vivos ardientes y cantantes del color,

bajo esta invasión implacable, niveladora y fatal de la tiniebla? ¿no veis cómo el azul de los cielos es impotente para hacer azular siquiera tenuemente esta ciudad inmóvil y negra coronada de gloria? la esfera celeste no tonifica la escala musical de los colores, que quedan esculpidos en el silencio, como flores de mármol adornando un muro mortuorio; sobre los flancos de la tiniebla emergen rosas deformes, rosas sin color, tristes como la muerte; la sinfonía oro y perla que cae del orbe de las constelaciones, se rompe y se evapora al tocar la impenetrable sombra; todas las cosas monstruosas que rodean la vida, obedecen a la sombra; la sombra es mala y es triste; la noche es la nodriza del crimen; sólo la luz es fecunda y revelatriz; ella crea y ella evoca; ¿no sentís como un estremecimiento de angustia inmortal subir al corazón cuando se contempla frente a frente el horror de la insondable noche?; yo odio la noche, simulacro vivo de la Muerte; la odio, aun coronada por espigas de oro celeste; odio ese enigma fatal; odio lo negro; es el color del abismo; el negro engulle y aniquila todo; el negro es el alma de la noche; la noche enemiga; ¡oh, yo siento que moriré en una noche así, ahogado por su sombra! — dijo y calló, inclinándose sobre la balaustrada y mirando tenazmente, perdidamente, casi con envidia el abismo, cual si se alzase solo, solo, solo, ante la inmensidad de la sombra que engullía su corazón; y sus ojos se obstinaron en el vértigo, como si llamasen algo, del fondo de sus profundidades:

—No, la Noche es bella—dije yo—; la noche es amorosa y maternal; la noche es la gran sinfonía de lo Infinito; es la madre del presagio que levanta en los corazones la esperanza de una aurora; ella evoca todo lo triste que duerme en la luminosa

alma humana; ella es la gran iniciadora del Éxtasis, la madre del Amor.

—¡El Amor! ¿conocéis el amor? ¿amáis? ¿a quién amáis?—dijo con un grito angustiado, tomando mis manos en las suyas temblorosas; y el sonido de sus palabras, rompiendo la dulzura de la noche, sonó convulso y gutural, como el grito de una criatura desgarrada por las entrañas del verdugo;

me volví hacia él;

su rostro parecía devorado por el más ardiente dolor, sus ojos desolados eran un mar de angustia, una llama indefinible surgía de ellos, y temblaba bajo la emoción violenta, con una especie de locura presta a osarlo todo, con miradas implacables, invencibles, como garras tendidas hacia el fondo de las entrañas;

así, con los ojos espantados, con la boca colérica, no había en él nada del gracioso adolescente, cuya cabeza adorante, lívida de melancolía, se inclinaba momentos antes como el lis de la noche, desnudo de esperanza;

su mirada no osó resistir la mía;

con una gracia conmovedora, en que volvió a aparecer toda su alma de niño desesperado, cual si su angustia se hubiese disuelto en una dulce resignación melancólica, soltó mis manos, con un gesto de vencimiento inenarrable, y murmuró:

—Perdonadme, yo no tengo el derecho de interrogar vuestro pensamiento; otros poseen la llave de su secreto, porque poseen vuestro corazón; perdonadme;

y, calló mirando la sombra como si todo su sueño de infinito bogara en la penumbra; ¡cisne blanco viajero hacia la muerte!...

nos separamos, tristes los dos, a causa de nuestro corazón, de nuestro corazón hecho un muro de silencio.

*

Era la hora del amor para Eleonora Dalzio, y su alma se volvía hacia él, como un girasol hacia el rayo del astro ;

a los veintiocho años que contaba, su juventud exuberante se exultaba hacia el deseo, como una llama hacia el espacio, como un cántico hacia el aire ;

huérfana de madre a los tres años, educada en un convento, salida de allí, para ser la alegría y el encanto de la casa de su tía, vieja dama aristocrática y mística, allí vivió hasta que su padre entró del destierro, ya viudo por segunda vez y la llevó consigo cuando apenas tenía catorce años, para entregarle el cuidado del fruto de su segundo matrimonio, el pequeño Ettore, entonces de edad de cuatro años ; y desde aquel día, se dió al cuidado y a la educación de ese hermano de diez años menor que ella y al cual profesó el cariño entusiasta, abnegado y ciego de una madre ;

su alma violenta y tierna, sedienta de cariño,

huérfana de grandes afectos, se dió de tal modo al cuidado de su hermano, lo amó con tal vehemencia, que su padre mismo, llegó a hacerle dulces reproches, y cariñosas advertencias, sobre la adoración ilimitada que profesaba a ese niño soñador y delicado.

Ettore Dalzio, le pagaba igualmente, tributándole un amor violento, celoso y sombrío ; de todo, hasta del cariño de su padre, sentía la mordedura de los celos, tratándose de Eleonora ; tierno, infantil, acariciador, la llamaba madre, la mimaba siempre, no podía estar lejos de su lado, la seguía a todas partes, y ya adolescente, cuasi un hombre, necesitaba del beso de aquellos labios y la caricia de aquellas manos para dormirse ;

la belleza verdaderamente admirable de Eleonora Dalzio, su gran cultura intelectual, su alma exquisita de mujer y de artista, habían despertado en torno de ella, grandes e intensas pasiones ; idilios esbozados y rotos, matrimonios frustrados por la cuestión imperiosa y negativa de la dote que no tenía, habían sido toda su vida sentimental, en la cual su corazón no había hablado sino por el dolor de sus grandes desesperanzas ; otros amores que inspiró, no tuvieron eco en su corazón y marchaba así, virgen de cuerpo y de alma, en todo el esplendor de su belleza impresionante, hacia el crepúsculo de su juventud sacrificada, cuando nos hallamos los dos en la senda de la vida ;

y, ella apareció ante mí, en esa hora confusa de sueños informes y aspiraciones irreales, cuando marchaba solo por la vida, terriblemente solo, y los paisajes de mi patria, y el rostro de mi madre ausente, se alejaban en el pasado, y mis ojos, infatigablemente fijos en el eterno deseo de la belleza, no veían nada sobre el muro sin colores, contra el cual batía sus alas un imposible sueño ;

hora miserable de mi vida, en que el alma se arrastraba como rota y torturada, por la gran nada de las voluptuosidades profundas, tras el sueño real de la carne, por la cual gime el eterno grito de nuestras entrañas y de nuestro corazón ;

en la tristeza lamentable de esa soledad ardiente y brutal, Eleonora Dalzio, apareció como un sol, y lo iluminó todo ; nuestros corazones sufrientes, silenciosos y desamparados, abiertos como dos llagas inmensas, se mostraron, se compadecieron y se amaron ;

nuestro amor no tuvo el prefacio obligado de las declaraciones rituales ;

era demasiado intenso, demasiado sincero, demasiado impetuoso para eso ;

las almas tienen un lenguaje que no saben los labios de todos los hombres ;

y, cuando aquella tarde, en la tristeza del salón ahogado en la penumbra, tomando entre las mías su mano que me parecía casi inmaterial, mirándola en los ojos insondables que se engrandecían devoradores, le dije al oído mi pasión, su alma fraternal me respondió con una emoción tan profunda, su mirada brilló de un reflejo interior tan luminoso, que pude aspirar allí, todo el amor que se escapaba de ella como una esencia espiritual ;

y, después de nuestra confesión, callamos como oyendo las grandes alas de nuestro Destino vibrar enloquecidas en el silencio ;

y, ella quedó soñadora, toda inmóvil, toda blanca, sobre los cojines rojos, donde su sombra parecía un geranio ;

y, las cosas fingían soñar en una especie de terrible aletargamiento en torno nuestro ;

la tiniebla tragaba los últimos reflejos de la luz, disolvía y devoraba los colores, como un pájaro negro perseguidor de coleópteros enfermos, y la

ola obscura niveladora, bajaba de los cielos y llenaba nuestras almas de crepúsculos.

Eleonora, más lívida que la hora misma que nos circuía, parecía defenderse del vuelo de cosas extrañas, de visiones graves y trágicas, como aglomeramientos de sueños, evocadores de sombras hostiles ;

y, los pensamientos de nuestro amor, vagaban como pobres aves errantes, hacia cimas inhospitalarias, bajo cielos enfurecidos ;

la sensación prodigiosa del vértigo, que nos envolvía, huyó como un desgarramiento súbito, cuando el nombre que atormentaba nuestros corazones, subió hasta nuestros labios, y cayó como una abjuración en el silencio : Ettore Dalzio ;

ella fué la primera que lo pronunció, con un temblor de inquietud amorosa en la voz, con una sonrisa maternal, que iluminaba como de un resplandor de luna, la palidez insondable de su belleza augusta :

—Es necesario compadecer al pobre niño—dijo ;

no ha tenido en el mundo, más amor que el mío ; yo he sido la sola ternura de su vida ; y teme que alguien pueda robársela :

—Pero Ettore Dalzio, es ya casi un hombre—dije yo con rudeza— ; es tiempo de que él también vaya hacia el amor :

—¡ Oh, no, es un niño, dejadlo vivir !—y ella se estremeció, como sobresaltada de una inquietud maternal y previsora, cual si el adolescente lejano hubiese corrido en aquel momento un gran peligro ;

un sentimiento de odio, sordo y feroz, surgió desde ese momento en mi alma contra Ettore Dalzio, que llenaba y hacía estremecer así aquel corazón que yo quería ver lleno sólo de mi amor, y conmovido únicamente por mí ;

y, volvimos a quedar silenciosos, abiertos los ojos en las tinieblas, atentos al Destino y a la Vida, que vibraban en torno nuestro con misterios de mar y voces lejanas de implacables hostilidades...

afuera, la noche palidecía gradualmente ; del jardín, antes lleno de ruidos emocionantes, subía el silencio como un perfume, bajo la caricia azulada del cielo, de una implacable serenidad de ópalo ;

de la cima de los montes transfigurados en el misterio, descendían grandes soplos de paz, como alas enormes de letargía, y en el infinito lejano, los farallones aislados se alzaban como plegarias de corazones desnudos ante el dolor inmenso ;

la serenidad extática de la hora crepuscular, que inmovilizaba el paisaje, en una como cristalización radiosa, idealizaba la belleza muda de Eleonora Dalzio, como santificada en la paz inmensa de esa gloria desfalleciente, luminosa en el corazón del silencio ;

y, como si la melancolía infinita que inundaba nuestros corazones, se hubiera toda diluído en ternura, nos abrazamos en la sombra, y nuestros labios se unieron en una santa y silenciosa imploración.

*

Fuí el huésped asiduo de la casa Dalzio;

era siempre el bien venido, y una atmósfera de generosa cordialidad me circuía en ella;

el Coronel, era de una benevolencia y una afectuosidad perfectas; siempre lleno de las más delicadas atenciones para mí.

Eleonora, radiaba de felicidad y de noble belleza, en medio a las pinturas y a los *bibelots* antiguos, del pequeño salón en que, como una muestra de confianza, se me recibía entonces y que era con su atmósfera de arte exquisito, un cuadro mejor a nuestra pasión, que el suntuoso y severo salón tapizado de rojo en el cual la había visto por primera vez.

Ettore Dalzio, se esforzaba en ser de una amabilidad fraternal, que no lograba ocultar por completo la inquietud angustiosa que mis visitas le causaban.

Donna Anna, la buena dama de compañía de Eleonora, anciana rezandera, dormilona y gloto-

na, mascullaba rezos y se dormía al fin con un bombón en la boca, como si la simpatía que decía inspirarle yo, fuese el más poderoso soporífero para el aletargamiento de su vejez desocupada;

las puertas del *salottino*, se abrían sobre una terraza llena de mimosas, de gardenias, de tulipanes y de jazmines del Cabo, que llenaban la estancia toda de perfumes penetrantes, mientras su blanca lividez se abría en la noche, como una gran queja lánguida de amor;

era allí que solíamos escaparnos, para dilatar nuestra pasión a la vista de aquel panorama inmenso, en el cual parecían magnificarse nuestros corazones;

y, hablamos de nuestro amor, con voces entrecortadas de indefinibles estremecimientos, con voces que subiendo del fondo de nuestros corazones, parecían traer todos los temblores que se agitaban en las profundidades inmateriales de nuestras almas;

y, perdíamos la noción del tiempo en esos diálogos, en que la seducción de la hora y el encanto de nuestras palabras, nos hacían desear una eternidad para gozarlas;

nuestra sorpresa era ingenua cuando donna Anna, al despertarse, o Ettore Dalzio al regresar de fuera, hacían volar todas las abejas de nuestro encanto, disipaban nuestro ensueño, y traídos a la realidad de la vida, veía yo que era llegada la hora, siempre demasiado pronta de partir;

en las mañanas, yo la esperaba al salir de su misa habitual, a las puertas de *Sant'Andrea delle Fratte*, y siguiendo la *Vía Propaganda*, subíamos por la escalera lateral de la *Piazza Mignanelli*, hasta las alturas de la *Trinitá de Monti* y de ahí por bajo la arboleda que sombrea la *Villa Médici*, entrábamos al *Pincio;* y allí mientras donna

Anna, completando rezos hacía una estación de sueño matinal, nosotros errábamos entre los bustos gloriosos, en las terrazas floridas, cerca a las balaustradas desde las cuales se veía la Ciudad Única, vibrar en la gloria matinal, bajo el eterno fulgor de sus cielos inmortales;

las realidades del presente no bastaban a nuestro amor, y el alma de Eleonora, sedienta de misterio, quería interrogar el porvenir;

¿por qué me dejé convencer de ella, aquella mañana lúcida, en que con caricias en los ojos y en la voz, me sedujo para ir a casa de la *Sibila de Albano?*

¿por qué no resistir?

¡cosas del amor!

Donna Anna secundó a Eleonora, refiriendo las cosas asombrosas que aquella mujer, la más célebre de las quirománticas, adivinadoras y decidoras de la buenaventura, había hecho; ella había anunciado al Papa la tiara, a los cardenales la púrpura, y había profetizado la muerte del Rey;

perseguida y hostilizada por la policía, tenía sin embargo una clientela enorme, en que se contaban a la par de las más altas damas del patriciado, los grandes personajes de la prelatura y de la política y la legión obscura de los supersticiosos populares;

hablando de esta explotación lamentable, a la cual iba a prestarme, y que donna Anna cubría con todas las leyendas del prodigio y las crónicas bárbaras de la superstición, abandonamos esa mañana el *Pincio*, lleno de sol y de perfumes, y atravesando gran parte de la ciudad, fuimos hasta el obscuro y tortuoso *vicolo*, cercano a *Piazza Navona*, donde tenía su antro la *Strega*, es decir la bruja adivinadora del porvenir.

Eleonora iba preocupada, pensativa, con toda su nativa superstición en vela, como si fuese a asistir

verdaderamente a un rito supranatural, en que las cosas de la vida le fuesen realmente reveladas.

Donna Anna rezaba, repasando las cuentas de su rosario, interrumpiéndose para contar una vez más, cómo la *Sibila de Albano*, había anunciado a Eleonora, la aparición de un joven extranjero, rico, que sería su amante, y que esa predicción que se refería sin duda ninguna a mí, había tenido cumplimiento, puesto que hoy íbamos los dos a interrogar a la misma adivinadora sobre cosas de nuestro amor;

yo reía y las burlaba a ambas, fingiendo un contento que no tenía, porque en el fondo estaba profundamente disgustado conmigo mismo, por la injustificable debilidad que cometía, prestándome a esa farsa innoble;

así llegamos al portón miserable, y subimos la escalera sucia y estrecha de la famosa embaucadora;

tocamos repetidas veces a la puerta; adentro se sentían carreras y voces bajas; sin duda ocultaban algo, porque el temor de la policía no dejaba vivir a aquellas gentes;

al fin entreabrieron la puerta, asegurada con una cadena, y una mujer de aspecto sufriente y demacrado asomó la cabeza;

la presencia de donna Anna la tranquilizó, y sin decir más acabó de abrir la puerta, que volvió a asegurar con cerrojo luego que hubimos pasado;

el saloncito en que se nos introdujo, no tenía nada de anormal, ni de misterioso que revelara el antro de la Pitonisa; un mobiliario muy modesto y como en toda casa italiana, una inmensa profusión de cuadros en los muros;

pocos momentos después, fuimos instados a pasar a una pieza inmediata, que daba sobre el corredor y que tenía casi el mismo aspecto pobre y

banal de la primera, con la sola añadidura de un brasero prendido en un ángulo, y una mesa llena de cuadros y señales cabalísticas en el centro; allí estaba la *Sibila;* era una mujer del pueblo, alta, gruesa, de aspecto vulgar, vestida como una campesina, de un físico repulsivo, por su aire caviloso y ladino, con unos terribles ojos de astucia y de codicia;

quería jugarnos las cartas;

yo, le manifesté que no creía en eso y que estaba cansado de hacérmelas jugar en todas partes, por los más célebres quirománticos y gitanos, y estaba por consiguiente bastante informado ya de todo lo que concernía a mi porvenir; que había ido allí por dar gusto a esas señoras y que no permitiría sino la lectura de las manos para complacerlas;

la *Strega*, no mostró ni desagrado ni sorpresa, guardó las barajas y tomó en la suya la mano de Eleonora.

—Bella mano—dijo— : gran línea del corazón; larga vida; la línea de la ventura súbitamente rota aquí; ¿veis ese agujero? es una gran desgracia, un hecho trágico... un muerto... sangre... más sangre... asesinato... ¡oh, eso es horrible!...

y, con un gesto de verdadero horror, la bruja soltó bruscamente la mano de Eleonora y retiró su silla como si realmente la sangre fuera a mancharla.

Eleonora palideció, muda de horror, sus grandes ojos extraviados de espanto.

—Flavio, Flavio, ¿has oído?

indignado con la innoble farsa, que se jugaba a mi vista, abusando de la credulidad de esas criaturas, iba ya a apostrofar la vulgar impostora, poniéndome de pie para marchar, cuando sentí que ésta me había tomado bruscamente la mano para mirarla; no queriendo hacerle creer que yo temía

sus burdas supercherías, o daba crédito a ellas, la dejé hacer.

—Gran línea de cabeza : artista genial : nula la línea del corazón : larga vida, mucha fortuna ; suceso, gloria, la línea del amor fatal ; aquí hay un muerto, alguien ha muerto de vuestro amor ; más desgracias, otro muerto... sangre... heridas... irreparables...

la línea de la ventura súbitamente trunca... la línea de la Gloria rota, desaparecida... ¡ oh, más sangre !...

y, apartó mi mano, con el mismo horror con que había apartado la de Eleonora ;

esta vez, la *Sibila*, había retrocedido hasta la pared, y se apoyaba en ella, lívida, los ojos malos, casi feroces ;

yo, ¿he de confesarlo? sentí un espanto creciente dentro de mí ; el espectro de Delia se alzó en mi mente ; y tuve miedo, verdadero miedo, de los otros muertos evocados por aquella predicción... el espectro de lo desconocido me aterraba ;

haciendo un grande esfuerzo, fingiendo indignarme de la audaz comedia, arrojé un luis de oro sobre la mesa de la *Strega* y dije :

—Vámonos ;

y, salimos.

Eleonora temblaba...

el aspecto aterrado de donna Anna, daba piedad, incitaba a reír, tan cómica era su confusión :

ya en la calle, sentimos que la ventana del segundo piso se abría ; alzamos a mirar ; la *Sibila* con ojos de verdadero horror, apareció en ella, teniendo en unas tenazas el luis de oro, y nos lo arrojó como una imprecación, como un conjuro ; al alzarlo del suelo, no pude casi tenerlo en los dedos, pues, ardía las manos ; había sido pasado por el fuego ·

¿creía verdaderamente esa miserable en su siniestra predicción?

¿la creía?

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

En vano traté con mis burlas de volver la alegría al alma de Eleonora; agitada, temblorosa, pálida hacía esfuerzos inauditos para no llorar;

lo infinito de la tristeza gemía en su corazón;

así, casi sin hablar, llegamos a *Piazza Colonna*, donde hubimos de separarnos;

y, le dije adiós, con una serenidad toda fingida, burlando en vano, un dolor tan real, como el terror terrible que asaltaba mi corazón;

el Misterio, nos rodea por todas partes... somos presa de lo desconocido; el terror es el único sentimiento lógico frente a lo impenetrable...

afirmar, negar, dos gestos miserables de la conciencia estéril;

la duda es el estado natural del espíritu;

verdad y error, afirmación y negación: he ahí grandes jeroglíficos escritos sobre el agua;

así pensaba yo ascendiendo hacia mi estudio, en esa mañana de luz triunfal;

pensaba y temblaba;

la superstición es la fe de los que no tienen ninguna...

*

Para recibir a Eleonora Dalzio, mi *atelier* se convirtió en un templo suntuoso de arte y de perfumes;

los muros blancos y escuetos, desaparecieron, bajo vistosos y raros *arazzi;* algunos cuadros míos, que yacían esbozados o arrinconados, fueron colocados en marcos lujosos, y puestos por tapiceros hábiles, sobre las murallas, y a la luz, así como las copias de grandes maestros, y obras de pintores modernos, célebres, que formaron después mi galería y que entonces empezaba a reunir; alfombras fuertes y suntuosas, cubrieron el suelo; cristales artísticos tamizaron los reflejos del día; telas costosas y vistosas, tapices orientales, sederías chinas, se extendieron sobre las consolas y cubrieron los sillones y divanes; biombos japoneses exhibieron sus dibujos raros en la penumbra discreta; jarrones antiguos, prodigiosos de arte, como grandes ostensorios se colmaron de rosas; cestas enormes de violetas, *bouquets* monumentales de iris, mace-

tas de claveles y narcisos abrían la suave policromía de sus pétalos, sobre veladores costosos, al lado de los grandes bronces artísticos y de los bustos laureados que en los ángulos obscuros proyectaban sus blancuras ;

de todas esas cosas escogidas, preparadas con cuidado solícito de Arte y de Amor, parecía subir un denso efluvio de pasión adoratriz ;

la luz era tierna, el aire perfumado ; se diría una copa llena de un mágico brebaje ;

el sol de ventura que yo guardaba en mi corazón, parecía esparcirse sobre todas las cosas de aquel ofrendario, preparado para ella y lleno ya del encanto de su presencia invisible ;

y, de las perspectivas de los paisajes esbozados, de las líneas puras de las estatuas, de los pliegues sedosos de las telas, de los pétalos innumerables que esparcían sus olores triunfales, de todas esas cosas que parecían como animadas de una vida misteriosa y apasionada, se desprendía un hálito de homenaje tierno, una imploración de bienvenida, para aquella que iba a venir, aquella que debía llegar a embellecer, a animar un día con su presencia real todas esas cosas ya llenas de la inconcebible intensidad, del efluvio misterioso de su presentimiento ;

era el Coronel Dalzio, quien había deseado que yo hiciera el retrato de Eleonora, y ella había cedido gustosa a *poser* en mi *atelier*, bajo la mirada turbia y la somnolienta protección de ese cancerbero desdentado, que era donna Anna.

Ettore Dalzio, me había ayudado en silencio, taciturno y nervioso, a la decoración y el embellecimiento del Estudio, los cuales él, veía bien que eran un homenaje de mi alma para Eleonora ;

un silencio pesado y triste, reinaba entre los dos ;

yo sentía su alma hostil, más que sus manos delgadas y pálidas, posarse sobre las cosas, como en un movimiento contenido de destrucción ;

las pocas indicaciones de su gusto artístico impecable, salían como angustiadas de sus labios, que hubieran querido estrangularlas ; sus miradas eran de un rencor profundo y ardiente, que parecía hacer palidecer las rosas y entristecer las Venus desnudas, que se alzaban en el silencio como una blanca aspiración de amor ; pero esas miradas se enternecían, se dulcificaban, al encontrarse con las mías ;

y, entonces se hacían casi imploradoras, cual si quisiesen ser perdonadas de las tristezas que reflejaban, o de la amargura con que se posaban sobre los objetos que habían de detener y deslumbrar los divinos ojos de Eleonora.

¡ Eleonora ! nunca ese nombre volvió a ser dicho por él, en mi presencia ; lo guardaba como una hostia, de la cual sus labios eran el sagrario ; nunca las amables y tiernas confidencias, en que antes parecía verterme su alma, volvieron a serme hechas por él ;

su corazón como su boca, cerrados y sellados fueron para toda revelación, y la fuente de las ternuras pareció agotarse en su alma hecha un desierto ; y se hizo impenetrable y lejano, como un gran monte envuelto en las tinieblas...

enigmático, tenaz en su meditación silenciosa, apenas si me dirigía la palabra, en los largos días de trabajo que permanecíamos juntos en la soledad del estudio ;

había escogido para trabajar, uno de los ángulos más remotos del salón, a donde yo no iba nunca, y allí permanecía ante sus telas, largas horas sin hablar ;

las raras palabras que se cruzaban entre nos-

otros, eran únicamente sobre cuestiones técnicas de Arte;

era el discípulo aislado, casi podría decirse armado frente al Maestro;

nuestras almas no tenían ya contacto, eran como extrañas y remotas; frío, correcto, de una impecable corrección en sus maneras, nunca me dió motivo de queja, pero toda efusión, toda fraternidad, toda confianza, fueron lenta, gradual, implacablemente ahorradas por él de nuestras relaciones; sólo una gran luz de ternura y de afecto, luz persistente y tenaz, irradiaba en sus ojos al mirarme, y como vergonzoso de conservar este vestigio de afecto en su corazón;

rebelde a esta ternura superior a todos sus rencores, sus ojos tristes no se posaban sobre mí, sino en los momentos en que yo trabajaba y no podía verlo;

yo sentía la persistencia tierna de aquellos ojos, que parecían hablarme sin verlos, pero bastaba alzar hacia él los míos, para que la mirada desapareciera, y sorprendido así, un fondo de insondable dulzura quedaba vagando en sus ojos y en su faz, como la niebla en un lago sorprendido por el sol;

y se inclinaba entonces hacia el esbozo de sus paisajes grandiosos, donde sobre el perfil desgarrado de los cerros, se alzaban grandes pinos inconsolables, y sobre los gestos desencadenados de las rocas la calma de cielos inconmensurables;

su nervosismo exasperado, daba algo de doloroso y de febricitante a las creaciones de sus cuadros, al encanto singular de sus paisajes inconclusos, que parecían perderse en limbos de quimeras, por la subtilidad exquisita de sus figuras gráciles, como ángeles de Luini, y el poder maravilloso con el cual, por coloraciones tenues de una grada-

ción suave, llevaba el espíritu hasta la adivinación interior de cosas supraterrestres;

pero, lo que cada día se mostraba más en él, era su condición de revelador de almas; ese algo inexplicable, complejo y poderoso, que caracteriza a los maestros del retrato; esa mezcla obscura e indefinible de misterio y de evidencia, de indefinido y de profundo, de emotivo y de turbador; ese lazo estrecho entre la expresión y la forma, que hace el alma del retrato, nadie como él, sabía evocarla, fijarla y darle vida, por un poder de percepción que tenía del privilegio anormal del genio;

justamente en esos días en que todo el *atelier* fué removido para adornarlo, yo que con motivo de la penosa situación creada entre nosotros hacía mucho no iba hacia el ángulo del salón donde él pintaba, tuve que hacerlo por necesidad, y mis ojos fueron sorprendidos encontrando sobre el caballete de Ettore, no el paisaje que yo creía sino mi retrato, un retrato inimitable, por el poder de la expresión, por la fuerza reveladora del alma que vibraba en él;

yo aparecía de pie, frente a una tela, pintando un paisaje de coloración roja y nácar, de una suntuosidad africana;

todo en ese cuadro era admirable, desde la expresión del rostro lleno de una intensa luz de alma, que como una inmensa nebulosa se extendía por la tela y la llenaba toda, hasta la imitación magistral del estilo en el cuadro diminuto que hacía surgir bajo mi paleta;

nada igual a aquella fuerza de expresión, a aquella *verdad espiritual*, grabada allí por un milagro de concepción psicológica, por el cual, el alma se revelaba toda, y quedaba como sorprendida y aprisionada, fija allí victoriosamente por la ciencia profunda del pintor, en la fusión de tonalidades tenues

y el prestigio armónico, de las coloraciones ; me vi, me reconocí, me sentí vivir en el fondo de aquella tela inconclusa, como en un caso de autovisión evocadora ;

absorto me hallaba en contemplarla, cuando Ettore Dalzio apareció ;

una gran contrariedad, un inmenso disgusto, se reflejaron en su rostro, y como yo lo cumplimentara por aquel trabajo perfecto, me respondió :

—Eso es viejo, hace seis meses que lo esbocé y no he querido concluirlo ;

y, acentuó el *querido* con un marcado deseo de ser comprendido ;

ante la acritud dolorosa de esa respuesta, yo callé :

—Es un mamarracho—murmuró él, con un sordo rencor contra su obra, y antes que yo hubiera tenido tiempo de impedirlo, pasó su pincel gordo empapado en albayalde sobre la pintura, momentos antes cantante de vida y de colores ;

y, todo desapareció bajo aquella blancura mortal ;

al ver así borrarse y ahogarse mi propia imagen, bajo aquella capa láctea, casi gris, tuve la impresión angustiosa de desaparecer bajo el agua, o ser envuelto en un sudario muy fino, tras el cual se borraban a mis ojos las cosas adoradas de la vida, y sentí en el corazón la amargura desgarradora del artista, que ve perecer una obra, en la cual el genio humano ha dejado impresa la huella de ese instante de divinidad en que el hombre se hace como Dios, por el poder creador de su numen, y es como él, el artífice de las almas, el evocador y el creador de las cosas suprahumanas e inmortales ; y me alejé visiblemente contrariado :

Ettore Dalzio, encariñado en su obra de destrucción no alzó los ojos ;

una atmósfera como cargada de cosas muertas e irremediables nos separaba, cual si la eternidad de un secreto supremo alzara entre los dos, el desierto hostil de los antagonismos irremediables...

toda necesidad de explicarnos, y aun de expresarnos, parecía demás entre los dos, cuando ya definitivamente roto el lazo de las ternuras, nuestras almas se separaban hacia caminos distintos de la eternal desolación ;

teníamos miedo de comprendernos, y cubríamos con un manto de silencio el ídolo luminoso que se alzaba entre los dos...

*

Eleonora Dalzio, sufría de la amargura de su hermano, sufría hasta el martirio, en su corazón fraternal y materno, que gemía torturado entre sus afectos, como el cuerpo de una virgen despedazado por leones;

la tristeza agresiva, la taciturnidad hostil de Ettore Dalzio, pesaba como una nube negra sobre la anunciación radiosa de nuestro amor, que se extendía como una aurora sobre cielos abrasados;

aquel celo vigilante y feroz, evocador de gestos abolidos y de fantasmas trágicos, entraba en ella acre y soberbio, como espiando imperioso la hora de estrangularla, la hora del golpe anonadador, que debiera romper nuestra ventura;

el niño, antes sumiso y amante, se había hecho para la hermana, el terrible atormentador, armado de celos implacables; parecía que a aquel su grande amor tan tierno y tan sumiso, hubiera sucedido un odio negro, inquieto, inexorable, ¿contra quién? ¿contra qué?

la casa tan silenciosa antes, siempre llena de quietudes apacibles y de calmas austeras, se hizo el teatro de querellas ruidosas y discusiones interminables; el tranquilo y tierno poema de fraternidad abnegada y maternal, se convirtió en un drama obscuro y tempestuoso, en una tragedia en que la fatalidad pesaba como una montaña sobre esas pobres almas torturadas, como en la inclemencia de una creación de Esquilo;

el hermano, espiaba a la hermana, la denunciaba, la irrespetaba...

ella defendía su amor vehemente y rabiosa, amargamente sorprendida ante la inusitada actitud de aquel que era como su hijo, y que un viento de injusticia alzaba hoy ante ella, como un juez y como un verdugo, y las querellas se agriaban, llegando hasta el escándalo.

Ettore Dalzio, no vaciló en pedir el apoyo de su padre, suplicando enviase a Eleonora a Verona, y el de su vieja tía, pidiéndole llamara a su hermana a su lado; el padre sediento de paz, quiso imponer el viaje a su hija; la tía alarmada y cautelosa la llamó fingiéndose enferma; todo fué en vano; Eleonora no partió; ante su voluntad inflexible, el padre cedió; la tía se redujo al silencio; sólo Ettore Dalzio no se desarmó: fué implacable; la escena que tuvo lugar el día de aquella rehusa, fué tan violenta, que el Coronel Dalzio, tuvo que imponerse a su hijo, pronto a levantar la mano contra la hermana rebelde a partir:

—Lo que Ettore hace — me decía ella, pocas tardes después, en horas de tristeza y confidencia—, me parte el corazón; hay algo en su joven existencia, en el ardor inmoderado de sus actos, algo superior a su voluntad, que lo tortura y nos tortura...

en sus ojos límpidos, que el dolor no había nu-

blado nunca, yo veo pasar ráfagas desconocidas, extrañas cosas, como si del fondo de su alma se levantase un vaho malo, que todo lo obscureciera y lo nublara todo; ya no es aquella suave y dulce melancolía de sus visiones artísticas, exaltadas por los más altos sueños de Belleza Ideal, lo que brilla en ellos; no; sus actos dolorosos y brutales tienen algo de fatalidad, algo inconsciente que tiembla en su alma enloquecida y en sus carnes martirizadas; es necesario haberlo visto, como lo he visto yo, después de una de aquellas escenas inmotivadas y terribles, en que todo lo acre de su sangre le había subido al cerebro y a los labios en ideas horribles y en palabras crueles, venir hacia mí, como tomado de espanto ante su acción mala, los ojos clarividentes y tristes llenos aún de lágrimas amargas, los labios insultadores donde había muerto la palabra agresiva, dulcificados por una triste sonrisa imploradora, tomar mi mano, nerviosa, brutalmente entre las suyas y cubrirme de besos, gritando con su antigua voz de niño.

—Perdón, *Nora*, perdón; sufro enormemente; ¿no ves cómo sufro? y llorar amargamente, desoladamente, como un lobezno perdido en la noche, en medio de un desierto;

y, al encanto de mis palabras, que obran sobre él como un sortilegio, abrumado, como arrepentido, cierra los ojos, oculta la cabeza en mi regazo y solloza amargamente;

de súbito, como si algo más fuerte que su corazón palpitase en él; como si algo de irremediable y tenebroso se alzara en el fondo de su ser, y una obsesión aislada y terrible volviera a poseerlo azotándolo con todas las realidades crueles de la vida, sus ojos se abren desmesuradamente, tiembla todo, como sacudido por una tempestad de dolores, y ciñendo mi talle, trayendo mi rostro contra

el suyo, mirándome en los ojos tenazmente, me grita :

—Pero, ¿tú lo amas? ¡ Nora ! ¡ Nora ! dime que no lo amas ;

y, como tomado del irascible furor de la locura, crujiendo los dientes, en una exasperación que lo hace rígido, me grita :

—Tú no serás de él ; tú no serás de él mientras yo viva...

¡ Oh ! nunca olvidaré cómo una noche, después de una de esas escenas de violencia y de acalmía sucesivas, después de haber gemido sobre mi seno, me seguía de rodillas por el salón obscuro gritándome :

—Nora, Nora, júrame que no lo amas ; Nora, no le hagas mal, tú le serás fatal ; tú serás su perdición ; Nora, apártate de su camino ; por él, por mí ; Nora, huye de su amor...

y, gemía lamentablemente, tendiendo los brazos imploradores hacia mí ;

y, la tristeza de todas las cosas irremediables parecía pasar en su voz, que sonaba en el silencio como la admonición terrible de un presagio ; ¡ oh, estas escenas me hacen mucho mal ! su angustia traspasa mi corazón como una espada ; ¿por qué nuestro amor lo desespera? ¿por qué?

amargo como una ola, un presentimiento de angustia me sube al corazón...

eso decía Eleonora, refugiándose en mi pecho, como para protegerse contra la visión fatal ;

y, yo no osaba disipar aquella nube de angustia que también ganaba mi alma...

y, quedábamos absortos, pensativos, aterrados, como si los gemidos desgarradores de Ettore Dalzio, llegaran hasta nosotros, llenando nuestro corazón ;

y parecía que aquellos sollozos, sollozaban en nosotros, la miseria de las cosas irremediables ;

sentíamos el espanto ganar nuestros corazones, que temblaban ante las fuerzas ciegas e irresistibles de la vida, alzadas ante nosotros en la visión atormentada del Dolor irremediable ;

y sollozábamos también ; profundamente desgarrados el uno y el otro, como deseando oír en el silencio una palabra distinta de la nuestra, algo que vibrase y que brillase, prendiendo una luz sobre nuestras almas unidas en un terror de naufragios ;

la tristeza es el lote del amor, tan pobremente, tan miserablemente humano.

*

Y, ella vino;

y, ella llegó, ofreciendo a mis ojos deslumbrados el esplendor de su belleza inefable, santificando con su presencia tanta cosa esparcida en torno suyo, como un homenaje de admiración mudo y sincero, que le cantaba estrofas inmortales, en las corolas de las flores, donde yo había puesto mi alma;

¡oh los días de ventura inenarrable, aquellos en que llenó con su hermosura, como una gran sinfonía de luz y de colores, el recinto de mi *atelier* antes lleno de soledades insondables!

Ettore Dalzio, no asistió a ninguna de las sesiones que su hermana quiso darme, y donna Anna que la acompañaba, se dormía sonriente, entre los *bibelots* y los geranios a la sombra amable y discreta de los biombos japoneses;

horas de vida intensa, aquellas en que ya terminada la sesión de *pose*, me acercaba a ella, con una emoción de amor en los ojos y en los labios, reveladora de la exaltación magnífica de mi alma;

hablábamos allí, tiernamente, confiadamente, entre las tapicerías multicolores, cerca a las siluetas esbeltas de los dioses, bajo el palio de las grandes parásitas, y las flores opulentas que guardaban el secreto de nuestros diálogos, en los cuales,

nuestras almas se abrían, ellas también pobres flores desoladas, en la calma lenitiva de la gran quietud ambiente ;

la tristeza que abrumaba nuestros pensamientos, se evaporaba al rayo de luz que ponía en nuestros corazones las palabras consolatrices de nuestro amor, y a los himnos purificadores que dejábamos salir de nuestros labios, como grandes fuentes lustrales, echadas a correr y a murmurar por los jardines entenebrecidos de nuestros grandes sueños románticos ;

ella y yo rememorábamos nuestros antiguos sufrimientos, nuestras actuales tristezas, la pasada inutilidad de nuestras vidas dolorosas y estériles... y, las cenizas de nuestros recuerdos llenaban la urna de las melancolías, como una lenta lluvia de cenizas... y bendecíamos la hora, en que nuestro amor había aparecido, como un sol sobre tanta miseria ;

y, en el semisilencio de la estancia, parecía que cantos lánguidos de ventura subiesen hasta nosotros, como epitalamios misteriosos de los jardines en delirio, aguijoneados por el beso de fuego del estío...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

A la magia de mis pinceles, reproductores de la Belleza intangible, la figura de Eleonora Dalzio, surgía en una evocación de colores, de la tela consagrada por la caricia tierna de aquel reflejo de carnes lunares, y el estremecimiento oceánico, negro y profundo, de las sombras en que flotaba la gran cabellera vertiginosa ;

pronto se grabaron en el lienzo la palidez intensa, enigmática del rostro imperioso, sobre cuya albura astral, como dos pozos profundos abiertos en

una estepa, como dos grandes buitres prisioneros de la nieve, se abrían los ojos negros, insondables, misteriosos, ojos de óvalo extraño, que proyectaban sobre el rostro todo, una sombra, una caricia; un vago y hondo estremecimiento de crepúsculo polar; como una luna en menguante sobre la mar helada, la frente estrecha y tersa se alzaba, visible apenas bajo la cabellera tenebrosa, como nimbada de mirtos ideales, ornada de camafeos, como una cabeza de Cleopatra, de la más pura iconografía; la boca larga, sinuosa, elocuente de voluptuosidad, parecía temblar bajo una emoción enamorada y vehemente, que acrecía el bermellón de su grande arco sangriento; la garganta y el seno, descendían perfectos, estatuarios, como un bloque impoluto, hasta la línea en que el azul pálido del traje, ocultaba los dos tulipanes blancos y rojos de sus pechos, sobre los cuales, un gran ramo de nardos, se extendía como una lluvia de pétalos de plata y se evaporaban en los reflejos de las gasas flotantes, con el blanco argentado de una grande alga marina.

Eleonora Dalzio, se complacía en ver surgir de los limbos del arte, la evocación de su belleza maravillosa, el esplendor irresistible y violento de su carne divina;

su orgullo mismo, rendía homenaje a su hermosura trágica y real, y acariciaba con sus ojos de tinieblas, las claridades radiosas, de donde emergía como un astro, la condensación tangible de su Belleza, en un acto impecable de perfección, en la serenidad extática de su busto de Virgen Triunfadora;

y, volvía hacia mí la magia nocturnal de sus miradas, y con el gesto domador que rinde y que acaricia, parecía agradecerme con sus ojos, que eran como lánguidas llamas voraces, y en un encanto de altivez vencida, me ofrecía la magnificencia

de sus labios, donde como una rosa de eternal misterio, despuntaba el beso, en la lividez angustiosa de la gran letargía crepuscular...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Y, cuando ella había partido, yo quedaba como absorto en la contemplación de su Belleza ya ida, recogiendo las rosas que habían quedado sobre el piano, los pétalos de otras que había desflorado con su mano, los cojines donde había quedado impresa la curva de su brazo o las formas de su cuerpo, aspirando el perfume incitante que había dejado como un reguero de aromas, en todo el *atelier*, que parecía estremecido aún de su presencia, como una mar donde perdura el resplandor de una estrella ;

una atmósfera de cosas tiernas, como abandonadas por ella, me envolvía, me acariciaba en la sombra florecida de recuerdos, en la cual, como ramas desmesuradas de árboles amenazantes, tendidas hacia mí para estrangular mis sueños, los presentimientos me asediaban, me torturaban, y levantaban en mi cerebro un tropel de ideas negras, que como un vuelo silencioso de pájaros deformes, pasaban sembrando la simiente y el olor de la Muerte en la gran selva nocturna ;

una de aquellas tardes, en que me había entretenido más de lo ordinario, en la contemplación del retrato de Eleonora Dalzio, que irradiaba con blancuras luminosas en la penumbra, donde apenas gemía el soplo del crepúsculo, que barría sobre la terraza abierta, la frágil dulzura de las hojas muertas, Ettore Dalzio, entró de súbito, y avanzó vacilando en la grande obscuridad, orientándose por el débil rayo de luz estelar que entraba proyectando sobre el suelo las ramazones sombrías de los árboles del jardín ;

no tuve tiempo de cubrir como hacía todas las noches, el retrato de Eleonora, y temeroso de que tropezara con él, le hablé ;

tembló al eco de mi voz, que sonó extraña en la calma triste de la hora, y el gran silencio crepuscular que todo lo envolvía :

—¿Sois vos?—me dijo, quedando inmóvil bajo el reflejo de los ramajes, proyectados sobre él, diseñando su silueta grácil en la luz difusa, sobre la línea pálida del horizonte, donde había muerto el día lentamente, con raras fosforescencias de mar ecuatorial ;

le supliqué que hiciera luz, y ante su inmovilidad y su mudez persistentes, me levanté y moví el botón de la luz eléctrica ;

la onda blanca y azulosa de los focos que pendían del techo, se esparció como una aurora de nieve devorando la sombra, envolviéndolo todo en el ritmo lento de sus ondas de ópalo, que tenían estremecimientos de una gran lira vibrante ;

y, en la inmensa claridad, el retrato de Eleonora Dalzio, surgió de las tinieblas, con sus blancuras astrales, como un pálido sol sobre mares amatistas ;

cual si la visión de aquel cuadro le hubiese reventado las pupilas, Ettore Dalzio, llevó sus manos a los ojos y se cubrió el rostro todo, en una crispatura violenta, lanzando un grito inarticulado como un rugido de pantera estrangulada ;

y de súbito, con un salto de fiera, fué sobre el retrato, hundió las manos en la tela, lo desgarró en jirones y lo tiró al suelo con el gesto de la más implacable cólera ;

no tuve tiempo de oponerme a ese destrozo ;

cuando fuí hacia él para impedirlo, era ya tarde ;

al sentirme aproximar, Ettore Dalzio, con un gesto salvaje, de bestia herida, pronta a la revan-

cha, los ojos fulminadores, los labios convulsos, los dientes apretados, tendió a mí las manos crispadas como para estrangularme ;

yo, retrocedí, asombrado, ante aquel espectro de la locura que aparecía así, tendiéndome los brazos, como dos grandes alas, aprisionadoras y trágicas ;

seguro de mi poder de sugestión, real y efectivo, sobre aquella alma en demencia, le grité :

—Ettore, Ettore ;

como si mi voz viniera de una gran lejanía, despertando su razón, quedó inmóvil, los ojos cerrados en un esfuerzo visible por serenarse y dominarse ;

poco a poco, ese viento de locura fué extinguiéndose en los ojos asombrados, como un huracán vencido en una selva autumnal, sobre su intensa palidez, se destendió la rigidez de los labios, el aire de ferocidad salvaje se disipó como la última nube de una tormenta de verano, una seriedad dolorosa se extendió sobre su rostro, y una gran confusión, una gran tristeza se posaron en él ;

ninguno de los dos hablamos ;

al fin, él fué el primero, que tendiéndome las manos me dijo :

—Flavio, perdónadme ; esto es superior a mí ; ¿por qué condenarme a este suplicio?

esto es como obligarme a ver violar mi madre, Flavio, tened piedad de mí, tened piedad de ella ; no la profanéis, no la toquéis ; dejad que la vida pase sobre ella como la caricia del sol sobre una nieve inmaculada ; ella es pura, la virtud se alza de su corazón como el humo de un holocausto ; no disipéis ese humo ; no os acerquéis, Flavio ; no estranguléis mi ventura ; ¿no veis que ella es todo para mí en la tierra? ; ella y vos ; ella es mi madre y es mi hermana ; yo la amo con todos los

candores y todos los respetos de la vida; ella reune para mí todas las bellezas y todas las bondades de la tierra; todos los sueños de mi vida duermen en sus ojos; todas las armonías de la Naturaleza suenan como una música eterna, entre sus labios divinos; mi alma florece en su alma como una primavera; ella ha sido la semilla y el sol de mi espíritu; cuando ella se inclina sobre mí para besarme, en su beso maternal aspiro la fuente de la ventura inagotable; sus labios no son para mí labios de mujer, son los labios de la eterna dicha, que me besan; en ellos reside todo el amor de la vida para mí; ¡oh mi hermana! ¡oh mi hermana!...

y, temblaba, bajo el imperio de una sensación extraña;

y, acercándose a mí, suplicante y delirante, me decía con un acento desgarrador en la voz, y un resplandor de indefinible angustia en la mirada:

—Oíd, Flavio; amarla es a mis ojos una profanación; desearla es una mancilla; el deseo es una violación; no seáis implacable, Flavio: ¿qué se ha hecho la bondad fraternal de vuestro corazón? ¿no veis cómo engrandece mi dolor, cual una tempestad en el vientre de la noche? ¿no me veis sufrir como un torturado en las tinieblas, bajo el poder de cosas horribles, innombrables y desoladoras? la conspiración de cosas excepcionales de la vida, me acosa y me estrangula; ¿quién es la causa de tanta miseria? ¿quién me hiere? ¿quién me mata? ella la santa, la bendita, la adorada, ella, la madre virgen de mi corazón... y vos, vos, Flavio, a quien he amado más después de ella, a quien he amado con lo que me quedaba de vida, en el vuelo impetuoso de mi admiración; he ahí los dos polos en que se apoyaba mi vida, que me faltan

de súbito, que me huyen, que se conjuran contra mí, para precipitarme en el vacío...

ella me falta, sí, porque ella os ama y va hacia vos arrastrada por la pasión como una hoja por un viento impetuoso; habéis despertado cuanto había de humano, de innoble y de terrificante, en esa alma que dormía tranquila a la sombra de los huracanes de la vida; habéis despertado su carne, que grita ya como una loba en desolación; el frenesí doloroso y terrible del amor, ha entrado en ella; yo lo siento, yo lo palpo, yo lo veo en su faz de pesadumbre, en sus ojos ardidos, en los estremecimientos de su voz, donde palpitan y tiemblan inmensas cosas indecibles; yo la veo impetuosa y vencida ir hacia vos; apartaos, Flavio, apartaos de su camino; no me robéis el sol; dejadme el derecho de vivir... no me forcéis a conquistarlo... eso sería horrible... yo veo rojo, rojo por todas partes... en mis sueños, en mis vigilias, no veo sino esa línea roja, que me limita el horizonte... todos mis sueños, se ahogan en esa ola purpúrea, como rosas blancas en una ánfora de sangre;

inclinó la cabeza sobre su pecho, tendió las manos inertes, y quedó como vencido por la emoción interior que lo rompía;

un silencio fúnebre llenaba la estancia, donde se agrupaban las cosas que parecían evaporadas; la luna brillaba afuera, sobre la bruma silenciosa, como sobre un lago estigio; y, las estrellas titilaban sobre ese mar solitario, donde parecía oírse palpitar el inasible corazón de lo Infinito;

y, callábamos los dos, los ojos fijos en el lejano horizonte, como temerosos de volverlos sobre la infinita miseria de nuestras almas;

en ese silencio angustioso, la lividez de Ettore Dalzio, se hacía cadavérica;

¿por qué extraña sensación de pavor, me pareció hallarme en presencia de un muerto que hubiera sucumbido por mi mano?

presa de un terror irracional, me pesaba ese silencio y estaba pronto a romperlo, cuando sentí que Ettore, buscó en la sombra mi mano y la llevó a sus labios ;

la sentí bañada de lágrimas, y la retiré bruscamente ;

avanzó hacia mí, cuasi espectral como en un horizonte de cenizas crepusculares y me dijo con una angustia incontenible :

—Flavio, Flavio, perdonadme :

—Basta—le dije yo entonces— ; tu conducta es innoble ; abusas lamentablemente de mi hospitalidad y de mi generosidad ; te comportas en mi casa como un canalla, y fuera de ella como un miserable ; me hostilizas y me fatigas ; yo no quiero tolerarte más ; es tiempo de acabar con esto ; tu presencia me enerva y me disgusta ; tu compañía me es odiosa ; yo no quiero verte más ; Ettore Dalzio, yo no soy ya tu Maestro, ni tu amigo ; mi casa no será más la tuya, las puertas están abiertas para irte ; yo te expulso ; vete—y con un gesto decidido extendí mi mano, mostrándole la puerta del taller ;

como si hubiese recibido un golpe de maza en la cabeza, asombrado, vacilante, como un hombre que teme entrar en el delirio, con una voz de desesperación cuasi violenta, me dijo :

—¡ Flavio ! ¡ Flavio ! ¿qué decís? ¿me echáis? ¿me arrojáis a la calle? ¿vos que sois todo para mí, todo después de ella?

—Sí.

—No, Flavio, no me arrojéis de vuestro lado ; perdonadme :

—Vete.

—Tened piedad del mal que sufro ; no me arrojéis así.

—Vete.

—Solo estaba cuando vine a vos ; yo no quiero quedar solo ; no me arrojéis así en las tinieblas, roto bajo el horror de mi destino...

¡ Flavio, Flavio ! no me abandonéis ;

y, acariciando mi mano que había tomado de nuevo, el pobre niño se arrastraba casi a mis plantas, gritándome :

—¡ Perdonadme, perdonadme ! no me arrojéis así a la muerte ;

enervado, enfurecido con esa insistencia, me aparté, gritándole indignado :

—Basta, basta, vete ;

se alzó rígido, sombrío, como bajo el peso de una maldición ; anduvo como un somnámbulo por el salón silencioso ; se detuvo un momento frente a mí y anonadado, estupefacto murmuró :

—Está bien ; matar o morir, es mi destino ; sea ;

se irguió cuan alto era, en la penumbra, donde temblaron los reflejos de oro de su cabellera, y sin mirarme siquiera abandonó lentamente el salón ;

yo, lo seguí con la vista ; no se volvió una vez siquiera hasta que la puerta se cerró tras de él, como la losa de una cripta ;

poco después, oí sus pasos en la calle ;

y, aproximándome a la ventana, lo vi alejarse y perderse en la gran noche calmada, pensativo, inclinado, como si siguiese las huellas de su propia sombra ;

y, la máxima del Maestro : *el hombre, es contra los hombres*, repercutió en mi corazón...

*

Cuando quedé solo, sentí un grande alivio;

la presencia de aquel niño tierno, colérico y celoso, me enervaba hasta la desesperación;

su neurosis me contagiaba;

era algo que me enfermaba y me estorbaba, era necesario, pues, suprimirlo de mi vista;

la cualidad distintiva de mi carácter ha sido lo que yo llamo: la persistencia en la orientación;

yo voy derecho a un fin, y todo lo que me estorba tiende a ser suprimido por mí;

los escollos me encolerizan sin aterrarme y me encarnizo contra ellos con la furiosa persistencia de las olas;

o me rompen o los rompo; tal es mi dilema;

he ahí por qué ver desaparecer a Ettore Dalzio, roto y vencido por mí, me fué causa de una gran ventura;

yo no sé tener piedad para lo que me daña; cuanto anula o perturba mi vida, me es intolerablemente odioso, absolutamente incompatible con mi existencia;

suprimirlo, es mi primer pensamiento, y mi primer deber;

el egoísmo, que es el fondo exultante y exaltante de mi personalidad, es el que me ha salvado del

crimen, en esas crisis agudas de coraje contra lo que me oprime ;

¿por qué no ahogué entre mis brazos, o arrojé por la ventana a Manlio, a mi hijo, el día que vino a pesar sobre mi vida como una carga, y como un estorbo? por egoísmo, es decir por miedo a perder mi tranquilidad, mi reputación y hasta mi vida ;

he ahí por qué no maté a Ettore Dalzio, sobre el retrato desgarrado de su hermana ;

si me hubiese sido dado hacerlo desaparecer sin responsabilidad ninguna de mi parte, todo lo habría hecho para hundirlo en la muerte ; si en ese momento me hubiesen pedido la mitad de mi fortuna, por hacerlo desaparecer, yo la habría dado gozoso ; tal es el fondo, de fría, implacable ferocidad que hay en mi alma ;

¿cuáles causas generatrices, han podido formar en mí, esta masa rocallosa, allí donde otros tienen esa víscera sensible y cómica, el corazón? ¿la herencia? ; tal vez ; mi padre no era un tierno para sus arrendatarios, nunca lo vi conmoverse con la miseria exorbitante de su suerte ;

un peón, un arrendatario, eran para él, una bestia de carga, una cosa explotable y despreciable, un instrumento de riqueza y de labor ; si eso pensaba él, más cerca de la civilización, ¿qué pensaría y cómo obrarían los abuelos, esos bellos especímenes de animalidad, apenas separados por una línea imperceptible, de ese rudo etalón de humanidad : el hombre primitivo?

¿el medio de ideas primordiales? ése también tendrá acaso su parte de inconsciente y tenebrosa responsabilidad ; yo engrandecí entre esos campesinos rudimentarios y feroces, colocados por sus instintos más cerca del primato que del civilizado ; y luego, esa semicivilización fragmentaria, elemen-

tal, falsa, e incompleta, que reinaba en mi país, seudo civilización que no había hecho sino añadir vicios a la barbarie, y cuyo diario espectáculo de guerras civiles, y asesinatos políticos, había sorprendido mi infancia y habituado mi adolescencia a contemplarla, ¿no tendría gran parte?

yo no lo creo, ni creo que sea bajo forma de herencia instintiva que gozo de esa atrofia feliz del corazón para todo lo que no sea el amor de la mujer, que en el fondo no es en mí, sino una grande exasperación fisiológica, una gran sensualidad ;

la prueba de que el atavismo no ha puesto nada en esta disposición de mi temperamento, podría hallarse en que yo carezco de los sentimientos, que exaltaron más las energías y agitaron más profundamente el corazón de mis abuelos : la religiosidad, el patriotismo, y el instinto familiar ;

ellos, eran fanáticos, como se es en aquellas sierras bravías, capaces de todos los heroísmos y todos los sacrificios por su Dios, del cual no sabían sino la obscura y lejana leyenda que la estulticia alzó en torno de ese mito distante y brumoso : el Galileo ;

su fanatismo político, era igual a su fanatismo religioso, irracional y violento ; por él arrojaban al viento su fortuna, y exponían su vida, el día que cualquier caudillo, prodigio de brutalidad, o cualquier papagayo forense, apóstol de idiotismo, declaraban en peligro o próximo a la victoria, ese amas de ambiciones, de deslealtades y de crímenes, que ellos llamaban su partido ;

y, el predio familiar era una fortaleza, en la cual reinaban y morían como amos absolutos, como jefes de *clan* cuya voluntad omnipotente hacía doblar todas las cabezas, y plegar todas las voluntades ; y amaban su familia como a su pro-

piedad, con un instinto ciego de codicia y de dominio ;

por su Dios, por su Patria, por su Hogar, tal era su divisa ;

yo, carezco por completo de esos tres instintos ; yo no creo en Dios, en la Patria, ni en la Familia ;

esas tres fuentes de explotación no agotan el caudal de mi alma ; Dios, es para mí una palabra nula ; la Patria, una palabra cruel ; la Familia, una palabra sentimental ; ninguna de esas tres entelequias, mitos acaparadores, esclavizadores, y sangrientos, es una realidad a mis ojos ; ninguna de ellas, me tienta al sacrificio ; convencionalismos fatales, hechos para explotar la energía individual, en beneficio de la colectividad, haciendo desaparecer el hombre en los hombres, sumando y destruyendo la base de toda energía, el Individuo, para enriquecer, engrosar y hacer triunfar ese monstruo anónimo, llamado : todos ;

¿qué os da la Religión, después de haberos pedido el sacrificio de las escasas venturas de la tierra? la promesa de los abismos hondos, ilimitados, de los cielos... y, ¿qué os ofrece por todos los sacrificios y las maceracione de la vida? la calma problemática más allá de la muerte ; el sacrificio en cambio de la Nada ;

y, la Patria, que os exige todo, ¿qué os da en cambio de vuestros sacrificios, de vuestros desvelos y aun de vuestra vida? un collar y un número para figurar en el rebaño ; os pide todo, y no os da nada ; es la más terrible expresión de la Colectividad devorando la Individualidad ;

¿y, la Familia,? cuando hayáis agotado una vida de abnegaciones y sacrificios por ella, y caigáis rendidos a la fatiga, en los brazos de la muerte, aun se creerá que no habéis hecho bastante por la ventura de aquellos que os devoraron...

los tres minotauros implacables, tienen para pagar vuestros sacrificios, esa palabra que lo borra: el Deber;

si atacado de histeria mística, os dejáis arder en una hoguera, para defender la integridad de vuestra Fe, la Religión dirá que habéis cumplido vuestro deber;

si morís en la frontera de vuestro país, defendiendo una tierra que es de todos, pero que hasta ahora han poseído los vuestros, la Patria por toda oración fúnebre, dirá que habéis cumplido vuestro deber;

morid agobiado de trabajo, agotado de privaciones, después de haber consumido una vida consagrada a la Familia, y por todo premio a vuestro sacrificio, ella dirá que habéis cumplido vuestro deber;

vivir para los otros, morir por los otros... he ahí vuestro deber...

y, sobre el grandioso horror de todos los calvarios, en lo alto de las cimas ríspidas del sacrificio, sobre los pináculos sangrientos de todas las inmolaciones, sobre las cruces solitarias donde la abnegación muere en silencio, la humanidad pone esta palabra selladora y niveladora: el Deber...

y, ella ondea como una flámula lírica y cínica, suelta a todos los vientos del espacio, sobre las cimas de todas las crucifixiones, la trágica palabra el Deber;

¡irrisoria bandera de justicia, clavada sobre el sepulcro de todas las ineptitudes de la vida!...

bajo ella se amparan los rumiantes, nostálgicos del yugo...

en cuanto a mí, yo podría ver desaparecer en un huracán de cataclismo, todas las cruces, todos los altares, todos los templos de la tierra, sin que mi corazón se conmoviera, ni mis ojos se volvieran

para mirar siquiera el polvo que levantara ese derrumbe de divinidades humilladas, desaparecidas en el crepúsculo de sus profecías, en la hora definitiva de la muerte de los dioses ;

en cuanto a mi patria, yo la vería envuelta en un huracán de conquistas, sepultada por un aluvión de razas extrañas, que mis brazos no se tenderían para defenderla, ni mi pecho le serviría de escudo ;

el fanatismo político, como todos los fanatismos, no es a mis ojos, sino una manifestación de histeria, una neurosis de degenerados ;

tengo de la política el mismo concepto que de la prostitución ; ambas son la cloaca máxima por donde corren y se desaguan los más bajos instintos de la animalidad ; sólo hay una cosa que iguala mi desdén por los políticos, y es mi odio, mi horror por las multitudes ; el pueblo, ese nuevo ídolo, que la turba policroma de los charlatanes, pretende alzar sobre cimas fantásticas de martirio, me parece el símbolo de la animalidad indolente y presuntuosa, la más baja adoración de la crápula abyecta y coronada ; la algarabía *plafonante* de los gansos libertarios, tiene el privilegio de montarme en una santa indignación ; la estirpe cacofónica y desmonetizada de los libertadores, esos *clowns* de circos sangrientos, tendrían el privilegio de mi hilaridad, si no tuvieran el de mi aversión ; esos tenores de serrallo, empenachados de elocuencias pueriles, tumificados de orgullo, grasos y blandos como una ampolla de sentimentalidad imbécil, encargados de probarnos la infecundidad milagrosa de la palabra, no tienen superior sino en los héroes del penacho, los predestinados de esa histeria ruidosa y grotesca, llamada : el heroísmo ; de los apóstoles y los héroes, haría yo una sola hecatombe, ahorcando el último libertador, con las tripas del último tribuno ;

eso por la Religión y por la Patria ; en cuanto a la Familia, yo no creo que haya lazos de familia ; no hay sino, *hábitos* de familia ; todo eso de leyes de la naturaleza y voces de la sangre, es el viejo fárrago de la hojosa jerigonza primitiva, los gritos de la colectividad animal, clamando en el vacío sus dogmas claudicantes ;

yo no he tenido hermanos, no puedo saber lo que es la fraternidad ;

por mi padre tengo una deferencia respetuosa, pero nuestras almas, muy distantes, ni se engañan ni se aproximan ;

sólo mi madre florece en mi alma y se arraiga en mi corazón, como el cinamomo que impregna de su esencia un sarcófago, como una flor eternamente abierta y renovada, entre las grietas de un muro en ruina ;

de todos los sentimientos, no hay a mis ojos, lógico, imperecedero y verdadero, sino el Amor ; pero el amor tal como yo lo concibo y lo siento, el amor de los sentidos, es decir : la sexualidad ;

el amor cerebral, no es sino la sexualidad consciente, refinada y reflexiva ; el amor sentimental, es una aberración, cuando no una monstruosidad ; la ley suprema del amor, es el Instinto ;

el sexo es todo el amor, fuera de él no hay sino la extravagancia, la perversión y lo monstruoso ;

el deseo es el alma del amor ;

así amo yo ; es la exasperación de mi deseo sexual, lo que forma el fondo de mi amor ;

así he amado siempre ;

así amo ahora a Eleonora Dalzio ;

así, en una crisis de fiebre animal indomable, en una desesperación del instinto, que me llevaría a las peores extravagancias y aun a los peores crímenes ;

y, es ese instinto dominador, cuasi salvaje, lo

que me hace odiar con furor, todo lo que se opone entre el objeto amado y yo ; la furia del león contra aquel que le disputa los flancos dorados de la leona y no su corazón ;

he ahí, por qué odio a Ettore Dalzio, por qué lo he arrojado lejos de mí, por qué anhelo destruirlo, por qué daría la mitad de mi vida por desaparecerlo ; sí, porque él ha osado alzarse como un obstáculo frente a mi deseo, ponerse entre el cuerpo de Eleonora Dalzio y yo ; sí, porque yo no deseo sino ese cuerpo ; ese cuerpo es mi adoración, es mi pasión vehemente, insatisfecha y tenaz ;

¿por qué ocultarlo? ¿por qué?

tratándose del amor, no hay instintos inferiores ; no hay sino el instinto ; no hay bajas pasiones ; no hay sino la pasión ;

todo lo que tiende a espiritualizar el amor, no hace sino deformarlo ;

todo el amor, es una sed de posesión ;

el *acto ;* he ahí el principio y el fin del amor, el amor mismo ;

así amo yo a Eleonora Dalzio ;

y, ella ¿me ama? sí lo creo ; y me ama en el sentido en que yo pido y quiero ser amado ; Eleonora Dalzio, es ante todo un temperamento ;

lo dice bien la palidez intensa de su rostro, el rojo sangriento de sus labios, tan rojos que semejan una herida, y el resplandor velado y terrible de sus ojos, esos ojos cuasi serenos a fuerza de ocultar su propio fuego ; yo siento que ella viene hacia mí, como un coleóptero hacia la llama que lo fascina y ha de consumirlo ; se tiende hacia mi pasión como un labio reseco hacia la gota de agua, como la playa árida hacia el tumulto del río que corre en el silencio ; su pasión es hecha de las esterilidades ardientes y terribles de su vida ; el sacrificio de su juventud le pesa ya como un fardo, y

quiere arrojarlo ; siente la inutilidad de su castidad ; viene hacia el amor, como una loba hacia la fuente... ; es la hora crepuscular ; la hora en que los leones beben... ; la caricia de la noche vecina, enerva su alma ; es la hora definitiva y todo tiembla en ella, como las flores de un jardín, en la agonía del otoño ; es para ella la hora de la tarde, la hora en que las estrellas palidecen, y Venus brilla como un ópalo intermitente en los cielos desolados ;

¡ la hora del Amor !

¿y, yo la amo? la amo, sí, puesto que la deseo ;

la amo con todas las fuerzas exasperadas del instinto, con todas las locuras terribles de mi sexualidad en celo ;

amo su belleza material, vibrante como un himno, incitante como un perfume de serrallo ;

amo su cabellera tenebrosa, que cae sobre su cuerpo como una clámide de sombras, robándolo a la luz, y hace un manto de azul mercurial sobre el mármol de sus hombros ;

amo su frente tersa, como un broche de ágata, en un infinito de tinieblas ;

amo su boca sensual, que parece una gran desgarradura sangrienta, en los flancos de una gacela blanca ;

amo su cuerpo todo, su gran cuerpo felino y escultural, que exaspera mi deseo ;

y, es a causa de ese amor, que odio a Ettore Dalzio ;

es a causa de ese amor, que lo odio hasta la muerte ;

y, es la ferocidad de ese odio, la que hace que de las lágrimas de aquel niño, no me haya quedado sino un recuerdo enojoso, y un sentimiento de liberación definitiva ;

todo ese tiempo pasado, de compañerismo, de

fraternidad artística, cuasi de cariño paternal, se ha borrado como si no hubiese existido ;

yo mismo me sorprendo, de no haber tenido una fibra sensible, un movimiento de piedad, para aquel dolor que se arrastraba de rodillas ante mí, ni un recuerdo grato para la adoración de aquella alma, que me había amado casi hasta el éxtasis... nada encontré en mi corazón, ante aquel sentimiento tan sincero que yo arrojaba voluntario fuera de mi casa, y de mi vida ; nada, ni siquiera esa vaga tristeza, esa impresión de soledad, que sucede en otros a la muerte o la ruptura de un afecto ;

así es mi corazón ;

todas las formas de los afectos se proyectan en él, pero no se graban ; pasan... pasan... lejos, acariciándolo con su sombra, y se borran después... así como el vuelo blanco de una bandada de garzas en las aguas de un estero, como nubes vagabundas del cielo sobre las espumas de un torrente : una forma, un reflejo... después, la lejanía, la disolución, la desaparición... nada... ;

yo no sé del culto del recuerdo ; esa tortura me es desconocida ; mi espíritu no puede vivir en el pasado... el pasado es un muerto ;

¿cómo abrazarse a un cadáver para vivir así? el abrazo de la muerte mata ; la asfixia sube del pasado, como la sombra de un pozo profundo ; su aliento es intolerable y fatal ; yo, no sé de esta necrofilia extraña ; yo no dialogo con la sombra ; lo que fué, fué, y no será ;

¿a qué pues encariñarse a él? ¿por qué el culto de las cosas muertas? el pasado es la muerte ; la muerte es muda y es estéril ; ella es incapaz de darnos un átomo de placer ; ¿para qué entonces cultivar su amor? el placer es el objetivo de la vida ; vivir la vida ; gozar de la hora presente, he

ahí el consejo del sabio; amar mientras el amor sea un placer; arrojar el amor fuera de sí, desde que se hace un tormento o un recuerdo;

yo no he comprendido nunca estos eremitas de la histeria, enterrados así, voluntariamente, entre las ruinas de su propio corazón; ¡ sepultureros piadosos, cultivadores de cenizas! el culto de los recuerdos, une lo inútil a lo grotesco; esa prolongación de las cosas muertas, me parece algo así, como la petrificación de los cadáveres: una momificación cruel;

vivir con el recuerdo de una gran pasión, es como viajar con el cadáver de un ser querido: una profanación mala y pueril, un sacrilegio estéril y dañoso; hay que dejar dormir los muertos... lo que muere se entierra: seres y sentimientos... y, no se evocan jamás;

la tierra y el olvido: he ahí el único homenaje digno de la vida hacia la muerte... el olvido es el puñado de tierra que arrojamos al pasado; hay en el olvido una insondable dulzura, que embellece la vida, y magnifica la muerte, como un sol caído tras de montañas infinitas;

el olvido es una gran pasión y una consolación terrible;

el olvido es la defensa y el poder de una alma fuerte; y el olvido está en mí;

¿es esto un bien? ¿es un mal?

el bien... el mal... ¿es que existen? bien y mal: sinónimos de nada; palabras, formas vagas, apariencias de cosas...

la vida es una ilusión, como Dios, como la Verdad, como el Error...

nada existe;

todo es un miraje temblando en lo Infinito;

y, así es mi corazón, como un miraje;

¿por qué?

yo no me he detenido nunca en el análisis de mi propio corazón ;

soy así y gozo con ser así ;

no pudiendo hacerme otra alma, sigo los impulsos de la mía, feliz de obedecerla ;

la vida es una caza a la ventura, y yo vivo mi vida ;

y, es a causa de este amor a la ventura, que odio a Ettore Dalzio : porque se interpone entre ella y yo... ; he ahí por qué lo odio hasta la muerte ;

el gran soplo de ternura que de su corazón sale para mí, me irrita y me exaspera ;

¿qué puede importarme la expresión cruel de su dolor, lleno de una melancolía viril, que me pide piedad? ¿qué?

¿qué culpa tengo yo, de que ese niño prodigioso y raro, se empeñe en vivir fuera de la realidad y fuera de la vida? ¿por qué he de ser yo el juguete de sus sueños?

¿por qué?

y, una grande, inconmensurable alegría, me venía de ver que había partido, de pensar que ya no volvería, que sus ojos tiernos, inquisidores y visionarios no se fijarían más en mí, con la cuasi inmovilidad de una águila que otea la presa... ya su silencio, lleno de cosas amargas no se alzaría ante mí, como un muro minado y lleno de asechanzas... ya no sentiría más el horror de su presencia cerca de mí ; ya no lo vería más... ya estaba lejos... lejos de mi casa, lejos de mi vida...

a esta sola idea un gran bienestar me vino, y me dormí tranquilamente con la satisfacción radiosa de aquellos que han vencido ;

¡ oh, qué triste debe ser la vida de aquellos que tienen corazón, y sienten dentro de la crisálida de arcilla, el grito miserable de la bestia !

***

Lo primero que vino a despertarme al día siguiente, fué un despacho telefónico de Eleonora Dalzio; preguntándome si Ettore, había dormido en casa mía, pues no había entrado a la suya;

le respondí, diciéndole que no, y volví a dormirme, seguro de que el *hermano terrible*, como lo llamaba yo, habría ido a consolarse de su expulsión, en los brazos de Julia Nonci, la linda modelo, que últimamente le otorgaba sus favores;

poco antes del mediodía, una carta de Eleonora Dalzio, vino a despertarme nuevamente; en ella, me preguntaba por su hermano, llena de una alarma justificada, pues era la primera vez que Ettore Dalzio no entraba en la noche a su casa;

víctima de una angustia cruel y de tristes presentimientos, como poseída de un terror ciego, tomada por el presagio de un desastre, temblando ante las implacables fatalidades de la vida, la hermana me abjuraba ir en busca del hermano, y su súplica era como un grito de naufragio, que con-

vulsionaba todo su ser moral y revelaba como en un sollozo, la indecible, la inagotable ternura de su corazón, por el adolescente infortunado;

la más ciega cólera, los más brutales celos se apoderaron de mi ánimo, a la lectura de aquella carta;

¡ah, su corazón no era enteramente mío! ¿tenía aún tiempo de pensar en otros, de angustiarse por otros, de sufrir y de llorar por algo que no era nuestro amor?... y, entonces mi odio a Ettore Dalzio, creció hasta lo imposible;

y, un gran rayo de alegría me inundó el alma, pensando que se hubiese ido, que hubiese desaparecido, que no volviese jamás...

y, ¿si hubiese muerto? ¿si hubiese buscado en el suicidio un alivio a su inquietud?

a esa sola idea temblé de placer, de un placer enorme, de un gran placer feroz;

la idea de que Ettore Dalzio, pudiera haberse suicidado, me llenó de tal contento, de tal inmensa alegría, que salté del lecho tarareando el refrán de una canción, cosa inusitada en mí, y reveladora de un estado de ánimo cercano a la ventura;

y, pensé con insistencia en esa hipótesis, muy admisible desde luego; ¿qué de extraño tendría que aquella naturaleza emotiva e impresionable, dada a las más peligrosas delicuescencias sentimentales, a la manía analítica de la autopsicología y el autoexamen maleable de sus propias sensaciones, entregado a las más raras funciones de su sentimentalidad mórbida, siempre a caza de emociones raras, y desconocidas en el dominio psíquico y sensorial, viviendo siempre fuera de la realidad, y rebelde a entrar en ella, anonadado ante el desastre definitivo de todas sus afecciones, hubiera buscado en la muerte el último consuelo y la solución definitiva?

y, me parecía ver la alta silueta, el paso lento y grave de Ettore Dalzio, abandonando el taller y perdiéndose en la noche, como una visión de adiós, con un gesto definitivo de desesperanza y vencimiento, como un vuelo de mansedumbre hacia la muerte...

y, a la idea de este ocaso eterno, una aurora irradiaba en mi alma...

el criado vino a anunciarme que el Coronel Dalzio deseaba verme ;

di orden de hacerlo entrar al salón y me vestí para recibirlo ;

hacía tiempo que entre el Coronel y yo, reinaba algo, que no era la antigua y admirable cordialidad de los primeros días ; el calor, la espontaneidad de nuestras relaciones, habían desaparecido ; una corrección amable y fría, una esquivez delicada, les habían sucedido ; un principio de aversión, que no quería mostrarse, algo secreto y desconocido, habían hecho cuasi hostil, al viejo veterano, antes tan alegre y decidor, de corazón abierto y franco ;

¿era trabajo de Ettore Dalzio? ¿era disgusto espontáneo del padre por la corte que yo hacía a Eleonora?

yo no podía saberlo ; esa frialdad creciente, nos había ido alejando poco a poco ; así, me fué extraño saberlo en casa ; sin embargo, salí a su encuentro con una cordialidad que no era fingida ;

el pobre padre estaba desolado ; la desaparición del hijo lo conturbaba hasta la desesperación :

—Nunca, nunca — me decía él—, Ettore había dormido fuera de casa— ; y supersticioso, como todo italiano, tenía la cabeza llena de ideas negras y de suposiciones inverosímiles :

—¡ Oh !—decía gesticulando el pobre anciano— ; a mi hijo le ha pasado algo, algo horrible ; me lo dice

el corazón ; Ettore está consumido, devastado, cuasi loco ; yo no conozco ya a mi pobre hijo ; en ciertas horas, en ciertos momentos, lo he visto espantoso ; sus ojos me han dado terror, tanto así estaban llenos de cosas horribles ; su voz me ha hecho gemir, tanto así era de lamentable ; una idea fija inexorable, atormenta su cerebro... todo en él ha cambiado, todo, todo... su ternura misma, tiene algo de inusitado y de febril ; ayer, antes de salir, me besó como nunca me había besado, cual si presintiese que una gran desgracia iba a separarlo de mí ; ¡ oh mi hijo ! ¡ mi pobre hijo !

y, el anciano calló, porque los sollozos le estrangulaban la voz en la garganta ;

yo traté de consolarle, pero cuidé bien de no relatarle la escena brutal de la noche anterior ; si Ettore Dalzio había huído o había muerto, yo no quería que Eleonora Dalzio, tuviera razón para increparme, y callé ;

salimos el padre y yo, en busca del desaparecido, recorrimos en vano todos los estudios de pintura de la *Vía Margutta*, *Vía Babuino*, y todos aquellos cercanos a *Piazza di Spagna*, y *Piazza del Popolo*, en ninguno de ellos había estado ; preguntamos a *li ciociari*, que en multitud policroma estrellaban como un mosaico, la escalinata de la *Trinitá de Monti*, y la *Barcaccia* del Bernini, no lo habían visto, y todos lo conocían, puesto que le habían servido de modelo ;

como él no bebía, no tenía hábitos de intemperancia, no era asiduo de ningún café ; solía vérsele a veces, en la terraza del *Aragno*, tomando algún refresco, o en el café *dei Greci* en *Vía Condotti*, repasando los grabados de alguna revista de Arte ; pero allí no lo habían visto tampoco ; fuimos hacia los estudios de pintores célebres, fuera de

los muros, y que él, solía frecuentar a veces, y se nos dijo que allí no había estado ;

dejando al Coronel, en un café del *Corso*, fuí a interrogar las muchachas que eran amigas de él, y, que yo sabía frecuentaba con más asiduidad ; ninguna de ellas había recibido su visita el día anterior ;

fuí entonces donde Julia Nonci, que pasaba por su amante y que gozaba en efecto de todas sus preferencias ;

la linda modelo, me recibió con una frialdad cuasi hostil, frialdad que se fundió en un llanto desesperado y una cólera terrible a la noticia de la desaparición de Ettore, a quien según ella, no había visto hacía dos días :

—Esto tenía que suceder, esto tenía que ser así — gritaba ella, con el rostro bañado en lágrimas— ; el pobre Ettore no podía continuar con esa vida que tú y su hermana le hacéis ; él, no hablaba ya sino de matarse ; ¿por qué no te ha matado? ¿por qué esa debilidad de quererte a ti que eres su verdugo? un miserable...

y, continuó una serie de denuestos que yo no me detuve a oír, lo cual puso acaso más furiosa a la bella hetaira, que abandoné sin consolar, y que me gritaba aún en la escalera las más bellas injurias de su repertorio ;

ante lo infructuoso de mis tentativas, el padre, se hundía cada vez más en las tinieblas de la suposición y el desaliento ;

yo, le infundía valor, y le prendía acá y allá, luces de esperanza, como antorchas en la noche negra ;

al fin, a las tres de la tarde, viendo que eran infructuosas todas nuestras pesquisas, resolvimos poner el asunto en conocimiento de la *Questura ;*

al saber que se trataba de un hijo del Coronel

Dalzio, toda la policía de Roma, se puso en movimiento ;

el prefecto mismo, que era, muy su amigo personal, hizo destacar parejas de carabineros a caballo, en todas direcciones, telefonó a los pueblos cercanos y dió orden de avisar por telégrafo o por teléfono, la más leve noticia que se tuviera ;

así se pasó toda la tarde, y parte de la noche, en la más desoladora angustia ;

al fin, a las doce, una llamada del teléfono nos hizo poner a todos en pie ;

la *Questura*, llamaba, para avisarnos que, al Hospital de *San Giacomo*, había sido llevado un joven a quien los guardias habían hallado muy lejos, sobre el camino de *Velletri*, privado de sentido, y como no había aún vuelto en sí, no había podido verificarse la identificación ; el joven era alto, blondo, vestía un traje gris, con abrigo claro, y llevaba en el anular derecho, una sortija, ornada de una esmeralda en cabujón ; sus ropas interiores llevaban bordadas en seda las iniciales E. D. y una corona de barón ; no había duda : era Ettore Dalzio ;

cuando llegamos al Hospital, eran las dos de la mañana ; nos habría sido imposible entrar si la autoridad no hubiese ido con nosotros ;

renuncio a describir la escena que tuvo lugar en presencia del cuerpo de Ettore Dalzio, inanimado ;

el dolor del padre y de la hermana, daba piedad ;

el joven, había sido hallado bien lejos de Roma, tendido en el suelo ; cerca de él se había recogido un frasco que según el examen había contenido estricnina ;

los médicos que habían hecho ya un lavatorio estomacal completo, no se atrevían aún a pronunciarse sobre el grado de gravedad del enfermo, has-

ta no estar seguros sobre los efectos de la absorción del tósigo y poder combatir la intoxicación.

Ettore, con una blancura de cadáver, los ojos vidriosos, los dientes apretados, como en una contorsión tetánica, estaba inmóvil, rígido ;

así duró más de doce horas, hasta que las inyecciones de los médicos, neutralizando la acción del veneno, le dieron nueva vida ;

era ya la noche del día siguiente, cuando abrió los ojos, sin conocer a nadie, sin darse cuenta de nada, sin balbucear una palabra ; atónito y mudo ;

estaba salvo, al decir de los médicos, pero era necesario ahorrarle toda emoción, dejarlo en una quietud de ánimo completa ;

se prohibió la entrada a los extraños, y sólo su padre y su hermana pudieron verlo ;

yo aproveché gozoso de esa disposición, que me libraba de la *corvée* de esa visita, que no me ocasionaba sino disgustos ;

el Coronel, y Eleonora, no me hicieron tampoco la más leve indicación para acompañarlos ; ¿por qué? ¿Ettore Dalzio había dicho en el delirio algo? ¿había contado la escena última habida entre nosotros?

no sé, pero yo veía bien que el padre se destacaba cada momento más de mí, sin ocultarme ya, un estado de ánimo que me era abiertamente hostil ;

en cuanto a Eleonora el dolor del hermano, la había absorbido tan por completo, poseía su alma de tal manera, que ni un instante se ocupó de mí, en esas horas de angustia, como si su amor hubiese sufrido una paralización, cual si un verdadero momento de amnesia pasara sobre su corazón ;

esa desesperación, esa consagración al enfermo, ese olvido de mi amor, aumentaba mi pasión por ella, y mi odio salvaje hacia Ettore Dalzio ; su do-

lor, su desastre, su sacrificio, no lograban desarmarme ; lo odiaba ahora más, por haber burlado mi alegría de creerlo muerto ;

así, aquellos días que duré sin verlo, fueron un gran regalo de ventura ;

cuando indiscreciones de la servidumbre de *San Giacomo*, me hicieron saber, que en los días de fiebre y de delirio, era a mí a quien llamaba, con gritos desesperados, tuve un verdadero movimiento de disgusto ;

y, cuando Eleonora misma, como para criticar mi ausencia, me dijo un día :

—Ettore, pregunta todos los días por ti— ; no pude contener un gesto de desdén, cuasi de cólera ;

y ella bajó la cabeza, meditabunda, triste, como si le pesara la confesión de este cariño, tan grande, sobreviviendo así, a mi desdén y aun a mi ultraje ;

días después, cuando ya Ettore, había sido trasladado a su casa, y yo ido con el único deseo de ver a Eleonora, me hallaba en el salón, ésta que había entrado un momento a ver al enfermo, salió como vencida, vino a mí con una grande expresión en los ojos, diciéndome :

—Ettore quiere verte ; ven — y, yo entré ;

el enfermo reposaba sobre las almohadas, casi tan blanco como ellas ; la enfermedad lo había adelgazado hasta hacerlo esquelético ; su palidez lo hacía espectral ; en el rostro exangüe que parecía tallado en marfil, los ojos lucían desmesurados, inabarcables, en el foco de tinieblas hondas que circuían las violetas pensativas ; la boca habitualmente triste, era inconsolable en su rictus de amarga desesperanza, de vencimiento irremediable ;

la cabellera inmensamente crecida, le caía en largos bucles sobre la frente, surcada de grandes pliegues, y sobre el cuello casi transparente, que

surgía como un tallo de flor, del azul pálido de la camisa de noche;

al verme intentó sonreírme, y me tendió sus dos manos espectrales murmurando:

—Gracias — y un rayo de ventura pareció iluminar su pobre rostro dolorido:

—Gracias—repitió, estrechando mi mano, mirándome intensa, dolorosamente, y el llanto silencioso, incontenible inundó su rostro;

después, cerró los ojos, y quedó inmóvil:

—Basta por hoy—dijo la hermana, temiendo que aquella emoción tan fuerte pudiera serle fatal; y salimos;

yo, vi que él abrió los ojos, y me miró partir; no hizo esfuerzo ninguno para detenerme.

Eleonora me acompañó hasta la puerta del salón, y volvió cerca del lecho del hermano con ternura inmensa y desbordante; y luego los sentí que hablaban muy paso; ella con una voz maternal, acariciadora, cual si lo meciese en sus brazos, aspirando a dormirlo; él con una ternura extraña en la voz varonil, rota por la fatiga, pero, extrañamente musical y tierna;

¿qué se decían? ¿qué?

esos diálogos tenían el privilegio de desesperarme;

¿qué hablaban esas dos almas en desastre?

todo lo que decían, todo lo que hablaban, era un robo a mi ventura; y el egoísmo inconmensurable de mi corazón, sufría de aquellas ternuras prodigadas fuera de él, de aquellas palabras que no repercutían dentro del abismo de su vida;

y, yo sospechaba los besos dados en la claridad blonda del rostro enfermo, y esos besos, aun sabiéndolos maternales, cuasi inmateriales, me parecían el más torturador espectáculo a que hubiese asistido jamás, mi alma en visión;

y, el miraje de esas ternuras infinitas, me llenaba del más vasto horror, y hacía en mi alma el negro denso, dentro del cual, se fundían inarmónicamente todas las desesperaciones de mi vida;

y, en paroxismos, de una demencia colérica, yo tendía espiritualmente mis manos hacia Eleonora, que me parecía lejana, muy lejana, elevada sobre todos mis sueños, sobre todas mis esperanzas, en un firmamento lleno de cosas olvidadas...

y, gemía por ella, que tenía entonces, toda la fascinación, todo el poder irresistible de los ídolos;

la divinidad del ídolo, está toda entera en el corazón del adorador;

toda adoración, es un gesto de esclavitud;

y, es a causa de las tristezas de esa adoración, que queremos ser amados de los ídolos... y damos al ser amado un corazón de divinidad...

es a causa de ese engaño inconmensurable que morimos;

el ídolo está en nosotros.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Un espanto inmenso, me venía, de la idea de ser abandonado por ella; y la imagen de la victoria implacable del hermano, se presentaba a mi imaginación, con una lucidez y una tenacidad, que tenían la obsesión de una alucinación;

sí; Ettore Dalzio vencería por el dolor; el alma de su hermana estaba reconquistada; criatura de carne, turbada y débil, maravillada ante la vida ideal, ¿iba pues a sacrificar nuestra pasión a su misericordia?;

el sacrificio, que había sido el alma de su vida, ¿iba a renacer en ella? ¿a dónde iba el ritmo de su corazón?; terriblemente despertada por el re-

cuerdo de las horas lejanas de su adolescencia, de los valles tristes, del río silencioso, del relicario de belleza que es Verona, su alma volvía silenciosamente hacia ese pasado de quietud, de abnegación, en la cual se había abierto su juventud, como una rosa de gloria, bajo la muralla negra del Olvido;

¿el sortilegio del pasado la atraía más que el sol de nuestro amor que no flameaba ya?...; el horror de esta idea alzaba en mi corazón tal tumulto, que yo mismo me espantaba;

mi pasión aullaba en la sombra, y su aullido formidable, ensordecía mi vida... y, mi cólera, como una antorcha, iluminaba el abismo donde nuestro amor tenía palideces de cadáver;

invencible como el mal y como la muerte, el celo devoraba mi corazón;

y, el turbión de mis dolores se llevaba todas mis alegrías, como el río lleva en sus ondas el fulgor de las estrellas hacia el mar;

y, veía disolverse en lo infinito, el esplendor de mi gran pasión, en medio de la sombra creciente, que obscurecía el cielo de mi vida, lleno con el clamor de mi alma supliciada... y temblaba ante el espanto de ver disolverse, desvanecerse, esa forma, ese miraje, esa quimera, que llenaba mi vida;

el amor como la vida no es sino una apariencia, una forma, un gesto vago de la inasible vida humana, que va, corre, cambia, desaparece, como una nube bajo el huracán, en cielos llenos de grandes amenazas ocultas;

¡oh, miseria del corazón, buscar esta inexistente realidad humana, que no vive sino en la muerte!

y, buscando la ventura, esa religión que no existe, consumimos en lo imposible, la débil ternura de nuestro corazón; y su ausencia nos hace sufrir, y su muerte nos hace morir; y todo eso es la vida;

abrazarse a su propia sombra, cabalgar en su misma caída : vivir su muerte ;

¿no valdría más morir, sinceramente, noblemente, morir por nosotros mismos, frente a la implacabilidad de este horizonte ilimitadamente ciego y sordo, ante el dolor que nos hace llorar, desaparecer altivamente ante este orden de cosas hostiles, más fuertes que nosotros?

la muerte, es el único desafío a la fatalidad ;

el suicidio, hace al hombre superior a Dios, porque Dios no *puede* morir, y el hombre sí ;

la muerte voluntaria es un acto de divinidad ; el gran gesto de desaparición en el sepulcro, llena la eternidad, con el milagro de una voluntad ;

matarse es libertarse ;

por la acción suprahumana del suicidio, el hombre vence, vence definitivamente el dolor y la vida ;

¿qué mayor victoria?

matarse es redimirse ;

por ese solo acto, el hombre supera a Dios...

yo, no tenía ese valor y la miseria de vivir me castigaba ;

mis días eran una larga agonía, en que estrangulado por el orgullo, me debatía en un silencio lamentable, en que se ahogaba mi grito implorador ;

mis noches eran crisis interminables de deseos exasperados, de visiones turbadoras, de atroces torturas físicas y morales, en que un espanto misterioso parecía torturar las raíces más ocultas de mi ser ;

y, la vaga presciencia de que ese amor había de serme fatal, la certidumbre de que ya comenzaba a serlo, me asaltaban ; pero, ¡ ay !, no tenía el valor de las renunciaciones definitivas, y me abrazaba a la esperanza de las divinas alegrías, que aquel amor doloroso me ofrecía en la belleza soberbia y en las carnes ávidas de Eleonora Dalzio ;

la violencia de mis emociones cortaba el vuelo a mis visiones;

ya no trabajaba, no tenía pasión para ello, y sólo el tropel de mis sueños abortados, llenaba la calma cuasi ascética de mi estudio silencioso;

grandes crisis de desaliento me asaltaban, un pesado aletargamiento de la voluntad, un deseo resignado de morir; pero mi orgullo y mi sensualidad reaccionaban, aguijoneándome para la lucha, para la victoria definitiva de todos mis instintos;

luchar, ¿contra quién? ¿contra un anciano indefenso y un niño enfermo?

¿vencer? sí, vencer a ella, cuyo cuerpo de diosa escapaba a mis caricias;

pero, aun en ese designio feliz de voluntad triunfante, me parecía ver el mar estancado de mis tristezas, en el cual no había de cierto sino la catástrofe y la muerte;

en vano Eleonora Dalzio, en los pocos instantes que me concedía, se empeñaba en calmar mi dolor intolerable, en apaciguar mis celos monstruosos, las tormentas pavorosas de mi corazón pronto a romperse;

extraordinariamente hermosa y taciturna, ella aparecía a mis ojos como una evocación prodigiosa de placer, como la gran rosa mágica de la voluptuosidad, pronta a desflorarse en los abismos tenebrosos de mi vida;

y, entonces, el soplo brutal de mi deseo, pasaba como un huracán de devastación sobre jardines en flor; mi sensualidad revestía las más agudas formas de morbosidad, y los deseos más envilecedores se abrían en aquel jardín erótico, donde las más absurdas flores de lujuria aparecían sobre los surcos inmensos de la histeria;

¿adivinaba ella la profanación de mis pensamientos en el fuego asolador de mis miradas?

su rostro permanecía impenetrable, como su pensamiento ;

y, largas olas de silencio nos cubrían, y quedábamos absortos, mirando por las ventanas abiertas, la ciudad dormida y la campiña histórica ;

de la tristeza que enlutaba nuestros pensamientos, que parecía desprenderse de la inercia de las cosas inanimadas y no expresadas por nosotros, se alzaba a veces un vaho de acritud, y nos sentíamos lejanos y hostiles, y nuestras voces sonaban en la desolación, como la queja de náufragos, expirando en playas muy distantes, con un terrible océano entre los dos ;

otras veces, la melancolía misma de nuestros pensamientos nos hacía tiernos, compadecíamos nuestras heridas, como dos mutilados sobre el mismo lecho, esquivábamos tocarlas, y de esa misma compasión de nuestros dolores, nos venía una gran emoción fraternal, que hacía asomar a sus ojos lágrimas consolatrices ;

entonces, tomaba yo en las mías sus manos tenues, que se hacían como prismáticas al brillo de las piedras raras que circuían sus dedos, yo decía a su espíritu atento, en una atención maravillosa, las mil cosas secretas de mi corazón ;

y, como una fuente sollozadora en los zarzales, mis palabras de fervor caían en las tinieblas como divinas aguas de milagro ;

y, mi corazón fortificado por la luz de la esperanza naciente, cantaba como un ruiseñor enamorado, en la selva de la noche... y, cantaba en el silencio inturbado, la queja de su delirio, profundo y rumoroso como un mar ;

¡ oh ! ¿quién diría jamás de los besos silenciosos, dados en la penumbra, sobre las flores rojas de los labios, donde la nostalgia del amor, ponía el sabor acre y salobre, de una copa de lágrimas?

¡y, en ese osario de palabras muertas, temblaban nuestros besos convulsivos, con un sabor amargo de cenizas!

¿quién diría el encanto furtivo de la caricia que turbaba en su quietud las tórtolas de sus senos, para buscar el corazón clemente, cuyo ritmo engrandecía en la noche, tembloroso de amor, mientras las hojas estremecidas tenían latidos de alas, pájaros ebrios de armonía himnologaban en la sombra serpenteada de luces profundas, y en la intensidad del ensueño adormecedor del deseo de los cuerpos, los labios en los labios, mirándonos en lo profundo de los ojos, nuestras almas celebraban el cántico de los corazones?

nadie, sino ella y yo...

el ascua de aquellos besos incompletos, quemando nuestros labios, hacía hervir nuestra sangre, y estremecerse nuestro cuerpo, en la visión del gran beso definitivo...

todo beso es una herida; por ella mana la sangre de un deseo inagotable;

los labios que nos desgarran ¿saben lo que hacen?

¿besan por amor?

¿besan por fatalidad, en el vértigo del vicio y del amor que lleva hacia la muerte?

¿quién sabe?

el beso es un misterio; todo es misterio pensativo y profundo en torno nuestro;

¿a qué interrogar?

¿a quién?

toda interrogación es un grito en el vacío;

la Verdad, está en el Silencio;

¿la Verdad?...

¿existe la Verdad?

¿quién sabe la significación de esa palabra inmensa que nos envuelve como una noche?

¿es que sabemos algo en medio del fantasma de las cosas, de la fragilidad de las apariencias que nos rodean, que no tienen consistencia sino por el horror de su eternidad?

vivir es ignorar;

vivimos con la llaga en las entrañas, y no podemos verla sino con los ojos espectrales de la muerte;

la fraternidad con el Misterio no da tranquilidad sino a causa de su inmensidad;

el alma no vuela en el Misterio; queda quieta como un pájaro que ve la aurora;

el Abismo tiene un Sol.

⁂

Era necesario vivir, era necesario triunfar:
en la vida vencer es un deber;
es necesario destruir de un solo golpe el desaliento, la tristeza, el tedio, todo aquello que anula y empequeñece la vida;
es necesario acercar al alma el licor de la fuerza, en copa de resistencia y decir: «Bebe, de lo contrario morirás»; no, yo no sería vencido; no quería ser vencido; la esencia de mi naturaleza misma protestaba contra esta aceptación de la derrota;
mi orgullo, como un cordial vivificador, me comunicó una energía extraña y tenaz, que me dió una gran ambición del triunfo, una esperanza inconmensurable en él;
mi correspondencia con Eleonora Dalzio, había tomado hasta entonces todo mi tiempo; tres veces por día nos escribíamos, y mis cartas eran como un diario de las batallas morales de mi corazón;
fiel a mi designio, fuí espaciando mis cartas;

con pretexto de una comanda de cuadros, reduje nuestra correspondencia a una misiva por día ; y aun en ella, mi ternura que era grande, no presentaba los lineamientos de violencia y de pasión fatal que habían llenado las otras ;

entonces, fué Eleonora Dalzio quien llegó a temer por mi corazón ; y por el alma suya, como por un cielo gradualmente obscurecido, se vieron pasar las sombras alternantes y terribles de la desesperación y de los celos ;

en sus cartas, se sentía la fiebre de cosas inexpresadas, y se veía su alma, vagar atormentada por los grandes caminos desamparados del terror y de la duda ;

el fantasma del Olvido se alzaba ante ella, como un gran muro, hasta entonces no presentido por su corazón ;

¡ temía ser olvidada !

en su corazón impetuoso, el amor se alzaba violento, armado de todos los rencores, para defenderse contra el olvido ;

¡ el amor ! ¡ ese grande amor que lleva a salvarse o a perecer, en las luchas salvajes de la vida !

y, como si todo su pasado de sacrificio estéril, de inmolaciones infecundas, se hubiese alzado ante ella, con el espectáculo asolador de sus esterilidades inútiles, su alma se rebelaba al suicidio moral, a entrar de nuevo en el sielncio, en la abnegación solitaria, por el sacrificio de su inmenso amor ;

y, la soledad de su alma, la soledad de su juventud sacrificada, se alzaba ante ella para aterraría, y tendía a mí los brazos desesperados, pidiendo no ser abandonada ;

toda su alma trágica, gemía en aquellas cartas, pronta a romper los yugos que querían encadenar su voluntad...

yo, sentía la llama de su amor, envolverme a distancia como un incendio de sol ;

veía la resurrección violenta de su pasión, alzarse ante el obstáculo, como una fiera ante la reja, resurgir de su acalmía, como una hoguera que el viento de la noche aviva y fortifica ;

comprendí que era la hora de mi poder ;

mis visitas, ya raras a la casa Dalzio ; cesaron por completo, ante la hostilidad manifiesta del padre ;

entonces la exaltación de Eleonora, no conoció ya límites ;

se rebeló contra el yugo paterno, con una exasperación que tenía de la locura ;

nuestras citas que se hacían más frecuentes, eran para ella crisis de lágrimas y de reproches, de angustias y de celos interminables ; y yo las abreviaba, seguro de aguijonear con eso su pasión ;

y, un día llegué a decirle :

—Puesto que es mi amor el que te martiriza, yo me borro ante tu felicidad ; yo parto si es preciso, si ello place a aquellos que te torturan ;

era en *Villa Mattei*, en cuyas arboledas melancólicas, moría el sol en una lluvia de carmín y de oro, y sobre los mármoles pálidos la gloria del crepúsculo extendía su sombra omnipotente ;

jamás olvidaré la lividez terrificante, el grito de angustia, con que la pobre mujer vencida, se abrazó a mí diciendo :

—¿Partir tú? jamás, jamás, primero la muerte :

—Alma mía—le dije entonces, desflorando sus labios con los míos—, ¿dónde nos conduce nuestro amor? ¿a dónde vamos? si este laberinto multiforme no tiene más salida que el dolor, ¿a qué seguirlo? ¿a qué ir con los ojos abiertos hacia él? si amar es sufrir, ¿para qué amar? ; el amor tiene otras praderas, otros soles, ¿por qué no vol-

ver los ojos hacia ellos? ¿por qué no marchar hacia ellos?, el amor tiene flores maravillosas, ¿por qué no cogerlas? ¿por qué contentarnos en desgarrarnos las manos con sus espinas? ; lo que hacemos es insensato ; ¿a quién acusar de nuetros dolores? si la vida abierta ante nosotros nos ofrece sus goces y no queremos tomarlos, ¿por qué quejarnos? ¿por qué?... ¿por qué soportar en el alma todo el dolor del mundo y no gozar del placer que llevamos en nosotros? ; el cuerpo humano es una lira de emociones ; ¿por qué no arrancarle la melodía suprema? ¿por qué limitarnos al viejo clavicordio sentimental, para entonar con él la romanza monótona de nuestra desolación terrible? ; si nuestros amores románticos no estallan en nada definitivo, ¿a qué continuarlos? ¿a qué?...

ella, no respondía, parecía que sobre su alma triste, las palabras pasaran sin sonido y no tuvieran el poder de despertarla ;

aquella criatura encorvada bajo el pesar ineluctable, no tuvo el don de conmoverme ;

embriagado por mis palabras, llegué a sentir la verdad de ellas ; y la convicción profunda de la inutilidad de ese amor sentimental puso más amargura en mi voz cuando le dije :

—Vamos, decídete... es mejor que yo parta ; ¿a qué torturar así nuestras dos vidas?

con una voz que era un soplo, ella murmuró :

—No me abandones, no me abandones, tuya soy ; yo no soy en poder tuyo, sino una cosa que te ama ; haz lo que quieras...

entonces la atraje entre mis brazos, en la calma del jardín, ya invadido por la languidez de la noche y el silencio, en la sombra que se extendía ante nosotros en una calma fluvial, cubriendo como un manto de pudor las estatuas desnudas de los dioses desterrados ;

y, le dije al oído tantas cosas, que su carne tembló, en una convulsión ardiente de deseos :

—¿Quieres?

—Sí.

—¿Cuando?

—El jueves.

—¿Dos días aún

—Sí...

—Sea...

y, sellamos el compromiso con tantos besos, que debieron exultar los faunos rientes, que en las fuentes cercanas, humedecían sus barbas de piedra, en la inmóvil y gozosa quietud de un sueño antiguo ;

bajo el dulce sol que se moría, regresamos a la ciudad, muda ya la palabra en nuestros labios, pero llenos del encanto de nuestra promesa irrevocable ;

la visión gloriosa de la mujer prometida, llenó mi corazón ;

nos separamos, llenos los dos de la presencia de nuestro amor, engrandecido por la presciencia misteriosa del gran beso irremediable...

*

De nuevo mi estudio se engalanó para recibirla, como en los días ya lejanos, en que su hermosura irradió allí como un sol, cuando mi pincel reproducía en la tela los rasgos clásicos de su belleza imponderable;

de nuevo la oriflama rojo y oro de las sederías volvió a cubrir los muebles entristecidos; los tapices de Esmirna, cubrieron los mosaicos del suelo; las telas triunfales de Petchilí, se alzaron en haces sobre los muros, y cayeron como una dalmática rutilante, sobre los sillones y los divanes; las estatuas y los bustos, como grandes lises de mármol, perfilaban en fondos escarlatas la línea impecable de su belleza pálida, maravillosa en la penumbra; los grandes vasos antiguos rebosaban de rosas blancas, sobre las cuales caía la sombra de las grandes parásitas, cuyas hojas violáceas entristecían la alegría de los geranios, que escalaban el muro, en una ascensión de pétalos inmaculados;

y todas esas cosas, como animadas por la fiebre

de la espera, vibraban como emocionadas, se hacían radiosas para recibirla, en la tierna sinfonía de un gran culto adorador ; en ellas el alma entera del amor cantaba un Epitalamio ;

un cielo maravilloso, como una dilución muy tenue de jacintos y amapolas, daba afuera sus extrañas coloraciones, que apenas penetraban a través de los cristales, cubiertos por cortinillas de seda, de un color de agerto casi perla, que hacía la luz tierna, amortiguada, como una luz blanca de pagoda ;

una penumbra deliciosa, adoratriz y cómplice, envolvía las cosas en uno como murmurio confidencial, cuando ella penetró, aquella tarde inolvidable, en aquel templo suyo, que yo había ataviado para recibirla, para rendirle culto en el rito de nuestros besos, donde su cuerpo como una hostia iba a ser levadura augustal del sacrificio...

en la sombra discreta del aposento, apareció vaporosa, como fosforescente de amor, entre las negras blondas que la cubrían ;

un perfume capcioso se escapaba de sus trajes, perfume de ámbar, que turbaba con su acritud extraña los sentidos, y llenaba la estancia toda, donde reinaba un silencio misterioso, como preparado para el éxodo vertiginoso de los besos ;

la brisa tibia, embalsamada con el hálito de los rosales cercanos, pasaba por sobre nosotros, como desflorando con labios maternos, aquella frente, sobre la cual, se estremecían, prontas a morir, las clemátides enfermas de su larga virginidad ;

un embriagante olor de tierra fecundada, olor de vida vegetal y de animalidad fuerte y obscura, se desprendía de los jardines cercanos y de la pradera remota, saturando el ambiente de efluvios pesados de voluptuosidad, que predisponía a una lucha desesperada de caricias ;

cuando le hube quitado el velo con que se cubría el rostro, y el manto con que ocultaba sus formas adorables, la tomé en mis brazos con dulzura y la estreché, larga, silenciosamente, apasionadamente;

ella temblaba, como presa de un terror mortal, y sobre el espanto de su rostro, la sonrisa del amor se dibujaba, como un arco iris bajo los cielos en lluvia;

los párpados bajos, los labios tristes, estrechaba mis manos en silencio;

nos sentamos en el sofá, que se hundió al peso de nuestros cuerpos, como invitándonos a reclinarnos más profundamente en él;

ambos callábamos; yo sabía por propia experiencia, que en esos casos la palabra sobra, evapora el sentimiento y despierta y aleja la mujer;

yo la rodeaba el talle con mi brazo, y su cabeza inerte, como separada del tronco, caía sobre mi hombro;

y, temblábamos los dos, sorprendidos por el misterio de la hora, en el silencio incitador y cómplice que parecía poblarse de llamadas desesperadas a gestos concupiscentes...

y, el collar de nuestros besos, se interrumpía únicamente, para dejar salir las palabras sacramentales:

—Yo te amo...

—Yo te adoro...

el rosario del amor se desgranaba en nuestros labios, bajo la paz luminosa de los cielos, donde los astros, como ostensorios lejanos, enviaban sobre nosotros el rayo intermitente de sus fuegos enamorados... y, toda la letanía de la pasión fué dicha por nosotros:

palpándonos amorosamente, con tocamientos dulces de voluptuosidad, que parecían músicas sabias, ebrios de amor y de reconocimiento, marchamos

hacia la posesión suprema, que parecía llamarnos en la sombra, con voces estranguladas de deseo ;

blanca y flébil como un cisne prisionero, ella me hablaba en voz muy baja, tenue como una armonía de arpa, devolvía mis caricias con el encanto de una emoción religiosa, y sus ojos brillaban como astros muy remotos, sobre el rostro pálido que tenía tenuidades de flor ;

yo, las aprisionaba al salir de sus labios tristes, de los cuales, el deseo se escapaba como una llama taciturna ;

cuando mi amor se hizo brutal, y en la sensación del vértigo exasperado, la incliné sobre el sofá y brilló su cuerpo desnudo, y en la succión prolongada de nuestros besos hechos febricitantes, nuestros cuerpos se unieron en el espasmo definitivo, y el grito débil de su virginidad violada, llenó la estancia... las glycinas que temblaban sobre los vasos, dejaron caer sobre nosotros sus pétalos, desflorados, como la belleza profanada que sollozaba en mis brazos...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

La noción del tiempo, del espacio, y de la vida se borró en nosotros, estremecidos, ebrios del beso fatal, felices en el abrazo de nuestros cuerpos lacerados de amor...

bella, de una belleza aún más intensa, con la turbación sagrada de su carne profunda, trágica en la onda impetuosa de sus deseos crecientes, que la hacían vibrar con no sé qué extraños fuegos, y la hacían fosforescer con una especie de taciturnidad nocturna, con una sed de maravillamiento y de exultación, se prendía frenética a mis labios,

cuando un ruido inusitado nos hizo levantar la cabeza...

alguien había cerca de nosotros ;

había anochecido y no se distinguía nada ;

a medio levantarme, prisionero todavía de sus brazos, di vuelta al botón de la luz eléctrica.

Ettore Dalzio, pálido, inmóvil, estupefacto, se alzó ante nosotros en la irradiación luminosa, como una aparición de Justicia, de Dolor, y de Venganza ;

parecía no vernos, tal era la atonía de sus pupilas ;

y, sin el gesto indefinible de todas sus facciones, sin el inmenso temblor que lo agitaba, se hubiese dicho un cadáver, alzado así en la luz, sobre la frontera misma del horror y de la Muerte ;

presintiendo lo ineluctable de una tragedia inmediata me puse súbitamente entre él, y su hermana, para protegerla.

Eleonora, dió un grito, queriendo cubrir sus desnudeces, y tapándose el rostro con las manos, corrió a refugiarse en el pequeño gabinete donde se desnudaban los modelos ;

y, un reguero de rosas y violetas, marcó la fuga de sus pasos.

Ettore y yo, quedamos frente a frente ;

lívido, cuasi incorpóreo, los ojos desmesurados, sin fulgores, los labios exangües, apenas visibles por el gesto amargo que los hacía separarse como una desgarradura en una carne muerta, me dijo con una voz lenta y difícil :

—Flavio Durán, ya vuestra obra está cumplida ; habéis matado mi corazón y la habéis deshonrado a ella ; vuestro egoísmo, ha devorado de un solo golpe mi ventura, y el honor de mi nombre ; me lo habéis robado todo : el amor de ella y el honor

de mi familia ; por vos estoy abandonado y deshonrado... sin vos, sin ella, ¿qué será de mi vida? Flavio Durán, ¿qué habéis hecho de ella? ¿por qué os encontré en mi camino? ¿por qué entrasteis un día bajo el techo de mi hogar? vuestro aliento lo ha devastado todo... todo... ah, yo debería mataros ; yo lo sé ; ése es mi deber ; ¿por qué no lo hago? ¿por qué?...

no, yo no vengo a mataros a vos, ni a ella ; vengo a caer en medio de vosotros ; vengo a regar con mi sangre vuestros amores... una sangre que no se secará... ; Flavio Durán, yo no vengo a mataros, vengo a que me veáis morir ;

y, sacando un revólver se apuntó al corazón :

yo, pude con una sola palabra, haber dominado aquel niño sugestionable y violento ; pude con un solo gesto, haber apartado de su pecho el arma que apenas podía sostener su mano sin fuerza ;

pero no lo quise ;

no dije una palabra ; no hice un movimiento ;

el odio implacable me paralizaba allí :

—Adiós—dijo el niño desesperado, mirándome por última vez, con una mirada indefinible de ternura y de reproche ;

aparté de él la vista, para no verlo morir ;

una detonación sonó entonces ;

y, Ettore Dalzio cayó a mis pies ; la bala le había traspasado el corazón ;

por un esfuerzo supremo, levantó su cabeza, apoyándose en el brazo, y con ojos ya entenebrecidos por la muerte, con un gesto vago me llamó ;

me acerqué a él ;

con un arranque de fuerza heroica, de esa que es común en los moribundos, me echó los brazos al cuello, me estrechó con locura, y buscando mi oído, me dijo en él, *por qué me dejaba vivir... por*

*qué moría*... y desprendiendo sus brazos rodó al suelo;

¡estaba muerto!...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Y, quedé solo con él;

entonces un terror pánico, inexplicable, incontenible se apoderó de mí;

la hermana había huído, y yo estaba solo, solo con aquel asesinado, cuyos ojos vidriosos parecían fijos en mí, siguiéndome adondequiera con una mirada indescifrable, que era como una imploración;

no fuí más dueño de mí, y enloquecido de pavor, salí del estudio, y descendí por la escalera lanzando gritos lamentables...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

El suicidio de Ettore Dalzio fué el escándalo del día;

todos los que envidiaban mi talento; aquellos a quienes hacían sombra mis triunfos, los otros a quienes mi fortuna exasperaba; los que no perdonaban mi orgullo; los que calumniaban mi soledad; todos se unieron, roedores y voraces, en torno a mi reputación amenazada, como grandes tiburones, en torno a un buque pronto a hacer naufragio; creían llegada la hora de mi caída, y se aprestaban a devorarme;

y, en esta hora inconmensurable, hora de dolor, estuve solo, solo como mi vida, cara a cara con mi destino;

la impertinencia del consuelo, no vino a tocar mi corazón; yo era un aislado, un solitario, y aislado y solitario debía sufrir; solo debía caer y si era preciso, solo debería morir; la soledad es una ci-

ma, sobre la cual no se posan sino las grandes aves meditativas del silencio ; y, ellas me hicieron compañía.

Vittorio Vintanelli, estaba ausente ; perseguido por la justicia, acorralado por la jauría, el gran león rebelde había huído, agitando su antorcha en la noche impenetrable, ¿a dónde? su última conferencia había sido dicha en Milán ; su última carta estaba fechada en Berna ; en ella me anunciaba no escribirme más, por temor de comprometerme...

allí perdí sus huellas...

era una grande ausencia, una ausencia inconmensurable, que espaciaba mi soledad ; fuera de su fraternidad, toda amistad era para mí una palabra obscura, una garra que se posaba sobre mi corazón, y desgarraba mi herida ; el orgullo de la soledad, de esa insensibilidad, que es como la túnica de un dios de piedra, en cuyos pliegues se rompe la tormenta.

Roma se llenó con el ruido del escándalo ; mil versiones circularon en pocas horas ; todas exageradas, todas falsas ; la fantasía inventó las más inverosímiles leyendas ;

unos decían que yo había sido herido, que un duelo había tenido lugar entre Ettore Dalzio y yo, cerca al cuerpo desnudo de su hermana desmayada ; otros, que yo había matado a Ettore Dalzio ;

y, la verdad tardaba en abrirse campo, porque allí no había inverosímil sino la verdad ;

¡ inverosímil hasta el misterio !

¿por qué no me había matado?

¿por qué se había matado?

¿por qué?

la pericia medical declaró el suicidio ;

la calumnia cayó a tierra ; pero, la tremenda interrogación quedó gritando en todos los labios ;

¿por qué se había matado?

¿por qué?...

¿por quién?

y, la verdad me quemaba los oídos... y mis labios habían de cerrarse como un gesto de muerte ante la gran tragedia desoladora ;

y, huí...

huí, llevándome mi hijo ;

huí, hacia París ;

mi hijo, mi secreto y mi dolor, me hicieron compañía ;

fuí hacia París, como hacia el olvido ;

fuí hacia la gran ciudad, pidiendo a su tumulto la clemencia tenebrosa del océano ;

la sed de todos los olvidos ardía en mí·

y, fuí hacia ellos

.·.

París, la Ciudad Sol, me fascinaba sin atraerme; la amaba sin desearla;

yo no amo las grandes ciudades;

su tumulto me desconcierta y me aterra; soy el enemigo personal de la muchedumbre;

toda multitud me parece una selva de hombres, donde cada árbol me es hostil; el hombre colectivo me disgusta hasta la náusea y me asombra hasta el horror;

siento el vértigo de las masas;

un tumulto, aun a distancia, me hace palidecer; si yo hubiera sido un hombre público, héroe o tribuno, una apoteosis hubiera bastado para matarme;

habría muerto de mi gloria;

soy el enamorado del Silencio;

la Soledad es mi culto;

tengo el alma cenobítica y claustral;

la vida superior, no se desarrolla sino en el espacio ideal de los silencios;

el verdadero resplandor de la Belleza, no se muestra a nuestros ojos, sino en ese destierro terrestre, que se llama : la Soledad ;

la contemplación que es el estado natural del alma solitaria, abre los cielos inconmensurables de la Visión, y enseña los últimos corpúsculos de gloria, al alma visionaria hecha vidente ;

el Silencio, es un cántico sin notas, cántico del alma, que hace sonar en la Soledad, las voces inarticuladas de todas las espiritualidades de la tierra ;

y, mi alma es como un himnólogo de esos cantos ;

como esas almas de solitarios, de que habla Hello : *El silencio es mi patria ;*

y, me hundo en él, como en un gran baño reparador de luz y de misterio ;

el Silencio, fortifica y dignifica ;

la rosa, la pálida rosa del alma, se abre en sus senos ilúcidos, como un jirón de cielos lleno de astros ;

el vértigo de la Soledad, y del Silencio, reina omnipresente en mi corazón ;

los grandes silencios, conventuales, de ciertas ciudades italianas, que parecen dedicadas a descifrar el Silencio en sus jeroglíficos de piedra ; los silencios de *Pisa*, de *Subiaco*, de *Orvieto*, de *Velletri*, me seducen, me dominan, me fascinan hasta el éxtasis ;

por eso amo a Roma, y a Venecia, por sobre todas las ciudades de la tierra ; las amo como los dos más grandes templos del Silencio ;

la fiebre que se escapa de las campiñas romanas, ardidas y desiertas, es una fiebre de mudez ; se teme con el ruido del pincel despertar la Soledad ;

la fiebre que se escapa de las lagunas venecianas, obscuras, profundas, tornasoles, es una fiebre de Silencio ; los grandes horizontes acuáticos,

con abismo de mar y de infinito, las ondas muertas de los canales que parecen obscuras de secretos, todo invita a callar...

de las altas cúpulas de oro, de los muros negros, de las torres acanaladas, se siente bajar el Silencio como una ala, como una admonición a la quietud ;

y, Venecia, es como una cimófana pálida, prendida sobre el pecho del Silencio ;

el gran recuerdo que yo conservo de mi patria ; es el recuerdo de sus soledades ;

ella no vive en mí sino por su silencio : el silencio de sus selvas, el silencio de sus ríos ;

aquellas selvas enormes, vastas como países, yo las he visto dormir en el abismo de su soledad, en la angustia de las tardes, bajo su penacho de llamas, como prontas a revelar una alma... y se duermen en el Silencio, temerosas de ser llamadas a la vida ;

aquellos valles próvidos, inmensos, donde cabría la Europa, callan en el silencio de su virginidad agreste, temerosos de ser denunciados y ser violados por el tumulto y la conquista ; aquellas grandes cimas se alzan hacia el cielo, solas, como una imploración del Silencio hacia la Eternidad ; aquellos ríos fantásticos, grandes como mares, indescifrables como la vida, entran al océano sin tumulto, como almas de la Soledad entrando en la Muerte...

el Silencio es el alma de la Vida ;

el Silencio es la palabra de la Sabiduría ;

en la boca cerrada de la Esfinge vive todo lo que hay de sabiduría sobre la tierra ;

el Silencio es la confidencia de lo bello ; en él florece todo lo que el Arte puede dar al corazón humano ;

las grandes cosas inmortales no nos son dichas sino por los labios tristes del Silencio... él. es el

manantial de la Revelación y brota de las rocas mismas de la Eternidad ;

para amar el Silencio, se necesita comprenderlo : ser una alma de meditación...

la Soledad, es el horror de la mediocridad : se muere en ella ;

condenad a la Soledad un hombre mediocre, y lo habréis condenado a la demencia ;

él, ignora el lenguaje de la Soledad, y las grandes voces del Silencio le son desconocidas ; nada dirán a su corazón de tumulto ;

la vida de silencio, es una predestinación ; y para vivir en su reino, es necesario una iniciación ;

la poesía de los claustros no vive sino del Silencio ;

el misticismo, es una abeja de oro que liba en esa flor ;

los místicos, son los doctores extáticos del coro del Silencio ; cuando yo he entrado a las grandes abadías, a los monasterios inmensos de cartujos y trapenses, allí donde se *oye el Silencio*, y el Silencio es ley, es su himno, ese himno sin sonidos y sin palabras, el que ha dicho cosas grandes y ha sumido en la meditación mi alma sin fe ; todos aquellos monjes graves, de sincera o fingida austeridad, no se han sublimizado y engrandecido a mis ojos, sino por su silencio ;

aquellas vidas de renunciaciones no me dicen nada, es aquella vida de silencios, la que abre a mi fantasía un jardín de divina primavera ;

tras de cada uno de aquellos labios sellados, vela una alma ; la vida intensa del Silencio la hace magnificente ; uno de esos monjes en oración, no es grande porque dialoga con su Dios ; es grande porque se abisma en el Silencio, el voto del silencio, es un voto de divinidad, no por la dificultad de guardarlo, sino por la dificultad de comprender-

lo; *oír el Silencio*, he ahí la clase de divina demencia, que el mundo no comprende; y la divinidad no habla sino por grandes silencios a los hombres;

donde una de esas *palabras de silencio* cae, se abre un genio;

el genio es la flor del mundo interior poblado de silencios;

he ahí por qué yo no amaba a París;

la Ciudad Luz, con sus siete cabezas de Hidra, coronadas de relámpagos, y su vientre palpitante de lujuria, no decía nada a mi corazón, nada a mis sentidos;

yo llegaba a ella, con un fardo de tristezas, mayor que lo que ella podría mostrarme de grandeza;

aquel cerebro del mundo, nada podía decir a mi cerebro de artista;

¿qué podría la ciudad grandiosa y terrible hablarme de Arte a mí, que venía de la cuna del Arte mismo, de allí donde su alma se ha abierto y ha florecido en mayor vigor de Belleza y de Inmortalidad? *Ars Parens;*

¿qué podrían mostrarme sus museos, donde el vandalismo épico, ha acumulado las huellas de sus rapiñas, a mí, familiarizado con la diaria contemplación de las obras maestras, de las cuales esos miserables rehenes del saqueo daban apenas una pálida y remota idea? ¿qué podrían decirme de nuevo sus artistas más o menos geniales, que para serlo habían tenido que ir a beber en aquella fuente de la cual mi espíritu sediento había ya agotado hasta la última linfa?

a un artista formado en Italia, ¿qué podrá enseñarle el Arte todo de los demás países de la tierra, floración pálida de ingenios, al lado de aquel jardín de bellezas, en el cual los *chefs d'œuvre*, se abren, como la flor inmortal del Genio, fecundado

por un sol imponderable, que no brilla sino allí? porque el sol de Italia, como el cielo de Grecia, son la mitad del genio nacional; el perfil ligero aéreo, armónico de los frisos y columnas del *Partenón*, no puede destacarse, no puede concebirse en toda su gracia impecable y majestuosa, sino en la pureza, en la diafanidad única de los cielos atenienses;

y, las alas enormes de la Victoria colosal que dominaba el Acrópolis, ¿dónde pudieron abrirse diseñando su perfil lineario, que no fuera en ese horizonte de aguas y montañas, bajo la transparencia luminosa de los cielos homéricos, ante el zafiro fosforescente de los mares peloponesos?

el cielo no se conquista; la luz no es un despojo que los merodeadores del azar pueden traer enredado en sus espuelas, uncido como un esclavo a su corcel de guerra victorioso.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Conocedor de París, no me fué difícil instalarme; antes de una semana, tenía ya amueblado mi apartamento, y establecido mi *atelier*, por allá vecino al *Boulevard Montparnasse*, en la *Rue d'Odessa*, una calle hundida entre el *Boulevard* y la *Gare*, calle lejana y adusta, donde no se oía más ruido, que el constante vaivén de los trenes de *banlieue;*

era un pabellón blanco y coqueto, que daba sobre un jardín sembrado de mimosas, y glycinas; lo bañaba siempre la luz, esa luz blanca y sin intensidad, que tan raras veces se hace vibrante y azul en el cielo de París;

constantemente como pájaros fantásticos las columnas de humo de los trenes, espaciándose en el aire, fingían fragmentos fumosos de un cielo londinés; de las ventanas más altas se veía el cielo cambiante, panoramas fragmentarios de París, los

trenes que llegaban y salían... un cielo sin prestigio a mis ojos, una ciudad sin voces para mi alma, un tumulto que no decía nada a mi corazón ;

¡ oh, el cielo, el silencio, la quietud, romanos ! ¿dónde estaban? la Ciudad Eterna, ¿no era, pues, eterna para mí? ¡ también había pasado !

era un miraje... otro miraje...

siempre el miraje, en la niebla cambiante de mi vida ;

¡ nada que colme el vacío, la sed, la inmensidad del corazón ! ¡ nada sólido, nada real, donde posar mi infatigable sueño ! ¡ el desencadenamiento continuo, el torbellino perpetuo de las cosas de la vida, cambiando siempre mi horizonte, desarraigando mis pasiones, produciéndome el estremecimiento misterioso de la nada, y del vacío !

la instabilidad es el destino de la vida ;

no hay asilo seguro para nuestro corazón ;

¿dónde ocultar la humillación de nuestras derrotas?

¿cómo rehacer nuestro bello gesto de victoria?

la inanidad de todo esfuerzo reside en la vida, en su siniestra estirilidad ;

todo esfuerzo es el gesto de dos manos tendidas para abrazar la nada ;

¡ oh, la Vida, la estéril, la infecunda carrera hacia la Muerte !...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Con ese inmenso poder de olvido, que es la fuerza propulsora y generatriz de mi corazón, la serenidad fué viniendo poco a poco a mi espíritu y suavemente lenificaba mis heridas ;

¡ me había propuesto olvidar, no posar mi pensamiento en el rincón obscuro de mi memoria, donde dormía el sangriento drama !

no recordar la hora gloriosa y trágica en que Eleonora Dalzio cayó vencida en mis brazos, y Ettore Dalzio, rodó muerto a mis pies ;

¿a qué golpear mi cerebro contra el horror? ¿a qué la estéril contemplación de lo irremediable?...

el pasado, el presente, el bien, el mal, fases cambiantes de la vida, estados transitorios, inasibles, de algo informe y confuso, todos pasan, todos perecen, todos mueren...

¿a qué darles valor y forma de cosas tangibles e imperecederas?

¿a qué mirar en el abismo donde se mueren tantas sombras?

yo expulsaba las mías de mi memoria, las empujaba fuera de mi corazón, las precipitaba, las echaba hacia el Olvido, con una tenacidad implacable y feroz ;

me había propuesto marchar hacia el Olvido, y lo lograba ; ya me sentía entrar en él, como en un paisaje iluminado a medias por la luna ; claridades tenues irradiaban en mi espíritu, lentamente libertado de las visiones obsedantes, mientras la bruma de los recuerdos, quedaba abajo, muy abajo, como la sombra al pie de un monte, sobre el cual empieza a despuntar la aurora ;

los trabajos concernientes a la instalación de mi apartamento, ocupando todo mi tiempo, ayudaban a esta obra de liberación ;

de Roma no había hecho traer sino mis cuadros ; todos mis muebles habían sido vendidos en subasta ; yo no quería testigos de ese pasado ; todos esos muebles me parecían como impregnados del perfume de Eleonora... todos me parecían manchados con la sangre de Ettore Dalzio ; y yo me empeñaba en expulsar la sombra de los dos hermanos a grandes golpes de Olvido de mi corazón ;

¿a dónde mi amor por Eleonora? la posesión lo

había matado ; como todos mis amores, no era un amor, era un deseo ; y el deseo muere al realizarse, como ciertos insectos en el acto de la fecundación ;

la sangre de Ettore Dalzio, me parecía a mí un mar que nos separaba ; ella había puesto un acre sabor de muerte en nuestros besos ;

yo, no la había visto, no le había escrito después de la catástrofe ; no le había comunicado mi viaje ; me empeñaba en expulsarla de mi recuerdo, y ella se iba lentamente, como una nube que se esfuma ; ¿a qué continuar ese idilio, tan brutalmente roto por la vida?

¿para qué continuar unidos el viaje a lo Imposible? ¿a dónde irían ya nuestras dos almas? ¿a dónde?...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

En París, compré todo un nuevo mobiliario ;

fué un gran placer de mi espíritu, dirigir, arreglar, ejecutar por mí mismo, la decoración de mi *atelier ;*

por el gran poder de aislamiento que hay en mí, la fiebre del trabajo, cualquiera que sea, me absorbe de tal manera, que toda idea ajena a él desaparece, y como el filósofo ideal, yo vería indiferente caer el mundo a pedazos, con tal que no tocara mi obra, esperando sereno la mole convulsionaria que había de romperme la cabeza ;

me di en esos días a pintar todo un lado del estudio ; un gran fresco mural al estilo de Carpaccio ; era un cuadro sin alegorías, un horizonte de aguas y de juncos, de un verde de algas lodosas, bajo un cielo de azul celadón, un cielo estupefacto sin fulgores, en cuyo fondo el rayo delicuescente de una luna taciturna, acariciaba aquel estancamiento de melancolías...

ese horizonte de evocación involuntaria, despertó en mi alma el recuerdo ya olvidado de Delia, y no temblé, la vi y no la reconocí en el fondo de mi memoria; su bello rostro de miniatura sin colores, no dijo nada dulce, nada tierno, nada acariciador a mi corazón...

su mudez era igual a la mudez del alma mía...

a través del tiempo y del espacio, nuestras almas ya no se conocían... ¡oh, poder del Olvido y de la Muerte! él borraba todo a mis ojos, todo hasta el punto de no poder reproducir aquel rostro, no poderlo pintar allí como intenté, ¿por qué? porque no lo recordaba;

sus facciones, sus gestos, su expresión se habían borrado, no vivían ya en mi memoria;

yo sabía del color de sus cabellos y de sus ojos, de la sonrisa de su boca, pero todo era mezclado, confundido, palidecido, sin precisión, sin claridad, como las líneas de un daguerrotipo, ya casi desaparecido por los años;

¡y, la había amado hasta el delirio, hasta no poder vivir sin ella, hasta intentar morir con ella!...

y, hoy, sus facciones, no podían llegar a mi memoria, ser reproducidas por mi pincel... no recordaba ya cómo eran ellas...

¿eso es el amor?

¡oh, bendita esterilidad de mi corazón!

no pudiendo reproducir esa sombra de mi pasado, para llenar con ella el fondo del cuadro, pinté una calavera enorme, sostenida en tentáculos de pulpo, que como una inmensa y repugnante araña llenaba todo el horizonte...

reí ante aquel monstruo tentacular, que se reflejaba en las aguas, informes, aterrador, efímero como Dios;

y reí de la inanidad de la Vida, del Amor y de la Muerte;

absorto en mi soledad, mis días se pasaban casi en la ventura; mi sola compañía era Manlio; el pobre niño se había encariñado de tal modo a mí, que no me dejaba un minuto; a todas partes me seguía con una gravedad extraña a sus pocos años, fijando en mí, obstinadamente sus ojos negros, inmensos, que recordaban los de la madre, pero tiernos, acariciadores, llenos de cosas irreveladas; y terminadas las faenas del día, cuando yo reposaba, venía a mí en el silencio, caminando muy paso, y me rodeaba el cuello con sus brazos, y reclinaba en mi hombro la cabeza agobiada de rizos negros como una noche y se quedaba dormido así; y yo veía con un espanto sin medida, aquel ser creciendo al lado mío, viviendo por mí, siendo un pedazo de mí mismo, y eso me aterraba...

la Vida, es una cosa mala, la Vida, es una cosa cruel, estamos rodeados de fuerzas hostiles por todas partes, no podemos librarnos de ellas, estamos entregados a garras invisibles... no hay ventura posible; el dolor reina en todas partes; ¡vivir es una desesperación y una vileza! bastante crimen es soportar la Vida; ¿por qué darla?

y, a ese pensamiento, una gran conmiseración me venía por ese ser inerme y desvalido, a quien yo había impuesto la carga poderosa de la Vida;

ese ser, de cuyas manos diminutas, me parecían ver surgir puñales ocultos, pidiéndome razón de mi crimen, de mi crimen sin castigo, el crimen cobarde de la imposición de la vida a un ser; *¡el crimen de la paternidad!* ¿quién lo castiga?

lástima, una lástima inconmensurable; he ahí lo que me inspiraba ese ser que era mi hijo;

yo, no podía amarlo;

¿por qué?

en vano se interroga el corazón... él, ni obedece, ni responde... la gran mudez de nuestro corazón

es un pudor, una gran rehusa a la mentira y al engaño... la grandeza del corazón le viene de su silencio.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

He ahí, que un día, mientras colgaba un cuadro— lo recuerdo muy bien—, era un Ribera bituminoso y verdáceo, atravesado por un rayo de sol rojo, que se diría, una herida de sable en el anca de una pantera negra, tocaron a la puerta;

la sirvienta fué a abrir:

—Buscan a usted—vino a decirme:

—¿Quién?

—Una señora.

—Hágala usted entrar;

y, sin bajar de la escalera, esperé;

una mujer alta, esbelta, toda en duelo, entró al salón;

no tuvo que nombrarse, ni alzar su velo, ni decir una palabra, la reconocí al momento y fuí hacia ella:

—¡Eleonora!

—Flavio...

y, cayó en mis brazos, apoyando su cabeza en mi hombro con un gran sollozo;

¡lo Irreparable, se alzaba ante mí, inexorable, abrumador!

¡Eleonora! ¡Eleonora! estaba allí, su padre la había puesto a la puerta; su deshonra la seguía a todas partes, ¿a dónde ir? ¿a quién buscar que no fuera a mí?

—Mi amor es más grande que tu ingratitud—me dijo por todo reproche a mi abandono; y, como si fuese de una raza de átridas, murmuró con un temblor de espanto en la voz:

—La sombra de Ettore me sigue a todas partes;

a la evocación de este nombre, yo la rechacé con horror, nuestros brazos se desligaron instintivamente, y nos apartamos, cual si la sombra del muerto se hubiese alzado entre nosotros, manchándonos de sangre :

—Ten piedad de mí—dijo, cayendo casi de rodillas ;

la levanté en mis brazos, y cuando alcé el velo para besarla, al unirse nuestros labios, me pareció que un olor de tumba se escapaba de los suyos, y sentí el mismo sello de espanto que los labios de Ettore Dalzio, pusieron en mi oído ;

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Desde ese día, Eleonora Dalzio entró de lleno en mi casa y en mi vida ; ya no salió más ; fué mi querida ;

la horrible promiscuidad del amancebamiento ; la vulgaridad inevitable del *collage*, el *terre a terre*, de las ligazones clandestinas, se impusieron a mi vida, afeándola, mutilándola, envileciéndola ;

la grande hora de la ruina de mis sueños había llegado ; el collar que caía sobre mi cuello iba a estrangularme ;

de todas las cadenas de esclavitud, ninguna que envilezca más, que la que forman dos brazos de mujer, en torno al cuello de un hombre... *una querida ;*

he ahí lo que significa toda la vulgaridad rastrera de la vida, la domesticidad de los instintos ; la esterilidad de los sueños, la infecundidad del cerebro, la muerte lenta y definitiva del genio ;

el amancebamiento es el tósigo embrutecedor que lleva al idiotismo ; y sería el más lento de los suicidios, si no lo fuera el matrimonio ;

la mujer es para el genio el heraldo de la muer-

te ; la querida es el verdugo ; Dalila vive en todas ellas, no mutilan el sexo sino el genio ;

en cuanto a mí el día que aquella cadena cayó sobre mi cuello, la felicidad murió en mi corazón ; no hubo ya una hora de ventura para mí ;

¡ oh, la sucia, la inenarrable promiscuidad del *menage*, el cubil asqueroso en que se encierran dos fieras para desgarrarse en nombre del amor !

¡ no hay nada más terriblemente devastador que la entrada de otro ser en nuestra vida !

¡ cómo gime, cómo llora el jardín de nuestros sueños profanado por sus plantas !

la desorientación absoluta de nuestra vida, viene de la entrada de un ser extraño en ella ;

nada hay igual al horror de aquella presencia omnipresente, que llena vuestra existencia y la sobrepesa, cuya mirada de egoísmo cruel, se hunde aun más allá de los lindes de vuestra vida ; y sentir a todas horas, en todos los momentos unos ojos y un espíritu que os atisban, os ven, os siguen por dondequiera ; sentir que ya nada os pertenece, ni vuestros sentimientos, ni vuestras acciones ; todo os es contado, espiado, interpretado, analizado, por otros ojos que siguen vuestra vida ; vuestros pensamientos, aquellos que expresáis, y aquellos que calláis, todos son devorados por esos ojos ; ya no hay lugar de vuestra alma donde podáis retiraros solos ; las más recónditas capas de vuestra conciencia serán escarbadas, escrutadas, por el poder invencible de eso ojos ; vuestros silencios mismos os serán estudiados ; cuerpo y alma vuestros, pertenecen desnudos a otro ser : sois su cosa, su esclavo : sois el amante ;

yo sabía bien que no se ama su querida, pero, esperaba bien poder habituarme a ella ; ¡ ay, me engañé también ! no pude habituarme ;

desde el día siguiente a aquel en que Eleonora

entró en mi casa, la mañana aquella en que al despertar, la vi dormida al lado mío, después de una noche de placer en que nuestros cuerpos jóvenes, sintieron hasta la saciedad el vértigo del beso, comprendí que ni un átomo de mi antigua pasión por ella, vivía en mi alma ;

y, la verdad brutal, la verdad sin velos gritó en el fondo de mi ser :

—¡ Tú no la amas !—me dijo—, ¡ tú no la amas ! la enemiga de los sueños ha entrado en tu vida ; la enemiga de la gloria duerme sobre tu corazón

un espanto ciego, un terror loco se apoderó de mí, y tuve el intento de levantarme en sigilo y escaparme... huir lejos, dejándolos a todos, abandonándolos a todos, no escuchar sus llamadas, no volver la cara, marchar, marchar hacia adelante, hacia la ventura, hacia la libertad, hacia la vida... huir de esa mujer, cuya cabeza obscura, caída así en la almohada, me parecía un buitre negro, pronto a devorar mi corazón ;

huir, huir...

en ese momento Eleonora abrió los ojos brumosos, cargados de sueño, como un cielo de aurora, donde aun duerme la noche, y me tendió sus brazos...

la cadena odiosa y fatal ciñó mi cuello ; y como un esclavo ebrio, doblé mi cabeza sobre su seno medio desnudo ;

así entré de lleno en la monotonía, en la desesperación de una vida sin ventura ; y el mundo revistió a mis ojos los colores de mi duelo ;

todo el poniente de mis sueños, gimió sobre la gran ruina de mi corazón... ;

en París era yo un aislado aún más que en Roma : un eremita de la gran ciudad ; mi soledad, era la soledad terrible de que habló el poeta : *la soledad de dos en compañía ;*

para los demás, mi aislamiento era absoluto; era un cenobita en el tumulto;

en París, no hay entre los pintores, un núcleo de vida fraternal, un espíritu de compañerismo artístico que los una, como en Roma;

los artistas de París viven solos, trabajan solos, luchan solos, devorados por la fiebre del lucro, por la sed de la competencia, corriendo tras la miseria del reclamo; es un tumulto de mercaderes en furor; el mercantilismo desenfrenado, hace que en París, la pintura y la escultura no sean un arte, sino un oficio, y allí no hay artistas, sino artesanos del mármol, del bronce y del pincel;

en Roma, se sueña con la Gloria; es a ese respecto una ciudad arcaica;

en París no se sueña sino con el dinero;

los artistas romanos aspiran a ser gloriosos; los artistas de París, no aspiran sino a ser ricos;

el oro del cielo basta a los artistas de Roma, y todo el oro de la tierra no basta a los artistas de París; el arrivismo sin escrúpulos, mediocre y triunfal, los deslumbra y los atrae;

los vencedores, los coronados, los *inmortales* de ese pugilato innoble, son Gérome, cargado de cruces, de diplomas, y de mediocridad; Carolus Durán, el gran cazador del *dollar*, retratista patentado de los reyes del metal y...

¿a qué nombrarlos todos?

ya no son aquellos días nobles, en que los pintores se agrupaban al pie de los grandes nombres de Ingres y Delacroix, agitándolos como banderas de combate;

los pocos grandes, los personales, viven aislados, retirados, lejos, muriendo en la tristeza y el Olvido;

los dos grandes genios verdaderos: Gauguin, el Descamps del trópico, más luminoso, más inten-

so, más vivo, y Rodín, el mago del cincel, el polífemo visionario, que modela monstruos en el mármol, única manera de modelar dioses, yacen olvidados, desdeñados, sin discípulos, porque son grandes, sin admiradores, porque son genios ; y la befa cae sobre su obra como una misericordia ;

los fragmentos de sus mármoles heroicos, sirven para lapidarlos con ellos ;

las olas del arrivismo ahito, pasan, cubren, devoran, hacen desaparecer aquellos grandes rehusadores de la gloria metálica, misántropos enormes, aislados en su magnífico sueño de Belleza ;

los rinocerontes del tecnicismo, todos los paquidermos de Academia, agitan sus grandes patas líricas, contra la lucidez de esos visionarios, despreciadores de muchedumbres, cuyas creaciones descomunales tienen el divino horror de una profecía ;

y, Rodín ve rechazados sus mármoles, y Gauguin, ve proscritos sus cuadros, porque esos bloques inmensos, toscos como un delirio de la piedra, y esas telas pomposas y raras, como un sueño de las selvas, no gustan a la brutalidad inestética de las multitudes, al sentimentalismo irritante de los dilettantes de la crítica, al ojo atónito y bestial de los bárbaros de la burguesía, habituados a la pintura decorativa de los cafés cantantes ;

el arte oficial y el arte comercial, matan el Arte ;

los artistas, convertidos en alabarderos de los ministros, en corte mercenaria de los cartagineses de ultramar, han renunciado a la inspiración por la explotación, y ese arte *commis voyageurs* sumerge el Arte y los artistas en un naufragio del cual no escaparán ; la comanda, es la ley inflexible de ese arte de *bric a brac ;* obtener la demanda de una alegoría de la República, o el retrato de un cerdo de Pensilvania ; he ahí el Ideal ;

el oro de los bárbaros, mata el Arte después de deshonrarlo ;

es verdad que no muere sin protesta ; al lado de los grandes solitarios, el genio y el pudor del Arte, han ensayado otras rebeldías ;

el Impresionismo, el Simbolismo, el Independientismo, han ensayado la protesta estéril, y han fracasado, muriendo como un dios de Wagner, en una melodía, sobre un jardín de obras inmortales ;

la Francia, evangelizada y conquistada por aquel apóstol de la mediocridad, llamado Max Nordau, ha comenzado a odiar la belleza, con el mismo horror de aquella mente de semita bárbaro, y apellida locos, a los hombres geniales, con la misma dialéctica de abarrote, de aquel judío escapado de no sé qué obscuro *ghetto* de Austria, para insultar las almas geniales ; y como sus antiguos congéneres de Galilea, bajo el dictado de Pablo el apóstata, ensayaron destruir toda la belleza pagana, una cohorte de irresponsables, a quienes las lecturas de aquel leproso, *Enemigo personal del Genio*, hiperestesían las meninges, la ha emprendido contra todo lo que hay de belleza sobre la tierra, en nombre y por autoridad de aquel hebreo inquisidor ;

el genio huye dando grandes gritos, azotado por aquellos publicanos de la prensa ;

los discípulos del gran rabino se sientan al pie de ese Calvario a esperar la muerte del Genio, crucificado por ellos ;

¡ y, el Genio expira solo ! y la sombra se hace ;

a lo lejos, en la tiniebla profunda se oyen grandes aullidos de gozo : son los bárbaros que avanzan.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

A mi llegada a París, yo vi algunos de esos pin-

tores; conocí la gran masa de estagiarios, en espera del éxito; y los hallé infantiles de vanidad, enamorados de una técnica arcaica y sin horizontes, de una rutina inconsolable, reproduciendo Corots y Delacroix, apegados a la tradición, como ostras al casco de una nave inútil, sin más rumbo, sin más orientación, que la idea fija del reclamo y del lucro;

sus *coteries*, semilleros pavorosos de envidias bajas, y de calumnias locuaces, rebozaban de *blague* y de *puff*, sin un átomo de seriedad, de sinceridad, ni de fraternidad; en ellas se hablaba más de literaturas exóticas y de políticas pasionales que de las altas y serenas cuestiones del Arte y de la Belleza;

el vicio que respiraban sus *ateliers*, era un vicio *snob*, equívoco, en que se sentía la histeria y el *mufle*, como el relente que se escapa del cuarto de un eterómano;

no era el vicio enamorado, romanesco, cuasi paradisíaco, de los estudios de la *Vía Margutta*, de donde se sentía salir como grandes bocanadas de aire, la Naturaleza sin velos, y el Amor sin artificios;

muchos de ellos me visitaron, por conocerme ya de nombre, a causa de algunos cuadros vendidos en París, o por referencias y biografías de ciertas revistas de Arte;

todos ellos me hallaron *poseur*, orgulloso, enigmático y raro; criticaron mis vestidos elegantes y mis cabellos cortos;

en esos medios de bohemismo artístico, no se concibe el talento sino a la sombra de una melena galilea, y la inspiración es una ave que no se para sino en las alas enormes de un sombrero calañés; vestirse de pana, es darse ya una fricción de Arte sobre la piel;

no recortarse la barba, es tener talento; beber ajenjo es tener genio;

yo no tenía ninguno de esos distintivos, y era por consiguiente ante ellos, como todos los artistas extranjeros, un bárbaro, un intruso, un *parvenu* a quien sólo la fortuna había hecho conceder algún mérito; nunca el mejor de mis paisajes igualaría al último Millet; ¿qué pincel de bárbaro reproduciría jamás, el preciosismo arcaico y bucólico de un Poussin?

ante su ideal dogmático y su academismo estrecho, nada valían los extraños; y, el más grande de los italianos del Renacimiento, no valía lo que el arte sin fe y la pompa gongórica del último de los pintores del Rey Sol;

las fronteras de la barbarie principiaban para ellos más allá de la *Escuela de Bellas Artes;*

el Acrópolis de aquellos extáticos era el *Instituto;* sus dioses escolásticos: los imaginistas de Rouen, los góticos de Chartres, los Clouet, los Jean Goujon, los Germain Pilon... y, Chardin, Rigaud, Largilliere, Puget, Boucher, los iniciadores del dibujo;

y, ante Claude Lorrain, Fragonard, Pigalle, Delacroix, Ingres, Courbet, Corot, Manet, Besnard, ¿qué valían los griegos todos, de Fidias al Samotráceo, y los primitivos con Fray Angélico y el Perugino; Buonarotti y Sanzio, Primaticcio y Rosso, y Tintoretto, y el Ticiano, Correggio y Gozzoli, Cimabue y Orcagna y Masaccio y Vinci? ¡nada, nada, nada: bárbaros, bárbaros, bárbaros!...

ahogados en la rutina dogmática del clasicismo arcaico, no alcanzaban a ver nada en lo pasado, nada en lo presente, que igualara o superara los dioses lares de su pintura, que pensativos sobre las montañas del Academicismo, vueltas las faces hacia el ayer, sueñan en el Silencio, el sueño eterno de las momias...

yo, era pues, ante ellos, un bárbaro más, un bárbaro venido de muy lejos, de las selvas misteriosas que baña perpetuamente el sol ;

y, como mi querida no era fácil, ni mi mesa estaba siempre abierta para cultivar la ingratitud estomacal de mis colegas, bien pronto fuí dejado solo ; abandonado a mi orgullo, entregado a mi soledad, mi amada soledad, antes tan bella, hoy inhabitable y llena de inquietudes, perpetuamente espiada por el amor de dos ojos, fijos en mí como una maldición ;

yo no salía casi, mi estado de amancebamiento, me impedía contraer y sostener relaciones honorables ; esquivaba frecuentar altos círculos sociales, por temor de ser descubierto y criticado luego ; huía la colonia de mi país, para que sus murmuraciones enconadas no fueran a llegar hasta los oídos de mi madre ; no recibía visitas, temeroso de tener que presentar a alguien mi querida y mi hijo ; y, esta rehusa obligada a entrar en la sociedad de los otros, me empujaba aún más brutalmente en mi aislamiento ; ese estado irregular de vida social, causaba un estado anormal de exaltación a mi espíritu ;

mis nervios desarreglados, por la constante excitación, tomaron todas las formas de la neurosis ; mi amor mórbido de la soledad se hizo misantropía, tuve el horror del mundo, del cual antes tenía el desdén ;

ideas anormales, casi todas inconscientes, asaltaban mi cerebro, filias y fobias irrazonadas se apoderaban de mi ánimo, miedos inexplicables, entusiasmos inusitados, seguidos de una depresión, una languidez, en que sentía escapárseme la vida ; mi impresionabilidad extrema, mi desigualdad de humor, me hacían intolerable a todos y a mí mismo ; el enervamiento me abrumaba, y el trabajo, aun

el más familiar se me hacía insoportable; bajo la obsesión repetida de mis ideas extrañas, lúgubres, mi equilibrio mental desaparecía; una fatiga general me invadía, vértigos, hormigueamientos, alucinaciones, y por último el insomnio, la terrible vigilia interminable me tomó en sus garras;

entonces, ante aquello, que era el derrumbe, el naufragio de mi vida mental, resolví consultar un especialista;

y, la tortura de las drogas vino aún a aumentar mis martirios; el bromuro, el mentol, el valerianato, combatieron mis neuralgias agudas; la convalaria, la cuasia amorfa, el hemoneurol; persiguieron mis vértigos; el cloral, el acónito, la hiosciamina, el opio, el sulfonal y la morfina, en dosis y preparaciones diversas, me libraron del horror de los insomnios; pero, todo eso me debilitaba, me quebrantaba, me hacía desaparecer paulatinamente;

combatir la neurosis, por todos los medios higiénicos, fué entonces el método radical de curación; la vida al aire libre, la hidroterapia, la electricidad, me fueron prescritas, como los grandes tonificantes y reconstituyentes del sistema nervioso; la acción dinámica de ciertas aguas me fué indicada también;

a la acción benéfica de este sistema combinado, el terrible flagelo parecía ceder;

la tonicidad del aire y de las aguas, especialmente de las cloruradas y sulfurosas, el poder refrigerante de las duchas, la acción sedativa de la electricidad, la fuerza restauradora y pasiva del masaje, estimulando los elementos sensitivos de los centros vitales, fueron con su poderosa energía reaccionando el desfallecimiento de las funciones nerviosas, dominando la irritabilidad, favoreciendo la circulación de la sangre y de la linfa, suprimien-

do los dolores neurálgicos, los vértigos y el insomnio, restableciendo gradual y triunfalmente el equilibrio orgánico;

mi poderosa juventud vencía;

pero, el mal no podía ser destruído por completo porque la raíz de ese mal estaba en el alma;

¿quién me libertaría de él?

solamente la muerte... la muerte que me anonadara para siempre, o la muerte que aventara lejos en las soledades del sepulcro la belleza de esa mujer y la inocencia de ese niño;

¡la muerte liberatriz!

¿por qué no venía? ¿por qué?

porque ella residía en mis manos, y yo no tenía el valor de desencadenarla, ni sobre ellos, ni sobre mí...

víctima de mi cobardía, oculta bajo el nombre vacuo y pomposo del deber, ¿de quién esperar misericordia? ¿de quién?...

la morfina y el éter abrían ante mí el mundo de sus sueños, sus quimeras luminosas y amnésicas;

la euforia, reparadora y lenificante, libertadora del tedio y del dolor, me ofrecía los paisajes analgésicos y pacificadores de sus paraísos artificiales;

y, el terrible alcaloide me atrajo, con el espejismo de sus nirvanas quiméricas, de sus anonadamientos, de sus grandes y misteriosas beatitudes;

felizmente, mi temperamento fué rebelde a la intoxicación, y me aparté lleno de náuseas y de disgustos, de la entrada de aquel vórtice de la demencia;

no sabiendo desaparecer por ninguna de las puertas que llevan a la locura o a la tumba; no sabiendo matar ni morir, me resigné a vivir, a vivir mi vida miserable de concubinaje y de dolor...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Eleonora y yo, no salíamos casi nunca ;

durante la semana, yo me pasaba encerrado en mi estudio, trabajando o fingiendo trabajar, evocando en vano el fulgor de mis antiguas visiones, maldiciendo mi destino terrible, fija mi vista en la selva de laureles ya petrificados con que yo había soñado coronar mi frente... y un grande y bello grito salía de mi alma al dolor de las grandes cosas imposibles...

y, quería en vano resucitar mi vida, mi vida moral anonadada, rota bajo el peso de mi cadena ;

y, fuerzas de destrucción, fuerzas de muerte, me trabajaban con un furor sordo ; todos los gérmenes mórbidos de mi temperamento surgían entonces ; todos los elementos malos de mi ser, se desencadenaban en una tempestad de violencias, y las alucinaciones, los delirios, me asaltaban de nuevo, y quería buscar la muerte y la llamaba a gritos desesperados, en la tarde magnífica, ante el poniente trágico, tras del cual la noche, como un león de las tinieblas, abría su jeta enorme para devorar el sol ;

era necesario reaccionar ;

me ponía de pie y salía, como un somnámbulo, por las calles tumultuosas, que me parecían pobladas de espectros, todos blancos, transparentes, como en una pesadilla de éter ;

y, solo, a merced de esas visiones hostiles, iba por las calles perseguido por ellas, seguido de un coro de lamentaciones, salidas de bocas invisibles... ; y las calles, las plazas, los puentes, parecían temblar, huir ante mí, en una fuga desesperada, en un hormigueamiento de líneas negras, en cuya confusión los reverberos ponían livideces y actitudes de cadáveres, gestos macabros, como de una aguafuerte de Goya...

el aire se me hacía irrespirable en plena calle,

crisis parciales de agorafobia me sobrevenían, el espacio me aterraba; entonces entraba precipitadamente en el primer café que hallaba abierto, y allí terminaba la noche, ante los topacios burbujeantes del *champagne*, único licor que soportaba mi estómago desarreglado, cuando no iba a terminar en brazos de una belleza de *trottoir*, de esas que pueblan de noche los grandes boulevares de París, y no regresaba a la casa sino en las primeras horas del alba, cuando calculaba que Eleonora, fatigada por la espera, dormía;

¡oh, el horror de esos regresos, y el más espantoso horror de las escenas que los seguían!...

la cólera mutua nos llevaba hasta los extremos de la más baja vulgaridad; y nuestros labios y nuestras almas decían cosas que nos hubieran enrojecido en las ajenas bocas;

la frecuencia de aquellas escenas, que exasperaban mis nervios hasta llegar a temer por mi razón, convertían el *menage* como todos los de su clase, en una jaula de fieras;

períodos de acalmía venían a veces, cuando alguna demanda importante y fructífera me obligaba a trabajar; absorto entonces en mi obra, olvidaba las miserias de mi vida;

para tonificar mi sistema nervioso, solíamos ir los domingos al campo, hacia *Neuilly*, *Asnières*, *Saint Cloud*, pero casi siempre preferíamos quedar en el bosque hacia las orillas del gran lago, para almorzar allí al aire libre;

aquellas excursiones burguesas, que yo juzgaba ineficaces, agriaban mi ánimo, y el día que debía ser de fiesta, se tornaba casi siempre de guerra y de disgusto, al fin del cual, Eleonora, regresaba siempre a casa con los hermosos ojos llenos de lágrimas, con una onda impetuosa de soliozos ahogada dentro el pecho;

ella también se enervaba, se enfermaba, comenzaba a histerizarse con esta vida de contrariedades y de angustias inacabables ; el contagio la ganaba ;

a veces salíamos de noche ; los cafés de la ribera izquierda no nos gustaban ; el ruido de *Vachette Sufflot*, *François I*[er], todas esas *brasseries* y tabernas que sudan la lujuria y el alcohol, esas cervecerías llenas de estudiantes y *cocottes*, tumultuosas y viciosas, más bien que disiparlas, exasperaban nuestras tristezas, y chocaban contra la distinción nativa y la educación refinada de Eleonora, que se sentía extraña y aminorada, en esos medios vulgares ;

más bien solíamos después de que ella había acostado a Manlio, para con el cual se había convertido en una verdadera y amorosa madre, y a quien empezaba a profesar esa adhesión heroica, ilimitada, que había tenido por Ettore Dalzio, pasar los puentes y refugiarnos en uno de los grandes cafés de la ribera derecha ; casi siempre, preferíamos un café-concierto ; en verano : *les Ambassadeurs*, *l'Horloge*, *Casino* ; en invierno : *Olimpia*, *Folies-Bergère*, o nos dejábamos seducir por las aspas lucientes del *Moulin Rouge* que se movían, como alas de una mariposa incendiada, allá arriba, sobre las alturas de *Montmartre ;*

pero Eleonora, prefería los espectáculos serios, más acordes con su educación y su carácter ; en ella, la raza no abdicaba, la gran señora permanecía intacta en sus gestos, en sus aficiones, en las exquisiteces de sus gustos, en su odio a la banalidad y a la vulgaridad ;

los estrenos de óperas, especialmente en la *Ópera Cómica*, nos contaban siempre entre sus asiduos ;

el alma eminentemente artística de Eleonora, alma de raza y de país, tenía el culto de la verda-

dera y gran música, y los conciertos *Colonna*, las audiciones de la *Pepinière*, y de la Sala *Erard*, eran su supremo encanto;

las olas de aquella música parecían ahogar nuestros dolores, y nos sentíamos como transfigurados, radiosos, cual si un baño de felicidad nos hubiera resucitado, cambiado, vuelto a las cimas luminosas de nuestro antiguo amor...

el regreso, después de haber cenado en la *Paix*, o en el *Café Royal*, era alegre, ruidoso, casi siempre tarareando alguna aria de la música escuchada;

y, llegados a casa, nos amábamos como en otro tiempo, nuestros cuerpos jóvenes y vibrantes se enlazaban en el Amor, en abrazos precarios que parecían apasionados;

¡oh, el horror del despertar al día siguiente, el mismo horror de todos los días, al verla a mi lado acostada cerca de mí, perfecta en su quietud, dormida en su inmutable belleza!

¡cómo subía entonces el odio a mi corazón en oleadas vertiginosas, contra ella, contra la enemiga de mi libertad, la acechadora de mis sueños, la cortadora de mis alas, mi carga, mi cadena!... ¡oh, cómo hubiera querido pulverizarla, anonadarla, desaparecerla de un solo golpe!

mis miradas buscaban sobre su seno desnudo, el lugar donde un puñal pudiera atravesarle el corazón; su cabeza caída sobre la almohada, su cuello admirable, me incitaban a cortarlos, gritaban por una hacha;

¡ah, su sangre, su sangre! cómo sería cara a mis ojos estupefactos, y en la crisis de mi rencor sordo y profundo, mis manos nostálgicas de garras, se tendían hacia su garganta opulenta, como para estrangularla... y, me retiraba asustado contra el muro, ante aquel delirio rojo, que perturbaba mi razón...; y la miraba dormir, rememoran-

do y llamando sobre ella, todas las causas fortuitas que pudieran hacerla desaparecer; una congestión, una aneurisma, una neumonía, una apendicitis, que la arrebatara de mi lado...

¡oh, con qué intenso placer pensaba entonces en el esplendor de su belleza muerta, en verla amortajada por mis manos, cubierta de rosas, que yo mismo arrancaría para ella; llevada al cementerio por mí; puesta por mí mismo en la fosa, bajo la lápida que impediría toda resurrección, dormida para siempre, para siempre lejos de mí, separados por la Eternidad!...

acaso entonces la perdonaría, al poner sobre ella el beso que un prisionero pondría en la reja de su celda abandonada, ya cerrada para siempre, o en los eslabones de su cadena rota...

viéndola dormir, sintiéndola cerca, todos mis rencores estallaban en el ánimo, mis rencores que eran un dolor, el dolor de verla viva, al lado de mi vida encadenada;

así se pasaron días, meses, años, en esa desolación desesperada, que me conducía lentamente a la muerte...

renuncio a contar mi calvario, la insondable amargura de esos años, en que soporté a mi querida como una enfermedad, y soporté su amor como una pena...

¿por qué me obstinaba en vivir? ¿por qué?

porque una luz de Arte aleteaba aún en mi cerebro, como una águila moribunda, y vibraba en el vacío de mi vida, mi pobre vida esclava, llena de silencios sin grandeza y de pasiones sin glorias;

la invitación hecha para concurrir al *Salón de Otoño*, la seguridad de ser admitido en él, comunicó a mi alma un extraño vigor, y la certidumbre de hacer un cuadro superior a todos mis cuadros anteriores, algo digno del premio y de la gloria, re-

templó mi ánimo decaído y me puse al trabajo con una tenacidad que era una fiebre; y me absorbí en él;

el Arte, es una liberación, y algo decía a mi vaga esperanza:

—Efectúa tu sueño; marcha hacia él, en el silencio radioso vecino del Misterio; ¡triunfarás!

en la gran sombra, voces me hablaban... y sentía allá lejos la presencia del Infinito acariciar la fuerza de mi sueño...

y, la Inspiración, la solitaria sublime, dijo a mi corazón:

—¡Olvida y crea!

y, traté de olvidar y de crear... y sentí que su aliento de perfumes rompía todos mis dolores, y todo cambió en mi vida, como a la luz de un reflejo suave;

y, amé mi Inspiración...

y, sentí el vértigo de ella;

*¡Surge et illuminare!*

*¡Resurrectio!...*

*

Una mañana de fin de invierno, una de esas mañanas crudas y desapacibles, que invitan a llorar, cansado de vagar por *Le Jardin Luxembourg*, acumulando emociones, líneas y colores para ciertos toques de mi cuadro, perseguido por la brisa inclemente, me refugié en un café ; allí me di a repasar cuasi indiferente los diarios de la mañana ; la política tediosa y ruin los llenaba casi todos ; las bocanadas del escándalo hacían temblar las letras, en *les faits divers*, y una literatura epileptiforme a lo Brunetiere, llenaba el resto ; repasaba la sección : *A travers Paris*, del *Matin*, cuando tropecé con un suelto que no sé por qué llamó fuertemente mi atención : *Mort de faim et de froid* ¡ muerto de hambre y de frío !

¿quién podía morir así, en la capital del mundo civilizado? y, el suelto decía : «hoy en las primeras horas de la mañana, fué encontrado sobre el *trottoir* del *Boulevard Saint-Germain*, cerca a la Escuela de Medicina, un pobre viejo desmaya-

do; ayudado por los agentes, fué llevado a una farmacia, donde un cordial lo volvió a la vida; dijo llamarse Víctor Vanutelli, ser italiano, artista pintor y vivir en la *rua Cujas;* se negó a ir al hospital, y fué conducido a su domicilio; el médico, que ocasionalmente lo asistió en la farmacia, nos dijo que el viejo moría de hambre y que tenía un principio de congestión ocasionada por el frío; en la casa de la *rue Cujas*, a donde fuimos a buscar noticias, nos dijeron que el viejo era un solitario, a quien todos tenían por un nihilista ruso; como se ve, nuestro clima se hace autocrático, y París, convertido en una nueva Siberia, mata los enemigos del Czar, por el hambre y por el frío; es un lado desconocido de la alianza franco-rusa.»

aquel suelto me reveló la verdad toda;

aquel viejo era Vittorio Vintanelli, por más que el reporter, afrancesando el nombre, le hubiera puesto un apellido de cardenal; aquella púrpura graciosa no ocultaba al gran Rebelde;

monté en el primer coche que pasó y me hice conducir a la *rue Cujas;*

me apeé ante la puerta que llevaba el número indicado por el diario; era una de esas casas sucias y obscuras, un hotel *borgne* tan numerosos en ese barrio, donde se agrupan amontonados, todos los desechos de la miseria, todos los náufragos de la proscripción; de las letras, de la huelga, y del crimen; un antro de desheredados de la suerte, uno de esos lugares de dolor oculto, de que está pletórico París;

pregunté a la portera;

mi traje negro debió hacerme pasar a sus ojos por un médico o por un inspector de policía, porque me dijo muy obsequiosa:

—*Le viei? Il n'a pas encore crevé...* — ¿el viejo? ¡no se ha reventado todavía!...

he ahí toda la frase de admiración, de respeto, de gratitud que a aquella ogresa villana, le merecía, el gran defensor del pueblo, el gran amador de multitudes, el gran sacrificado... ;

ése es el pueblo ;

eso es esa bestia ciega que no obedece sino al azote, ese monstruo bestial y antropófago que devora sus apóstoles y lame con gratitud las manos ensangrentadas de aquellos que le desgarran los lomos...

ése es el Pueblo ;

subí hasta el quinto piso, por la escalera tortuosa, llena de inmundicias y de ruidos, hasta encontrar la buhardilla miserable que habría desechado el último ganapán, y donde se había refugiado un genio vencido ;

entré ; luz no faltaba, entraba a torrentes por la ventana sin vidrios, por todas las claraboyas sin resguardo, por la puerta desvencijada, por todas las hendiduras de los muros agrietados ;

hacía una temperatura polar, la nieve de las noches anteriores, acumulada afuera, se derretía lentamente, y filtraba una agua helada por los vidrios rotos, por los muros porosos, por el zinc disyunto de los techos, y corría por el suelo de aquella perrera glacial e inhabitable ;

allí sobre una especie de lecho, formado de libros y papeles, sin colchones y sin ropas, sobre unas mantas harapientas, estaba extendido un hombre :

era bien Vittorio Vintanelli ;

su barba patriarcal hecha cándida, le descendía en ondas de un argento mórbido, hasta más abajo del pecho ; su delgadez ascética, su palidez marfileña, eran cuasi transparentes, terrosas como las de un cadáver : su cráneo luciente, sin cabellos, brillaba como un retablo a la luz de un cirio ; había cerrado los ojos ; se hubiera dicho un eremita en

agonía ; un rayo de sol blanco y sin brillo, daba un reflejo acuoso, casi verdáceo, sobre esa cabeza supliciada, que emergía como una máscara del martirio, abofeteada ; el martirio es un castigo, un justo castigo de haber creído en el bien y haberlo practicado ;

cerca del lecho yacía una mujer, ensayando introducir en la boca del enfermo una cucharada de alimento, que los dientes apretados no dejaban penetrar ; pálida, casi tan pálida como el moribundo, parecía hecha de crepúsculos y de mudeces ; tipo raro de espiritualidad, cuasi incorpórea, cuasi insexual, se movía borrosa y confusa como una sombra ; en aquel rostro de miseria y consunción, no se veían sino los ojos, dos ojos grandes, intensos de martirio, ojos de esos extrahumanos ardidos por el ideal de una visión, tristes por la miseria de amar la humanidad, ojos de los cuales se escapaba una tan gran dulzura, que era casi una belleza ; la boca larga, delgada, tenía la contracción violenta de las bocas de dolor y de verdad ; bocas que han apurado todo el acíbar de las grandes penas, y dicho las más grandes palabras de la Vida ; bocas de las cuales no ha volado el beso, pero en cuyos labios, sangra prisionera la paloma teúrgica del Verbo ; boca de Profetisa y de Sibila ;

el rayo de luz, que iluminaba la cabeza apostólica del viejo, nimbaba también la de la mujer ; se diría el cuadro de un monje primitivo, reproduciendo una escena de cristianos en las catacumbas, bajo el reinado de Domiciano ;

la mujer me vió entrar y toda absorta en su misión fraternal me dijo :

—Ya no puede pasar el alimento ;

y, puso la taza con el cordial sobre un cajón que había al lado ;

tomé una mano de Vittorio en las mías ; estaba

helada y rígida ; la muerte invadía ya las extremidades ;

me acerqué a su oído y lo llamé ;

intentó abrir los ojos, ya turbios y sin vista ; uno solo obedeció a su deseo, y en la mirada de ese ojo, ya lleno de la muerte, en esa mirada, casi de ultratumba, vi que me reconocía ;

una lágrima, elocuente como un grito, rodó por sus mejillas hasta su barba, y quedó brillando allí, como una estrella en un río profundo :

—¿Cuál es su nombre?—preguntó la mujer :

—¿Lo ignoráis?

—Sí.

—¿Y, como habéis venido?

—Supe que se moría solo ; soy su vecina ; el dolor no tiene nombre ni patria ;

además... yo comprendía que era de los nuestros ; los desterrados nos amamos sin conocernos...

—¿De dónde sois?

—Soy rusa ;

entonces le hablé de ese hombre grande que moría ante nuestros ojos ;

la mujer pálida se transfiguraba oyéndome ; su fealdad ascética se hacía radiosa ; las mujeres de la Biblia, no mostraron más unción viendo alzarse ante ellas la figura agonizante de Jesús de Galilea ; ni María la de Magdala, y Marta la de Bethania, temblaron de más divina admiración, envolviendo para enterrarlo el cuerpo del Nazareno ajusticiado, que aquella sombra de hembra iluminada y dolorosa, al saber que era Vittorio Vintanelli, el gran Refractario, el que moría así de hambre y de frío en ese lecho de harapos ;

ella había leído a Vittorio Vintanelli ; el rugido de aquel gran león de libertad, había llegado hasta ella, en el silencio helado de la eterna noche de Siberia ; porque ella también era un apóstol, ella

también era una mártir ;

cuando su hermano, estudiante de Moscou, fué condenado a muerte, en una de esas grandes conmociones que el espíritu nuevo produce al pie de las cátedras en Rusia, y agraciado luego, fué deportado a Siberia, ella lo siguió y fué la sombra de su cuerpo y el sol de su alma, hasta que bajo los golpes del *knuk* y el frío mortal, sucumbió el niño idealista, que como otros tantos habían soñado con la libertad, en ese desierto de almas, en esa gran zona de barbarie moral, que se extiende más allá del Cáucaso ;

era allí que había leído los libros de Vittorio Vintanelli, que filtraban como un rayo de luz a través de la red espesa de la vigilancia carcelaria ;

exaltada, visionaria como su hermano, ella también había sido apóstol, había predicado la buena nueva entre gentiles ; había sufrido el hambre y la cadena, y salvada milagrosamente, había escapado, peregrinando de China al Japón, del Japón a América, de América a Europa, predicando sus ideas, dejando caer el germen de sus sueños rojos, de eslava vengadora, de San Francisco a Chicago, de Chicago a New-York, de New-York a Londres, de Londres a París, donde era el alma de esa colonia de sombras, que en el desamparo y la miseria, sueñan con la visión de un místico Canaán, más allá de los montes Urales, en el corazón de su imperio tártaro y feroz ;

y, allí agitando en la miseria su antorcha roja, el frío de París la había herido por la espalda, y en un lecho de hospital había ido a reposar su cuerpo de virgen rebelde, su pobre cuerpo que consumía la tisis ;

hacía apenas dos días que había abandonado el hospital, cuando la suerte la colocó así frente a

frente de aquel gran vencido, que moría víctima del mismo Ideal :

—El, Kropotkine, Bakunine, he ahí mi trinidad de pensadores—dijo la rebelde acrática, contemplando honda y dolorosamente aquella ruina humana, aquella cima de pensamiento y de energía que se derrumbaba a nuestra vista :

—¡ Cómo es triste morir sin vencer !—dijo la irreductible Hipatia, y un gran sollozo conmovió su pecho hundido y frágil, de tísica ya espiada y esperada por la muerte ;

un ruido que salía de là garganta del gran viejo inerme, interrumpió nuestro diálogo.

Vittorio Vintanelli agonizaba ;

en el silencio del cuarto se oía el ruido de aquella agonía tranquila, como el ronquido de un león que duerme ;

fué cosa de pocos minutos ;

de súbito, el moribundo abrió los ojos, unos grandes ojos visionarios y lúcidos, como si la bruma de la muerte, hubiese huído de ellos, y los fijó en mí, tiernos, paternales, llenos de interrogaciones... así un minuto ; luego, gradualmente se fueron entenebreciendo, la vida se retiró de ellos como una marea, se nublaron, se extraviaron, se hicieron fijos, blancos, como los de una estatua, el estertor cesó, y un rictus mortal, crispó su boca :

—Dios sea con él—, dijo la rusa viéndolo expirar ;

por un movimiento convulsivo, Vittorio Vintanelli se sentó, su figura se llenó de una luz extraña, una luz de transfiguración, un esplendor intenso, como una aurora de rayos irradió en sus pupilas y en su frente ; se diría que iba a vivir, a volar, a fulminar ;

su boca, antes llena de una apacibilidad luminosa, se hizo amarga, casi iracunda, como para el alumbramiento de una gran verdad, y extendien-

do sus manos al espacio, cual si quisiera estrangular al Gran Mito, gritó :

—¡ Dios, es una mentira ! ¡ No hay Dios !...

cayó sobre un lado, la cabeza inerte, con un gran resplandor de gloria sobre la faz helada ;

una serenidad instantánea se exendió sobre el rostro, hecho bello por la calma de la muerte, imponente en su inmovilidad de piedra, que lo hacía semejar a una estatua de Saturno en reposo ;

le cerramos los ojos, que aun parecían mirar, y la boca rígida que parecía aún estremecida por el soplo de la última gran verdad que había volado de ella ;

y, lo dejé allí, con aquella mujer arrodillada, llena de una santa ternura, de una admiración adolorida, que era como la caricia de un martirio a otro martirio, el esparcimiento misterioso de un corazón, el gemido de una santidad hacia otra santidad ; y fuí a arreglar las cosas del entierro ;

cuando volví, horas después, la mujer estaba aún extática, inmóvil al pie del cadáver ; cuando debió alejarse, porque íbamos a amortajarlo, se inclinó con una emoción de ritualidad sobre el pobre muerto, y con todo fervor de su fe adivinatriz, besó la gran frente de soledad terrible, donde estaba divinamente escrito, el poema doloroso de la miseria de creer, la terrible expiación del gran crimen de amar las multitudes, de haber amado el corazón ingrato y cruel de todos los oprimidos de la tierra ;

el *croque-mort*, que venía conmigo de la agencia funeraria, para ayudarme al amortajamiento, parecía sorprendido y conmovido de tanta miseria ;

al desvestir el cadáver para envolverlo en el sudario, la última tristeza se reveló a mis ojos ; Vittorio Vintanelli, no tenía camisa, ni ropas interiores ; una bufanda le ceñía el cuello, una larga le-

vita cerrada con alfileres, unos pantalones descosidos y agujereados... ; nada debajo, nada para proteger su cuerpo demacrado ; por las botas despedazadas y casi sin suelas, entraba el agua hásta sus pies sin medias, húmedos aún por la lluvia de aquella mañana fatal...

lo envolvimos en las grandes sábanas que yo había hecho traer para el efecto ; y lo pusimos en el féretro ; las blancuras del rostro, de la barba, de las mortajas, se confundían en una sola, y con la rigidez de la muerte parecía una estatua de Moisés, tallada por Rodin ;

cuando tuve necesidad de salir para arreglar todas las formalidades de la defunción, el gran muerto no quedó solo, porque la rusa volvió a ocupar su puesto, más transfigurada, como si brillase en ella una mayor luz de misterio y de verdad ;

y, allí veló toda la noche como en misterioso diálogo con el muerto, cual si una misma intensa luz de esperanza y de verdad los iluminase a los dos...

una alba de silencio eterno los envolvía...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

En la tarde brumosa del día siguiente, éramos cuatro las personas que seguíamos aquel gran vencido al cementerio.

Eleonora, Manlio y yo, formábamos un grupo ; la rusa iba a nuestro lado, silenciosa, como automática, fijos los ojos tenazmente en el ataúd, como si de él viese salir una gran luz ;

no había sobre el carro más coronas que las nuestras ;

el féretro humilde se mostraba escueto, bajo el sol triste que lo rodeaba de nimbos, severo entre

las corolas de las grandes flores que lo acariciaban como alas ;

así atravesamos París, bullicioso, indiferente, hasta el cementerio de *Montmartre;* nadie entre los pasantes podía sospechar que aquel gran muerto había muerto por nosotros, por todos los hombres ; muerto de dolor, de miseria y de abandono : que aquel cadáver había sido un ser de Humanidad, de Caridad, de Fraternidad, de todas esas palabras, torpes y vacías que llevan a la locura estéril del sacrificio, y conducen a la inanidad temeraria de los suplicios heroicos ;

los burgueses se descubrían ante la muerte, no ante el muerto ; el pueblo esbozaba un gesto torpe y perezoso, para saludar a aquel que le había dado su vida en holocausto, y todos seguían atareados, febricitantes como enloquecidos en la lucha miserable de una vida, en que el dolor reina como amo ;

llegados al cementerio, hicimos círculo para decir adiós a aquel que se iba ; un rayo de sol oblicuo y rojo, proyectaba y engrandecía nuestras figuras sobre el féretro, y prendiéndose a las iniciales y las molduras doradas del féretro, lo envolvía en un gran fulgor de hoguera.

Eleonora, sollozando, se puso de rodillas ; Manlio, lloraba ; la rusa rezaba, con los ojos cerrados, como si pensara en ese momento solemne en todos los desiertos de su vida ;

¡ no descendió a la fosa, sin lágrimas aquel que había enjugado tantos lloros, aquel que había dado todo a la Humanidad para morir !

cuando el cadáver descendió en la sepultura, la rusa arrojó sobre él, un ramo de lilas ; ¡ pobres lilas de a *deux sous*, que temblaron sobre el muerto como lágrimas ! y, dobló la cabeza como sollozando en lo imposible, sobre la miseria de todas las

perfecciones... y, con una mirada, triste como la vida, se alejó por el sendero estrecho bañado de sol, como por un camino regado de cenizas... y ella también era una sombra ;

sobre el sepulcro, las manos señoriales y piadosas de Eleonora, extendieron las coronas cuyas flores centellaron al sol, como astros de misterio ;

todos regresamos en silencio, en medio de la gran sombra crepuscular que caía sobre la ciudad, y envolvía lentamente nuestras almas ; ¡ tristes, como sintiendo en nuestro espíritu la presencia vaga y grandiosa de la Muerte ! ¡ tristes a causa de la Vida !

*

El día del *vernissage*, llegó al fin ; yo lo esperaba con una emoción intensa ; toda mi nerviosidad se había gastado en espera de ese día ; iba a gozar la grande y terrible emoción del contacto decisivo con el público ; iba a juzgar el efecto que haría mi cuadro, aceptado por el jurado, en medio del despecho de los que no habían llegado, y el celo mal reprimido de los que llegaban conmigo.

Eleonora y yo, estuvimos desde temprano a las puertas del Gran Palacio, y entramos en él, con la multitud elegante, que todos los años llena aquel día, más por *snobismo*, que por amor del Arte, los salones de la Exposición ; multitud heteróclita y *bariolè*, cosmopolita y seudo intelectual, de la cual se escapa un insoportable relente de fatuidad dorada y letrada, capaz de asfixiar todas las ambiciones en un corazón bien puesto ;

damas en gran *toilette* pintadas y emplumadas, como un paje de ópera ; mujeres escritoras, llenas de una suficiencia más opulenta que sus senos y sus

ancas calipigias, cansadas de ofrecerse y exhibirse, en redacciones, ministerios, y *ateliers;* espantosos marimachos feministas, lésbicas y onánicas, con rollos de papeles bajo el brazo, prontas a tomar notas para sus revistas de Arte ; americanas *reporters*, vasos de impudicia, llenas de hipocresía, cerrando los ojos ante una estatua desnuda, y siendo capaces de desnudar todos los granaderos de la guardia, entre los dos batientes de una puerta ; *cocottes fanès*, mastodónticas y redoradas, cuya pintura de treinta años, sería capaz de resistir sin avería todos los torpedos de una escuadra ; horizontales jóvenes en vena de arte o enamoradas de un artista ; y las *queridas* del gremio, sencillas y discretas, charloteando por grupos, con una vivacidad de pájaros ;

mezclados a esa legión femenina, de la cual se escapaba un perfume excitante de carnes en sudor y de esencias de tocador, se veían, igualmente pomadeados, acicalados y trajeados, los hombres indispensables de toda apertura de Salón ; Mecenas apócrifos y respetables, de una gravedad monolítica ; diaristas presuntuosos y *blagueurs*, casi todos calvos ; porque su pelo como la naturaleza le tenía horror al vacío ; críticos voraces y mordaces, todos ignaros, pero todos ruines, vendidos al reclamo, pontificando y barbarizando desde las columnas de los grandes diarios, haciendo y deshaciendo reputaciones con volubilidades de griseta histérica ; cronistas empenachados de fatuidad, con pretensiones a escritores ; gacetilleros portentosos de *toupet;* todos los de las altas y las bajas capas de la prensa, llenos de suficiencia heroica y de orgullo imbécil ; y luego todo el mundo del *Sport*, los *clubman;* los banqueros, los *dilettanti*, en fin, el *tout*-París, de los estrenos, de las carreras y del *vernissage ;*

provisto de una guía, logré llegar hasta mi cuadro que estaba gentilmente colocado en frente de una luz que le venía de lo alto, animando los colores, dándoles vida y vibración ;

hago gracia de los cuadros admirables, expuestos en las diversas salas, y en que todos los estilos y todas las escuelas estaban representados, y al lado de los cuadros poderosos de ejecución y de idealidad de los pintores jóvenes, había grandes telas de los príncipes del pincel, donde lucían los nombres ya gloriosos de Charpentier, Delcombe, Besnard y Bouguereau ; ¿qué pudo merecer el elogio y triunfo de mi cuadro? acaso lo exótico del tema, unido a la valentía del color y la perfección del dibujo, que ha sido mi preocupación constante en la pintura.

*El Cafetal*, tal era el nombre de mi tela, representaba una recogida de café bajo la sombra dulce de los grandes árboles, en las azulidades difusas de la selva, donde el grano rojo parecía sangrar bajo las manos de las cogedoras, que se abatían sobre él, como grandes mariposas rosadas ; en la profundidad de la montaña se veía el agua clara de un arroyo, en el cual un pato tornasol abría las alas, mientras el sol horizontal prendía en las copas de los árboles extrañas rosas de oro que iluminaban el fondo profundo y silencioso del paisaje ;

algunos grupos se estacionaban frente de él, los unos lo admiraban todo ; otros hacían distingos ; unos se decidían por el colorido ; otros por el dibujo ; quién por la intensidad poética del conjunto ; quién por las cabezas de las cogedoras, que parecían grandes flores pensativas ;

ello es, que contra todos mis pesimismos, el cuadro triunfaba ;

desconocido de todos, pude mezclarme a la multitud, oír los elogios y las críticas y apurar algunos

tragos de licor amargo y delicado, pero siempre fatal, de la celebridad ; y no me embriagó a causa de mi ambición, de mi ambición inmensa, que no ama sino la gloria, de la cual la celebridad no es sino una parodia estéril ; la gloria es el rostro de la Inmortalidad, del cual la celebridad no es sino la mueca ; la celebridad es efímera, flor de capricho y de neurosis colectiva ; ¿cómo podía coronar ni llenar mi corazón?...

y, triste fuí a causa de mi triunfo, y miré mi cuadro con una cólera sorda, una gran cólera que me impedía llorar ;

lleno de un gran silencio interior, me senté en un banco inmediato, y me dejé caer en él como si me hundiese en la sombra ; y, me sentí feliz en mi aislamiento, rodeado de mi propia tiniebla, que hacía en mí un abismo ;

quedé estupefacto ante mi propia soledad moral, y miré mi cuadro sin amor, como si fuese una obra de otro ; y quedé asombrado, pensando que se pudiera luchar para vencer ;

¡ vencer ! ¿qué significa ese grito que sale de la sombra hacia la Nada?

¡ el esfuerzo ! desplegamiento de alas de una oruga hacia el sol, ¿a dónde va ese gesto desesperado de la impotencia hacia la luz?...

yo había dejado a Eleonora y Manlio en el Restaurante donde habíamos almorzado, y me detenía allí, invadido por mis tristezas, roído por mi mal interior que devoraba todas mis ilusiones, como uno de esos grandes insectos cazadores de luciérnagas en la noche... y, me aletargaba en mi monstruoso desencanto, que entumecía y mutilaba las alas poderosas de mi sueño ;

y, a causa de mirar tanto en la tristeza de pensar, no encontraba nada que pudiera consolarme

de la miseria de vivir; y todo se obscurecía a causa de la sombra de mi corazón;

el gran tumulto iba pasando, y sólo algunos retardatarios de selección, se agrupaban con calma en torno de aquellos cuadros que más les habían llamado su atención;

en el grupo ya escaso, que se estacionaba frente al mío, un hombre y una mujer me interesaron entre todos, por la insistencia y el calor con que analizaban ciertos detalles del cuadro;

él era pequeño, grueso, ventripotente, los cabellos y el bigote rubios, ya entrecanos; se hubiera dicho un librero de *Leipzig*, un cervecero de *Hambourg;*

ella era maravillosamente delicada y bella; un tanagra, un *Sevres*, el modelo de un primitivo de *Fiesole;* su rostro de una pureza de líneas, de una armonía de proporciones, que hacían pensar en esos ángeles de Antifonarios, que monjes artistas crearon en el siglo diez y seis, tenía una palidez de camelia, en la cual dos ojos verdes, de un verde tierno y glauco que recordaba las algas del océano y los botones de clemátides cerrados, se movían lentos y graves, bajo una frente tersa, y grandes cejas obscuras como la cabellera castaña, con reflejos rojos de cobre, como las de aquellos retratos que cual poemas de Arte, de Vida y de Silencio, llenan las salas pinacotaicas del palacio de los *Doges*, en Venecia, en los cuales, sobre rostros con transparencias de muranos, se entorchan cabelleras vertiginosas, como serpientes negras, estriadas de oro; todo en ella era infantilidad, gracilidad, ligereza eurítmica y aérea: se diría hecha para volar como una libélula; era como un silfo, encarnado en una Gracia, de Tiépolo:

—Es inmenso de verdad—decía ella, mirando el cuadro—; ¿no ves cómo se parece a la Tebaida de

don Ricardo Juárez? ¿te acuerdas cuando nos invitaron a la cogida del café?

—Sí—dijo él—, es magnífico— ; y su ingenuidad, no ocultaba sino a medias, que su linfa abundante, no le permitía interesarse tanto por las bellezas pictóricas del cuadro ;

la admiración venía toda de ella, que exclamaba :

—Aquí no comprenderán nunca eso, no podrán comprender esa verdad, porque la ignoran ; aquí no conocen sino nuestra naturaleza de acuarela, nuestros grandes bosques, que cabrían todos en un telón de teatro ; nuestros árboles, que se podrían atravesar con un alfiler de sombrero ; aquí no sospechan siquiera el Trópico ; no conocen más flora que la del Jardín de Aclimatación, ni más fauna, que la fauna doméstica de Rosa Bonheur ; aquí no conocen el café sino tostado ; ¿cómo van a apreciar bien un cafetal? el alma de los críticos, no comprenderá nunca este cuadro, porque no lo han *vivido ;* esa naturaleza les es extraña y no pueden tomarla sino por una exageración de fantasía ; y sin embargo ¡qué verdad de colores! ¡qué gran verdad! ¡si parece que huele a bosque!...

y, sus narices se abrían vibrantes, parecían olfatear, como las de una gacela que ve el prado ;

esa conversación, matizada de palabras españolas, y nombres criollos, me hizo sospechar que aquella gente hubiera estado en mi país, ya que su acento no dejaba duda de que eran franceses ; y resolví acercarme poco a poco a ellos :

—Aquí no conocen—continuaba en decir ella—otra naturaleza exótica que la de los orientalistas, que parecen todos un álbum de *Salambó*, ilustrado por Flaubert mismo ; el Oriente de Delacroix... el Oriente de Descamps, siempre la misma monotonía asoleada y grandiosa... perspectivas de desiertos y de oasis, caravanas blancas bajo horizontes

rojos... palmas, camellos, el horror del desierto sin belleza ; a mí me dan sed aquellos cuadros ; y luego los otros ; los pintores de Palestina, de Jericó, el mismo sol, las mismas murallas, los mismos llanos inclementes... ilustraciones de la *Biblia* en grande escala ;

pero, la gran naturaleza la ignoran ; sólo Gauguín, reveló un punto de ella, y lo declararon loco... mucho temo que el destino de este cuadro sea semejante :

—¿Quién es el autor?—dijo el marido a quien su miopía exagerada impedía leer la pequeña placa dorada, puesta al pie ;

ella inclinó sobre la guía su admirable cabeza de paje palatino, adornada de un fieltro azul con una pluma blanca y deletreó las sílabas de mi nombre : Flavio Durán ;

al oírlo de sus labios amé mi nombre y me pareció que todas las orquestas del mundo entonaban un himno de gloria para mí :

—¿Tú lo conoces?

—No.

—Debe ser muy joven, porque *allá*, no lo oímos nombrar ;

*¡allá !*—¿Habían pues estado en mi país? eso me hizo aproximarme más a ellos :

—Sus mujeres son deliciosas — continuó la joven— ; mira qué carnaduras, qué expresión de rostros y de ojos ; yo quisiera ser retratada por él :

—Imposible ; ¿no has convenido con la señora Pobeda, ir mañana a casa de Madrazo.

—Sí, pero yo quiero que sea este pintor de *allá*, el que haga mi retrato— ; y, dió con el cabo de su sombrilla en el suelo, como enfadada por ese asomo de contradicción.

—Y, ¿cómo hacer si nosotros no conocemos ese

pintor?—dijo el hombre, como temeroso de haberla disgustado.

—El Cónsul de su país debe conocerlo—dijo ella, con una voz hecha dulce y como privada de toda fuerza.

—Es verdad, yo averiguaré con él;

y, discutieron luego del cuadro, porque el hombre sostenía, que en aquellas alturas de las cordilleras, no había patos tornasoles, que el color de las alas era excesivo, y que el animal parecía un cisne negro de Australia;

ella sostuvo haber visto allá patos de ese color y nombró las lagunas y los sitios donde abundaban los palmídepos así;

y, como yo hiciese involuntariamente una señal afirmativa con la cabeza, ambos volvieron a mırarme fijamente:

—¿Conocéis esa región?—me dijo él, con admirable cordialidad.

—Sí, señor;

y, con motivo de ese detalle de verismo continuamos en hablar; ante ciertas explicaciones técnicas sobre el cuadro y ciertas apreciaciones del medio, ella me preguntó seguidamente:

—¿Sois pintor?

—Sí, señora.

—¿Exponéis en el Salón, este año?

—Sí.

—¿Cuántos cuadros?

—Uno.

—¿Dónde está colocado?

—Ahí.

—¿Cuál? ¿éste? ¿el cafetal?

—Sí.

—Sois Flavio Durán.

—Servidor.

—¡ Ah !—dijo ella con una emoción visible— ; ¡ cuán felices somos en conoceros !

y, me tendió su mano franca con una inocente camaradería, ajena a todos los convencionalismos ;

y, conversamos larga y amigablemente sobre el arte y sobre mi país ; ellos conocían bien este último, porque él había sido Cónsul General en la capital, por varios años, y ella lo amaba por haber pasado allí, según su decir, los más bellos años de su vida ;

a esta sola frase, un celo feroz y obscuro se desencadenó en mí, contra los hombres y las cosas de mi país ; ¿por qué había sido feliz allí? ¿era una historia de amor? ¿por qué eran esos los más bellos años de su vida? ¿por qué me hacía sufrir ya aquella mujer que desarrollaba a mis ojos, motivos infinitos de visiones? ¿por qué mi alma ansiaba beber ya el secreto de su vida en el misterio de sus ojos, en el abismo de su belleza, hecha para la maravilla y para la adoración?

lo insondable y lo inabarcable constituyen toda la grandeza y toda la fuerza del pensamiento y del deseo ;

ella se sentía envuelta por mi mirada como por una capa de fuego, circuída de adoraciones mudas que caían a sus pies como flores, y se sintió como encerrada por un gran deseo, que reproducía su imagen como un río profundo ;

su mirada límpida irradió de cosas misteriosas, y como si sintiese el mareo de los vertiginosos espacios que se abrían en mi corazón, me tendió su mano, diciéndome con emoción :

—Prometednos que iréis a vernos : ¿lo prometéis?

—Sí,

—¿Cuándo?

—El próximo domingo.

—Os esperamos ; no faltéis—dijo ella, con una como embriaguez de alma en la voz, con una emoción intensa y profunda en la mirada ;

y, los vi partir, y los seguí con los ojos, como si mi vida se disolviese, se condensase, se arremolinase, en torno de aquella cabeza de mujer, que surgía como un sol sobre las cimas negras de mi corazón ;

y, la miré perderse y desaparecer en el silencio radioso, como en un nimbo espacioso de idolatrías, donde la seguían mis ojos cargados de enternecimientos, que eran como plegarias ;

y, quedé más solo, más perdido en mi soledad moral ; perdido a causa del miraje que había entristecido mi corazón...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

⁂

¡ Oh, la deliciosa *soirée* que inició mis visitas en casa de los Martolet !

el Cónsul y su mujer, ocupaban un muy bello y lujoso apartamento, en un hotel de la *Avenue de Friedland*, cercano a la plaza de la Estrella ;

la señora Martolet y su marido me recibieron con una cordialidad paternal, como que efectivamente yo era el bien venido.

Herminia, que así se llamaba ella, estaba encantadora de sencillez, de gusto sobrio y exquisito ; vestía un traje color perla, ornado de encajes crema, con grandes mangas abiertas, que semejaban alas lentas de cisnes, y dejaban ver los brazos admirables de una cinceladura cellinesca, ligeramente dorados de un vello dúctil, apenas visible, como el de ciertas hojas parasitarias ; un descote discreto, como para un vestido que no era de recepción, dejaba emerger su garganta blanca y pulida, como un cáliz de azucena, y entrever el encanto de su piel sedosa y el camino obscuro que separaba sus

dos pechos fuertes, que semejaban dos grandes magnolias, prisioneras en el encaje donde un pájaro de brillantes, sujetaba un ramo de *muguet;*

en la tela cambiante, de reflejos dulces, sus movimientos tenían ondulaciones de liana acuática, ductilidades de alga, era como el tallo de un nínfeo, sobre el cual se alzaba su cara pálida, como una flor; el misterio turbador de sus ojos de esmeraldas, se hacía más intenso, más profundo, en el marco obscuro que le formaba la cabellera, peinada a la ingenua, como Cleo de Merode, que cubriendo el nácar de las mejillas, sólo dejaba en descubierto los glóbulos de las orejas, sobre los cuales dos brillantes en *pendeloque* hacían reflejos solares;

su gracia perfecta, su naturalidad atractiva y confiada, algo de adolescente y virginal, que distinguía su adorable cabeza de niño, no hicieron sino aumentar la emoción extraña, la turbación creciente, que se había apoderado de mi corazón, cuando la vi por vez primera contemplando mi cuadro en el Salón de Otoño;

se habló casi únicamente de mi país, se elogió con entusiasmo, se rimaron grandes ditirambos a la belleza y a la riqueza de su suelo;

todo eso me dejaba frío, ante la contemplación del encanto perfecto, de la magia irresistible de aquella mujer hecha toda de cosas delicadas y tiernas;

ella se puso al piano, y como para agradarme aún más, tocó músicas de mi patria, y cantó con una voz emocionante y suave como un arpegio, las más bellas canciones de aquella tierra remota;

y, la voz de esta mujer pasaba como un torrente de embriaguez musical, por sobre el infinito de mi alma; se diría que toda mi adolescencia florecía de sus palabras; como un manojo de lirios;

mí pasado todo, surgió de aquellos labios divinos temblando en ellos, como un jazmín ;

mi madre, mi patria, toda la melodía de mi antiguo amor surgió en el fondo de mi alma, que se dilataba ante este cántico, como una gran flor de muerte...

una ansiedad, una agonía, una pena sin nombre ardían en mi corazón ; y, remontaban como una onda amarga a mi garganta, llenándola de sollozos, que yo estrangulaba apretando hasta hacer sangre mis pobres labios helados ;

¿mis ojos, dijeron a los suyos, el mundo interno de cosas removidas y dolorosas, que la onda musical despertaba en mi corazón?

yo, no lo sé, pero ella cerró el piano y se alzó ante mí, pálida como una flor autumnal, con un dolor de musa antigua, en su boca hecha grave y en sus ojos inanimados de Misterio...

y, cuando nos hablamos después, nuestras voces tenían ya no sé qué extraño son de confidencias, qué vibración tierna, como de seres que han llorado ;

y, en ese estado de ternura mórbida, la figura de Herminia se disolvía a mis ojos, en rayos de una claridad astral, que bajaba hasta mi dolor, para consolarlo, irradiando en mi alma como un rayo de luna pacífico y lenificante ;

todo eso hacía que aquella mujer, entrase más hondamente, más fuertemente en mi corazón, con su espiritualidad, su infantilidad, su fragilidad de flor efímera y pensante ;

estamos desarmados contra el amor ; no hay refugio posible contra la miseria de amar ; amamos como vivimos, por la cobardía de nuestro corazón ; somos los prisioneros del instinto, como somos los galeotes de la vida ; no nos pertenecemos ; nuestros pensamientos, nuestras acciones, nuestros afectos,

obedecen a fuerzas ajenas, extrañas, que residen fuera de nosotros ; somos los instrumentos y el juguete de algo hostil y demente que nos tortura y nos rompe ; nada hay igual a la miseria de nuestra vida, si no fuera la miseria de nuestro corazón ;

me separé de aquella casa con la promesa formal de volver a ella, y la presión fuerte de la mano de Herminia Martolet, dió casi la fuerza de un juramento a mi palabra ;

y, al hallarme en la Avenida, bajo los grandes árboles, blancos de luz lunar, me sentí solo, tan solo, que tuve frío, frío de cuerpo y de alma ; sentí la sensación del vacío, del abandono, de la soledad, casi el contacto de la Muerte y de la Nada... una calma glacial me envolvía en la noche indiferente, una calma desnuda de toda presencia, de toda alma, de todo refugio...

gané la acera opuesta, y me senté en un banco y contemplé, larga, tenaz, celosamente, las ventanas del salón, tras de cuyas vidrieras, la silueta grácil de Herminia hacía intermitentes proyecciones ; y en torno mío, todo fracasaba, todo se abismaba, como en un naufragio ;

el dolor sobrepasando todas mis fuerzas, me clavaba ante el fantasma de mi vida moral, deformada y rota ; y, con una lucidez extraña, contemplé, como si fueran de otros, los jirones de mi vida miserable flotando ante mis ojos ;

y, reviví toda mi triste vida, de esterilidad, de concubinato frío, de abyección a la piedad ; y, mi porvenir se presentó ante mis ojos como una landa desierta, inacabable, tras de la cual un mar muy triste alzaba sus soledades infinitas...

joven, casi ilustre, rico, ¿qué había hecho de mi vida sentimental? ¿a dónde había sembrado mi corazón? ¿cuál era mi vida actual?... la cohabitación con una mujer a quien no amaba, el sacrifi-

cio por un hijo a quien no podía amar tampoco... todo en nombre de la palabra estúpida, de la palabra ferozmente idiota: el deber; ¿hay otro deber que el de su propia felicidad?; aquel que se sacrifica, falta a su destino; el sacrificio, es flor de idiotía; para castigar este delito, la naturaleza creó la ingratitud;

¿cómo destruir radicalmente todo mi pasado?

¿cómo vivir de nuevo? ¿vivir? y, ¿para qué?

sí, mi corazón aceptaba y deseaba la vida, mi corazón que estaba triste; ¿triste por qué mi corazón? ¡triste a causa del amor! triste a causa de una mujer;

porque el amor de nuevo germinaba en mí; el loco amor de los sentidos, que había devorado mi carne y consumido mi vida toda;

yo amaba a Herminia Martolet;

el delirio loco de su amor, había entrado en mí; la amaba a mi manera, con el deseo salvaje, enorme, indominable, que forma el fondo irresistible de mi pasión de amor;

¡el terreno en descanso florecía de nuevo con una milagrosa fecundidad!

y, en ella, como en todas, yo no amaba a la mujer, sino la hembra; y esa hembra, delicada como una miniatura, frágil como un pétalo, comenzaba a sacudir mi sensualidad, con alas terribles de *Simún*.

.. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Y, al surgimiento de esta nueva pasión, mi pasión antigua, es decir lo que arrastraba de ella, me pesó con el triple peso de una cadena enrollada al cuello...

y, se abrió ante mis ojos, creciendo hasta el últi-

mo límite del horror, el cuadro de mi vida esclava, mi lamentable existencia carcelaria ;

y, Eleonora Dalzio, me pareció como la sombra enorme de una leona, echada sobre mi corazón ;

y respiré fuertemente, y me puse de pie, como para librarme de aquel peso enorme, de aquellas garras terribles ;

y me hallé solo en la grande Avenida, a cuyo extremo cercano, el Arco de Triunfo, hecho negro y monstruoso, como una ruina bajo un cielo de agonía, parecía sostener el peso de las tinieblas que caían del cielo profundo, inmovilizando las alas de sus victorias de piedra... era como un genio castigado, resistiendo su duelo, en el horror de lo Infinito ;

y bajé lentamente, por los Campos Elíseos, hacia la Plaza de la Concordia, muy lentamente, como un prisionero que siente acabar su hora de sol y se arrastraba miserablemente a su mazmorra ;

ya en la *Rue de Rivoli*, tuve miedo del río cercano, de ese río, que me llamaba con grandes mensajes de olvido, hacia la liberación de los dolores futuros, hacia la renuncia final del gesto vil y estéril de la Vida ;

me metí en un coche, y di la dirección de mi casa ;

cuando sentí el Puente de las Artes, temblar bajo el vehículo, tuve un deseo loco de abalanzarme afuera y correr hacia las aguas profundas, que allá abajo los reverberos iluminaban de luces vivas como miradas de mujer... sentí miedo de la embriaguez de mis sueños de muerte y de mis votos de espanto ; cerré los ojos, y me refugié en el fondo del carruaje, como si toda la sabiduría infame de la tierra, esa sabiduría que insta a vivir, se hubiese refugiado en mi corazón, venciendo las llamadas obstinadas de mi destino hacia la muerte ;

fuí hacia las gemonías, donde se pudrían mi orgullo, y mis sueños infinitos, y llegué al fin ante la puerta de mi casa ;

cuando el cochero hubo partido, ya solo con mi Destino en la calle obrera y solitaria, sentí crecer mi horror, ante aquella puerta cerrada, tras de la cual como un perro encadenado, aullaba miserablemente mi vida ; y no tuve el valor de entrar ;

me di a vagar por las calles silenciosas y amenazantes a aquella hora ; y fuí por el *Boulevard Montparnasse*, hasta el *Boulevard Saint Michel*, y entré al primer café que hallé abierto y allí ante una copa de licor, traté de olvidar mi presente de amargura, de pedir un alto a mi Destino, una tregua al horror de mis noches, donde bebía a torrentes la vergüenza y la desesperación ;

cuando cerraron el café y me hallé de nuevo en la calle, entregado a los azares de mi vida, ante el gran recogimiento de sombras que anunciaba el alba, y tomé el camino del regreso inevitable, los cielos vieron en mí, una sombra miserable : la de un hombre de rodillas llorando ante las estrellas...

*

¿Y, mostraré sin embargo a las miradas ajenas el esplendor delicado de las páginas de ese Idilio?

¿diré cómo Herminia Martolet respondió a las llamadas de mi corazón, y cómo nuestras almas, cual si oyesen una misma voz de Eternidad, acudieron silenciosas a la cita inefable del Amor?

¿relataré las fluctuaciones torturadoras y divinas, las lentas aproximaciones, los mirajes conmovidos y tiernos, por cuyos caminos llegamos a encontrarnos, definitivamente prisioneros del mismo sueño, en la realización magnífica de él?

¿diré de aquellas horas enternecidas y castas, en que haciendo su retrato, en el *atelier* improvisado por ella en su propio hotel, nuestros corazones llenos de piedad, marcharon hacia la primavera de una ventura próxima, los ojos apartados de nuestras vidas, donde no queríamos vér reflejarse, como en estanques de dolor, nuestros pobres sueños insatisfechos?

¡oh, los soplos estivales que despertaron en nuestros corazones el esplendor de las radiosas albas!

¡ oh, la hora de reposo, en que terminado el trabajo, ella inmóvil, todavía en su traje de *soirèe* descubierto el seno admirable, escuchaba de mis labios las confesiones exaltadas, que subían a su alma, como las brisas de un valle de donde subiesen perfumes de rosas ; y apoyando tiernamente su cabeza en mi hombro, me decía las dulces palabras, que sólo pedían ser aprisionadas sobre los labios tiernos !

¿a qué hablar de la hora solitaria y radiosa, en que la furia de mis abrazos y el peso de mi cuerpo, despedazaron la gran magnolia que irradiaba en su seno, y entre palabras de adoración fundimos nuestros seres en uno solo? ¿la hora en que fué mía?...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Nuestros amores, cansados y humillados de albergarse en hoteles hospitalarios, necesitaban un templo suyo, donde ante el altar de las grandes adoraciones y de los ritos secretos, como ante un divino ostensorio, ardiesen perpetuamente, los cirios inflamados del deseo ;

y, entonces, para ella y para nuestro amor, sólo para recibirla y para amarla, alquilé y amueblé un *atelier*, discreto, lujoso y silencioso, al otro lado del Sena, en la extremidad contraria del mío, al extremo de *Montmartre*, en el *Boulevard de Clichy ;*

amueblé preciosamente las tres piezas del *atelier*, reuní *bibelots*, aglomeré cuadros, exploré los anticuarios para acumular curiosidades, y con lujo discreto y armonioso, con una decoración sobria y rica, hice de aquella capilla, un templo digno de recibir y de albergar, a aquella que mi orgullo y mi pasión alzaban hasta las apoteosis de un dios ;

y, sobre el reflejo de las sedas suntuosas, en el

satín de los terciopelos versicolores que cubrían el lecho, los divanes y los cojines regados por doquiera, conocí la suprema embriaguez de poseer su cuerpo desnudo, su joven cuerpo tembloroso de deseos, que extendía sobre las cosas todas, el reflejo blanco y dorado de sus carnes luminosas;

perversamente, largamente, golosamente, nos amábamos desnudos como jóvenes dioses, sobre el lecho rojo y profundo, los sofás voluptuosos y sedosos, los cojines sabios y flexibles, dóciles al capricho de nuestros cuerpos, haciendo de todos los sitios altar de sacrificios, en aquella capilla de lujurias, llena de las aromas de las flores y del perfume que se escapaba de los grandes frascos de esencias destapados; el alma de todas las cosas, amables y tiernas, nos sonreía desde el fondo de los estanques mudos de los paisajes, y el oro muerto de los cuadros;

gemíamos de felicidad, el corazón contraído, en los espasmos ya dolorosos de nuestras carnes insatisfechas;

era una cosa extraña y sorprendente, cómo en aquel ser delicado, en aquella criatura de idealidad, que semejaba uno de esos serafines extáticos de los libros corales del siglo doce, que se conservan en las abadías de Monteoliveto, o una Virgen de la Biblia de Montalcino, podía contener en sí tanto fuego, ser una amante tan ávida, tan ardiente, tan insospechada e inconmensurablemente fogosa, de besos tan sabiamente combinados y terribles, capaz de dar en uno solo, toda la plenitud de las felicidades;

de sus labios insaciables, de las fresas maduras que culminaban sus senos rígidos, de su cuerpo todo, magnífico y mágico se escapaba un vértigo de lujuria, que era como el himno triunfal de su carne divina y voraz; era como una hostia que con-

tuviese en sí el veneno de todas las cantáridas de un bosque; era la más pálida, la más delicada, la más frágil, de las flores de la histeria; era el deseo insaciable; su sexo se parecía a mi corazón;

pero ¡ay! mi ventura de amar estaba envenenada por los gérmenes de mi propia vida.

Eleonora Dalzio, con ese sexto sentido que tienen las mujeres para presentir el engaño, tomó una actitud de celos, de espionaje, de persecuciones, que convirtieron mi vida en una batalla encarnizada; ya no hubo paz posible; de la mañana a la noche, las escenas se sucedían a las escenas, y los insultos, las amenazas, las violencias, se hicieron intolerables.

Eleonora, perdió todo dominio sobre sí misma, y no fué ya sino la hembra celosa, llena de todos los rencores, suspicaz, atrevida, indominable;

sus celos, sus violencias, su acrimonia y más que todo su espionaje agresivo y escandaloso, exasperaron mis nervios hasta la cólera, y en mi brutalidad llegué a castigar su cólera con mis propias manos;

aquella exaltación constante del ánimo, unida al abuso inmoderado del placer, llegaron a perturbar mis nervios hasta un estado verdaderamente alarmante:

—¿Qué tienes tú?—me decía Herminia, tocándome en la frente y en las manos—; tú estas enfermo; ardes en fiebre:

—Sí, de la fiebre de tus besos;

y, la aprisionaba en mis brazos, y la traía contra mi corazón, y la torturaba con caricias que la hacían desmayarse de ventura.

Eleonora, viéndose abandonada, no cesaba en la lucha; toda su paciencia, toda su mansedumbre, se trocaron en una cólera y un rencor imponderables; su sangre italiana le gritaba cosas horribles;

y yo sentía que la *vendetta* germinaba en ella, como una flor terrífica y fatal;

y, cuando exasperado por sus violencias, la amenazaba con remitirla a Italia o abandonarla por completo, sonreía con una sonrisa de horror, llena de cosas terribles.

—Hazlo si quieres... ensáyalo si puedes... ¡ay de ti! siento que la profecía de la *Sibila de Albano* crece en mi corazón... ¡guárdate de ella!

y, ya los dos nos mirábamos como enemigos; nuestra vida era un campo de combate; nuestras dos existencias un duelo a muerte;

¿por qué esta mujer se empeñaba en ser amada? ¿por qué disputarse un corazón que no era suyo?

ya mi pecado de generosidad estaba castigado; los ingratos son hechos para eso, para castigar al absurdo fatal del sacrificio;

¿quién dijo a Eleonora mi refugio?

¿quién le mostró el camino de él?

yo no lo sé;

pero un día, llegó, impensada, intempestiva, ruidosamente a mi estudio del *Boulevard de Clichy*, donde afortunadamente yo estaba solo;

mi asombro fué inmenso:

—¿Qué vienes a hacer aquí?—le dije:

—Vengo a conocer tu casa y tu querida—me dijo amargamente, plantándose ante mí en actitud desafiadora;

yo la dejé hacer y continué en pintar:

—Es *chic*—dijo, paseando una mirada felina por todos los objetos del salón; y luego se dirigió hacia la alcoba y el gabinete de *toilette*; yo la dejé pasear su cólera;

de súbito, sentí un ruido fracasante de cristales que se rompían, y un olor de *Ambar*, de *Imperial Ruso*, de *Violetas de Parma* llenó el ambiente, mez-

clándose al de esos perfumes íntimos, que usan las mujeres para sus baños;

cuando acudí era tarde, ya todos los frascos que contenían perfumes estaban por el suelo, así como los mil dijes y tonterías que las mujeres dejan por dondequiera como testigos de su paso; y en aquel momento, Eleonora prendía fuego a una bata blanca, un *peignoir* de seda y encajes, con que cubría Herminia su cuerpo desnudo, después de nuestros combates pasionales; ya la llama iba a comunicarse a los cortinajes del lecho, cuando yo pude arrojándole toda el agua del baño, apagar ese principio de incendio; y volviéndome a ella, que seguía indiferente rompiendo objetos de tocador, le dije con una cólera violenta:

—Vete de aquí.

—No me iré;

la tomé por un brazo, para arrojarla fuera, y se prendió a mí para desgarrarme, con una violencia de tigre;

renuncio a describir la escena de violencia y de brutalidad que entonces tuvo lugar;

al ruido de aquella lucha, subió el *concierge*, a quien di orden de expulsarla, y la expulsó a empellones, bárbaramente, por la escalera abajo;

rotos los vestidos, amoratado el rostro, descendió gritando, impulsada por las brutalidades del portero, y no se calló sino a la presencia de un policía que la mujer de aquél había ido a buscar;

inmóvil, lúgubre, toda en negro, estuvo parada al frente de la casa, hasta altas horas de la noche; después desapareció;

aquel fué nuestro último choque;

yo no volví más a la *Rue d'Odessa*;

mi intención de abandonarla fué inexorable; no la vería más; y, no la vi;

le remití una buena cantidad de dinero para su

viaje, autorizándola para disponer de los muebles de nuestro apartamento, ya que estando Manlio interno en un colegio, no había quien quedara en él ;

no me contestó siquiera ;

feliz de aquella solución, que yo creía definitiva, me entregué por completo a mi nuevo amor ;

y, absorto todo en la ventura de amar, no dudé ya de la paz soberana de mi corazón ; y marchaba ante mi sueño, enorgullecido de mi felicidad, que me cubría los ojos como una venda ;

aquel que ama no ve sino la inmensidad de su emoción ;

su ventura lo ciega como un Sol.

*

Fueron días adorables de felicidad, en que nuestras bocas golosas, nuestros cuerpos ávidos no se saciaban de abrazos ni de besos, y unidos frenéticamente, no nos dejábamos, sino cuando ya nuestras naturalezas exhaustas pedían gracia;

descubriendo cada día nuevos secretos de belleza en aquel cuerpo de líneas impecables, yo gustaba de verlo brillar a plena luz, con su tenuidad deslumbrante de pétalo y de astro:

—Si lo amas tanto, ¿por qué no lo copias?— me dijo un día;

su palabra, que iba al encuentro de mi deseo, lo completó, y me di con un afán loco a la dulce tarea de pasar a la tela, la euritmia, el ritmo envidiable y armónico, la maravillosa fusión de tonos y diseños, la gran magia de líneas de aquel cuerpo, que no hubiera hecho igual Jacopo de la Quercia o el Cozzarelli, en la dignidad majestuosa de sus estatuas policromas;

los viejos orífices cincuecentistas, prodigios de

aquel siglo de arte maravilloso y de gran gusto fulgurante, no copiaron perfección igual, ni el más acabado medallón de Ugolino de Vieri, tuvo fineza de ejecución, de suavidad casta y sentimental, que aquellas formas reveladoras de la Eterna Belleza;

ella se dejaba copiar con un orgullo voluptuoso, con la serena indolencia con que las náyades del Rutelli reciben el beso del sol, en su desnudez pluviosa;

y, entre beso y beso, saliendo de mis brazos, martirizada aún por mis caricias, ella hacía su *pose* desnuda, inmóvil, la cabellera en ondas sobre la espalda como un manto de bronce con la gracia adolescente de un Hermes de la más pura antigüedad helénica, en los ojos la divina serenidad de Pía del Tolomei, y en los labios, algo de la enigmática sonrisa cruel de Monna Sapia;

ella se sentía feliz, cuando el sol, cayendo sobre sus carnes cual un beso, hacía de su cuerpo como una estatua de alabastro y de oro, y de su cabellera un casco de cobre luminoso, una cauda metálica, estriada de venazones rojas; y sonreía feliz a la luz que la acariciaba como un contacto suave de lenguas invisibles;

interrumpíamos la *pose* a veces, para solazarnos con un vaso de vino, y nuevos besos, y volvíamos contentos al trabajo;

era una de las últimas sesiones, cuando ya su belleza se destacaba como una intensidad de blancuras, en la inconsciencia profunda de la tela, y su cuerpo grácil emergía, como una azucena nítida en un horizonte de hojas, como un rayo de luna en la placidez de un cielo malva...;

habíamos amado y gozado mucho, y ella satisfecha, sonriente, hacía su *pose*, llenando con el perfume y el encanto de su cuerpo radioso, la atmósfera calmada...

yo estaba absorbido en mi trabajo, inclinado hacia la tela ; no sentí abrir la puerta, pero, la impresión de alguien que andaba, me hizo alzar la cabeza.

Eleonora Dalzio estaba allí y avanzaba sobre la mujer desnuda...

ésta quedó inmóvil, como fascinada por la sorpresa y el terror ;

comprendiendo la inminencia del peligro, corrí a ponerme entre las dos ;...

era ya tarde...

Eleonora, había lanzado ya gran parte de una botella de vitriolo, sobre la cabeza y el rostro de Herminia ; yo interpuse mis dos manos, para cubrir el rostro divino, ya ciego y ardido, y todo el resto del licor cayó sobre ellas...

un inmenso olor a sulfuro, y a carnes quemadas llenó el estudio...

Herminia cayó a tierra, dando un grito, y al desprenderse, sentí que algo de nuestras carnes se desprendía... lo que había rodado al suelo, no era ya sino una masa inerte, negra de la cabeza hasta los senos ;

dominando el espantoso dolor que ardía mis manos, tuve aún fuerzas para volver a mirar a la asesina :

Eleonora Dalzio, apoyándose contra el muro, teniendo la botella vacía en la mano, me miraba como una somnámbula ;

al ver que me debatía, presa de los dolores más horribles, vino hacia mí temblando :

—¡ Flavio ! ¡ Flavio ! ¿te he hecho mal? perdóname—y cayó de rodillas ensayando besar mis manos tumefactas :

—Vete—le dije, arrojándola con un pie lejos de mí ;

a mis gritos habían acudido el portero y gentes de los apartamentos vecinos :

—Socorredla, pronto un médico—grité mostrando a Herminia, exánime en el suelo.

—¿Quién la ha matado?—gritó el portero, creyéndola cadáver.

—Esa mujer—dije, señalando a Eleonora;

todos se abalanzaron sobre ella, maltratándola para maniatarla; yo alcancé a ver que la abofeteaban y la tiraban de los cabellos... y, ya no vi más...;

como en un sueño escuché su grito desesperado, cuando la arrastraban por la escalera, clamando:

—¡Flavio! ¡Flavio! ¿te he hecho mal? yo no pensaba... perdón... perdón...

no supe más de mí;

caí exánime al suelo.

*

Cuando volví en mí, en una sala de la gran Clínica del Doctor B... ; leí bien en todos los rostros la compasión y el estupor ;

ya se sabía mi nombre ; mi nombre que coronaban la catástrofe, el escándalo, y la Gloria, el mismo día... para aquellos hombres yo era el triunfador, el artista laureado, aquel que acababa de obtener uno de los grandes premios del Salón... aquel sobre el cual la prensa de París y de Europa, entonaba a esa hora las aleluyas de la celebridad ;

yo, era ése ;

yo, era ese vencedor...

y, he ahí que para evitarme la muerte, por la gangrena, mis dedos serían amputados y mis manos mutiladas casi por completo... estaban carbonizadas y no se adherían al pulso sino por tejidos tocados también por el líquido asesino ;

¡ y, yo era el vencedor ! ¡ oh, sarcasmo de la Vida !

yo, cuyas manos, creadoras de esa victoria, caían convertidas en cenizas ;

¡ yo, el Tántalo mutilado !

yo, cuya cabeza continuaría en crear, sin que sus manos deformadas pudieran reproducir un rasgo siquiera de su creación inmensa;

¡ yo, era ése !...

y, cuando la terrible verdad me fué dicha; cuando supe que las fuentes mismas de mi gloria, mis manos adoradas habían muerto sobre mi cuerpo vivo, que ya no las vería más—artífice de lo inmortal—, arrancar los secretos arcanos al seno de la luz, y reproducir, en formas imperecederas, los aspectos múltiples de la universal belleza, que ya no obedecerían dóciles a la inspiración de mi cerebro, porque ellas habían sido calcinadas sobre el rostro de la Belleza humana, por las manos del odio, tuve una crisis verdadera de locura, la cual tuvieron pena en dominar, rindiéndome al fin por la morfina, en la calma reparadora del letargo...

y, la terrible mutilación fué hecha; la cuchilla de cirujano acabó lo que el vitriolo de Eleonora Dalzio había comenzado, y de aquellas manos de artista que habían hecho mi gloria, y habían sido el culto de mi vida, no quedaban sino dos muñones ardidos, como fragmentos de troncos que ha quemado un rayo...

y, cuando abrí los ojos después de la tremenda operación, no vi en torno mío sino rostros compasivos de seres extraños...

¡ solo ! ¡ solo en el dolor como en la vida ! ¡ solo !

es verdad que entonces todos los artistas de París, vinieron a visitarme, coronándome con sus elogios, como se arrojan flores sobre un enemigo muerto...

es verdad, que la prensa de la Gran Ciudad, tuvo un grito de dolor unánime ante la tragedia de mi destino y de mi gloria asesinada;

¡ y, la compasión hizo en torno de mi nombre un halo de gloria dolorosa !...

y, todo, ¿para qué? .

¿para qué mi vida?

los narcóticos, la debilidad, las emociones, me sumieron en un letargo profundo; sólo salía de él a intervalos, para responder a los magistrados que venían a interrogarme;

y, dije la verdad, toda la verdad, sin tratar de atenuar para nada el crimen de Eleonora;

un Magistrado acaso más hombre que los otros, me dijo:

—¿No tenéis nada que decir en su defensa?

—Nada.

y, nada me dictaba mi conciencia;

yo no podía violentar mi corazón; y la dejé condenar;

cuando días después, la vi salir, ya condenada, de la Sala del Tribunal, marchando entre dos gendarmes, y se volvió hacia mí, diciéndome, más bella que nunca:

—Flavio, perdóname si te he hecho mal; yo estaba loca;

no le respondí siquiera; aparté de ella los ojos y la rechacé lejos de mí, con uno de mis muñones ardidos, que eran como el espectro de mis manos;

¿espectro? ¡oh, el que vieron mis ojos aquel día en el Hospital, cuando levantaron los apósitos a la desventurada Herminia, para que yo pudiera verla!

¡oh, el horror de aquel cráneo rojo, sin cabellos, de aquellos ojos sin cejas, ni pupilas, el hueco de aquellas narices ausentes, que dejaban ver hasta el fondo del cráneo; aquellos labios comidos por el fuego, dejando en descubierto los dientes blancos, como los de una calavera; y aquella inmensa llaga que cubría todo, desde la garganta hasta los senos candorosos...

¡oh, la Visión de Horror!...

y, huí como un loco, cuando aquellas mandíbu-

las deformes se movieron, queriendo hablarme... huí, creyendo què aquella boca sin labios quería besarme, que aquella inmensa y repugnante llaga quería estrecharme contra ella...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Y, huí de París;
huí llevándome mi hijo;
¡huí!
¿hacia dónde?
hacia el Abismo, hacia la Nada, hacia la Muerte.

FIN

Lector :

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

**Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.**

# Obras completas de Vargas Vila

EDICIÓN DEFINITIVA

1. La Simiente.
2. Ibis.
3. Sobre las Viñas Muertas.
4. Alba Roja.
5. María Magdalena.
6. Aura o las Violetas.
7. Los Discípulos de Emaüs.
8. Los Estetas de Teópolis.
9. Sombras de Aguilas.
10. El Camino del triunfo.
11. La Conquista de Bizancio.
12. El Minotauro
13. Las Rosas de la Tarde.
14. Flor del fango.
15. La Demencia de Job.
16. Los Parias.
17. De sus Lises y de sus Rosas.
18. La Voz de las Horas.
19. Archipiélago Sonoro.
20. Lirio Blanco.
21. Huerto Agnóstico.
22. Lirio Rojo.
23. Lirio Negro.
24. Salomé.
25. De los Viñedos de la Eternidad.
26. Horario Reflexivo.
27. El Final de un Sueño.
28. La Ubre de la Loba.
29. Los Divinos y los Humanos.
30. Cachorro de León.
31. El Sendero de las Almas.
32. Libre Estética.
33. El Ritmo de la Vida.
34. Los Césares de la decadencia.
35. Rubén Darío.
36. La República romana.
37. La Muerte del Cóndor.
38. Copos de Espuma.
39. Verbo de Admonición y de Combate.
40. Del Rosal Pensante.
41. En las Zarzas del Horeb.
42. Ars-Verba.
43. El Huerto del Silencio.
44. Laureles Rojos.
45. Prosas-Laudes.
46. Pretéritas.
47. Clepsidra Roja.
48. Belona Dea Orbi.
49. Saudades tácitas.
50. Históricas y Políticas.
51. Prosas Selectas.
52. Polen Lírico.
53. Gestos de vida.
54. El Imperio Romano.
55. Ante los Bárbaros.